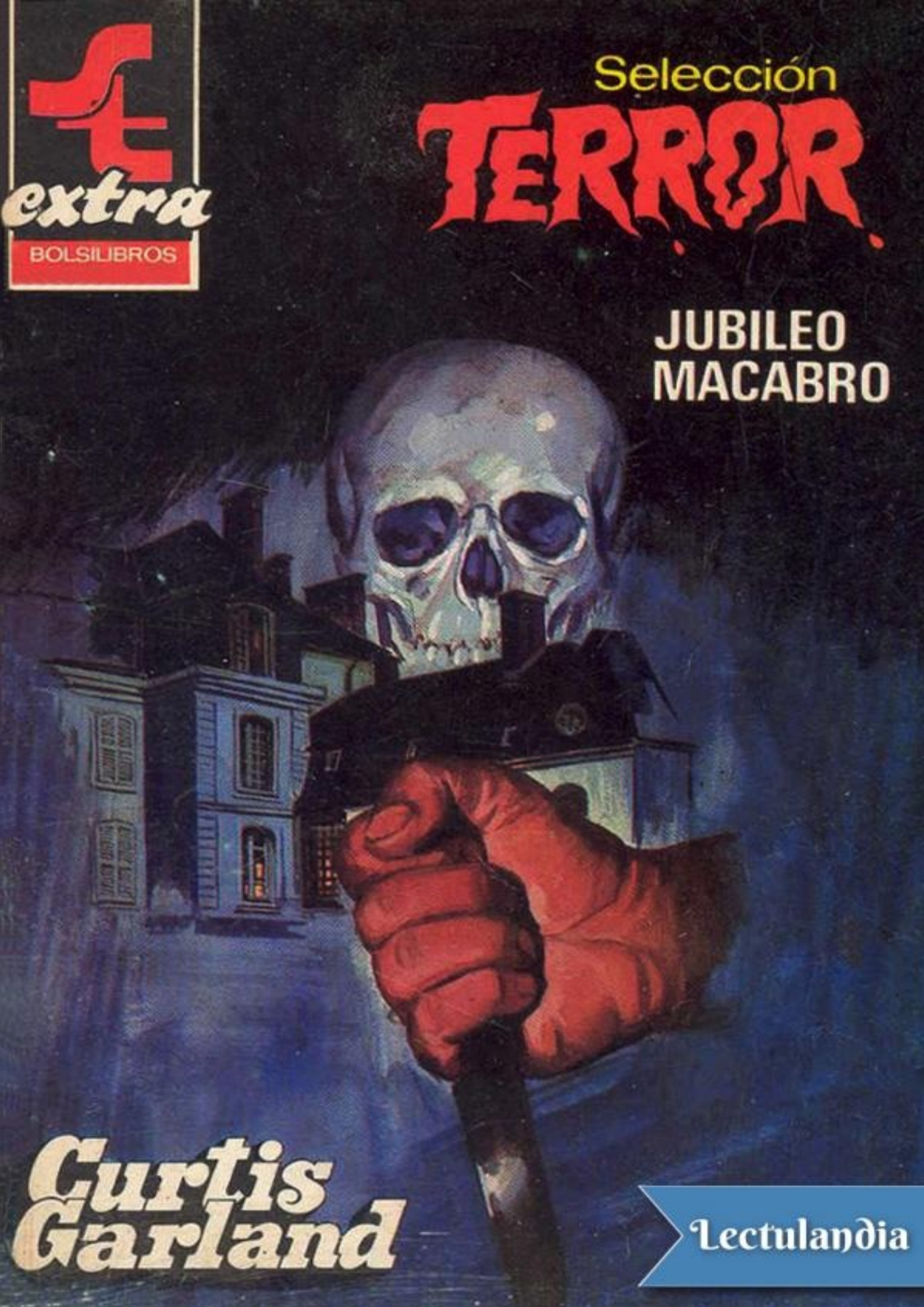
extra
BOLSILIBROS

Selección
TERROR

JUBILEO MACABRO



Curtis Garland

Lectulandia

«Los ojos del asesino se fijaron en ella.

Era la cuarta por la izquierda. La más rubia, aunque no la más bonita del conjunto. Bailaba bien y tenía una figura armoniosa. Además, parecía más joven que sus restantes compañeras, y posiblemente lo fuese.

Los ojos del asesino ponderaron todo eso en un instante. En el fondo de las frías pupilas dilatadas, hubo un destello cruel, siniestro. Y no era solamente el reflejo de las candilejas de luz de gas.

Era el deseo homicida. El ansia de matar.

Matar…»

Lectulandia

Curtis Garland

Jubileo macabro

Bolsilibros: Selección Terror extra - 05

ePub r1.0
Titivillus 22.08.16

Título original: *Jubileo macabro*
Curtis Garland, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Selección

TERROR extra

Bolsilibros

PRÓLOGO

Los ojos del asesino se fijaron en ella.

Era la cuarta por la izquierda. La más rubia, aunque no la más bonita del conjunto. Bailaba bien y tenía una figura armoniosa. Además, parecía más joven que sus restantes compañeras, y posiblemente lo fuese.

Los ojos del asesino ponderaron todo eso en un instante. En el fondo de las frías pupilas dilatadas, hubo un destello cruel, siniestro. Y no era solamente el reflejo de las candilejas de luz de gas.

Era el deseo homicida. El ansia de matar.

Matar…

Había ido allí a eso. Tenía que elegir a su víctima. Y acababa de elegirla.

La muchacha rubia. La cuarta por la izquierda. Sería ella.

Lo tenía absolutamente decidido. Ya no se volvería atrás. El dueño de aquellos ojos malignos era de los que no vacilan jamás.

—Será ella —musitó entre dientes—. Ella…

Un compañero de asiento en la platea del teatro, le miró un instante de soslayo. Sin duda le había oído el murmullo. Pero al observar su perfil impenetrable y su atenta mirada fija en el escenario del *music-hall*, dejó de interesarse por él.

Las coristas terminaron su número. Una salva de discretos aplausos acogió su mutis, empinando las grupas para exhibir parte de sus nalgas. La puritana sociedad victoriana rió la picardía con regocijo.

Salió luego a escena un cómico transformista, que caricaturizaba a famosos políticos como Disraeli, el dimitido Gladstone o el actual *premier*, Marqués de Salisbury. La gente acogió con risas la parodia, pero muchos encendieron sus pipas o cigarros, desentendiéndose de lo que ocurría en escena. El humo formó lentamente una tenue neblina en la sala.

Después de todo, el Variety no era uno de los mejores teatros del centro de Londres, ni mucho menos. Allí se podía fumar y beber, al mismo tiempo que se presenciaba la representación en la escena.

El asesino se puso en pie y salió de la fila de butacas donde se acomodaba, dando educadamente las gracias a cuantos le facilitaban el paso. Se encaminó a la puerta del escenario sin prisas.

Se detuvo un momento, observando cómo el hombre situado en la misma, rechazaba a dos caballeros, negándoles la entrada al escenario. Argüía algo relativo a las normas de la empresa y el reglamento del local. Los caballeros, defraudados, dieron media vuelta, renunciando a su empeño.

Sonrió el asesino. Él no pensaba entrar en el escenario. Ni siquiera sabía el nombre de la cuarta muchacha de la izquierda. Ni lo necesitaba. Se volvió a su vez, dirigiéndose al *hall*, sin el menor interés ya por la representación. En el guardarropa recogió su macferlan y su sombrero, y salió a la calle. Las luces de gas de la fachada

del teatro alumbraban considerablemente la acera. Varios carruajes esperaban a la puerta del Variety el término del espectáculo. Algunos eran particulares, y otros coches de punto para ser alquilados.

El asesino pasó de largo ante ellos. Se detuvo junto a una farola, encendiendo un cigarro con lentitud. Un *policeman* asomó por la esquina, con su inconfundible casco negro rematando sus cabellos rojos. Paseaba indolente haciendo la guardia por la zona. Le rozó sin mirarle siquiera. Se alejó bajo las luces del teatro y de las farolas callejeras del Soho londinense.

Era pronto todavía. Faltaba la segunda parte del espectáculo casi Integra. El asesino se puso a pasear con lentitud mientras se iba levantando la niebla en forma de jirones grises y sucios, mezcla de brumas y de humos malolientes. El típico *smog* de Londres.

Transcurrieron lentamente los minutos. Al fin, se abrieron las puertas del local. Comenzó a salir la gente y a dispersarse por las calles adyacentes, bien a pie, bien en los carruajes que aguardaban. En cosa de diez minutos, la zona quedó desierta. El *policeman* volvió a dar una vuelta, miró con aburrimiento a los últimos espectadores que abandonaban el teatro y se alejó en la niebla, con las manos a la espalda.

Un silencio y una soledad absolutos se adueñaron de aquel lugar. Las luces del teatro se extinguieron, con la excepción de una solitaria en la puerta de entrada a la platea, y otra en un callejón lateral, todavía más débil, indicando la puerta de salida de los artistas.

Las pupilas frías y escudriñadoras del asesino se fijaron en ese punto concreto. Comenzaron a salir muchachas que reían jovialmente. Algunas llevaban consigo ramos de flores. Hablaban entre sí de cosas frívolas, intranscendentes, relacionadas con su trabajo.

El asesino extrajo del bolsillo de su chaleco el reloj. Alzó la tapa presionando el resorte. Las cifras romanas de su esfera señaladas por las agujas, marcaban exactamente las doce de la noche.

Una sonrisa glacial asomó a labios del asesino. Guardó el reloj cerrándolo con gesto mecánico. No trató de acercarse a las muchachas que abandonaban el teatro, aunque una de ellas era la rubia del cuarto puesto a la izquierda. La siguió simplemente con mirada vaga, mientras se alejaba con otra compañera, hablando entre sí y soltando algunas leves carcajadas.

Después, con aire indiferente, se alejó en dirección opuesta, llamando a un coche de punto. Subió a él y le dio una dirección. El carruaje se perdió en la cada vez más espesa niebla, camino de alguna parte.

* * *

El sargento John Roberts, de Scotland Yard, bostezó con aire cansado, y se retrepó más cómodamente en su asiento de la sombría oficina donde prestaba sus

servicios cuando no era necesario salir al exterior a acompañar a su más directo jefe, el inspector Evans, a cuyo servicio estaba.

Delante de él, humeaba el té, para ayudarle a combatir el tedio de aquel servicio nocturno donde nada sucedía, salvo alguna que otra información sobre hurtos, intentos de violación o algún que otro accidente o pelea callejera de mínima trascendencia. De vez en cuando se podía producir la noticia de un asesinato, pero eso no era tan corriente como muchas gentes pensaban, dejándose guiar por el sensacionalismo de la «prensa amarilla», como el *Detective Journal* o el *London Illustrated News*.

Esta noche, ciertamente, nada anormal parecía que podía suceder ya, dado lo avanzado de la hora. El sargento Roberts dio vueltas al té, tras echarle un poco de azúcar, y probó un sorbo con deleite, enjugándose luego los hirsutos mostachos con el pañuelo.

—Excelente —se dijo, con un suspiro—. Si pudiera saborearlo en casa, con las pantuflas puestas, y el buen fuego en la chimenea…

Miró con melancolía las oscuras vidrieras correspondientes al despacho de su superior, el inspector Evans, ahora ausente en su hogar, y le envidió cordialmente. Era lo bueno de ser jefe, pensó. Podían permitirse esos lujos. Él, en cambio…

—Sargento, con su permiso.

Enarcó las cejas, malhumorado. Lo que faltaba ahora. Aquel estúpido de Bates era un novato adscrito al servicio. No escarmentarla nunca. Había dicho que no le molestaran por nada que no fuese realmente importante. Y a lo mejor el muchacho le interrumpía ahora en su relajamiento para contarle que alguien le había robado el monedero a una ramera.

—Bates, ¿qué diablos quiere ahora? —farfulló el sargento, irguiéndose y mirando con irritación a su joven subordinado.

Éste saludó, entre respetuoso y cohibido, sosteniendo algo en su mano izquierda.

—Perdone, señor —se excusó débilmente—. Trajeron esto. Y era urgente, dijeron. Muy urgente…

—Oh, por todos los demonios, Bates, ¿es que ha venido a molestarme porque alguien le entregó una simple carta? Se reciben por centenares diariamente en Scotland Yard, sin que nadie les haga demasiado caso…

—Lo lamento, señor —el joven Bates cada vez estaba más confuso, y enrojeció vivamente—. Pero insistieron en que era urgente…

—¿Quién se la entregó? —suspiró el sargento, con creciente disgusto.

—Un muchacho desharrapado. Salió corriendo apenas me la entregó. Dijo que se la había dado un caballero, pagándole un chelín por este servicio.

—¿Un chelín? —Roberts frunció el ceño, interesado por primera vez—. Tuvo que ser un tipo muy generoso…, o muy excéntrico. A ver, a ver, deme esa carta, Bates. Y vuelva a su puesto.

—Sí, sargento —asintió respetuoso el joven policía, entregando en manos de su

superior el sobre cerrado que llevaba en su mano zurda.

Se retiró Bates, y el sargento Roberts, con ceño fruncido, leyó lo escrito en el sobre. La letra era minuciosa y cultivada. Escrito por un auténtico *gentleman*, sin duda alguna, fue su conclusión inicial.

A quien pueda leerla con urgencia
Scotland Yard

Eran todas las señas que allí figuraban. «Extraño destinatario el de la misiva», pensó Roberts, empezando a sentirse escéptico ante todo aquello.

Aún así, extrajo el pliego doblado que había en su interior, y lo desplegó. Con la misma letra cuidada y correcta, alguien había escrito allí un pintoresco y extraño mensaje:

«Por favor:

Es muy importante que hagan caso con la máxima urgencia a este aviso anónimo.

Se va a cometer un asesinato. Esta noche mismo. En un lugar del centro de Londres, no sé exactamente cuál. Pero creo que podría localizarse en Mayfair o en el Soho, casi con toda seguridad. Van a matar a una mujer. Lo sé. Lo he visto…, aunque todavía no ha sucedido quizás. Puede estar a punto de suceder…, o ha ocurrido ya cuando lean esto.

Por el amor de Dios, háganme caso. No estoy loco. Puedo ver ciertas cosas que los demás no ven. Sé que se ha cometido o se va a cometer de inmediato un horrendo crimen.

Traten de evitarlo como sea:

Un vidente.»

—¡Un vidente! —masculló el sargento con vivo sarcasmo—. Cielos, cuánta gente rara hay en esta ciudad… Evidentemente, el mundo está lleno de desequilibrados. Decir que se va a cometer un crimen, sólo porque un chiflado cree haberle «visto» antes de suceder… ¡Qué paparrucha sin sentido!

Displicente, estrujó la misiva con sus manos y la arrojó a la papelera situada bajo la mesa. Un minuto más tarde, había olvidado por completo la cuestión.

El sargento Roberts no podía saber que, al actuar de ese modo, había cometido un gravísimo error de imprevisibles consecuencias.

Porque, ciertamente, a esa misma hora de la madrugada, estaba a punto de cometerse un espantoso crimen en un lugar de Soho londinense, tal y como profetizaba aquella enigmática misiva sin firma.

* * *

La representación del Variety había terminado más tarde esta noche.

Era sábado y el local había estado repleto de gente. Algunos números se bisaron, ante la insistencia de los aplausos, y eso demoró en casi veinte minutos la caída del telón definitivo.

A Maggie, la muchacha rubia que ocupaba habitualmente el cuarto lugar de la fila de coristas, a la izquierda del público, le disgustó sobremanera esa circunstancia. Entre otras razones, porque se sentía cansada y quería retirarse pronto a casa. Además, al siguiente día había quedado en salir con un muchacho, para recorrer Londres durante la mañana y tarde del domingo, dado que no había representación por ser festivo, y terminar cenando en alguna parte.

Maggie hacía tiempo que no salía con nadie, y le ilusionaba la idea de reanudar una vida normal, tras los sucesos que hablan cambiado el curso de su vida meses atrás.

Pero no pudo hacer otra cosa que esperar al término de la representación para correr a su camerino a desvestirse y cambiar sus escasas ropas de escena por las más severas de calle.

—¿No vas a esperarme esta noche, Maggie? —le preguntó Molly, su compañera de camerino y de alojamiento en aquella casa de huéspedes donde ambas se aposentaban.

—No, lo siento —rechazó la muchacha rubia—. Voy a irme de prisa a dormir. Mañana tengo que madrugar, y no quiero que ese chico me vea demacrada por falta de descanso.

—Te entiendo —sonrió Molly, comprensiva, porque a ella le había ocurrido a veces lo mismo que a su compañera—. Que todo te vaya bien mañana.

—Gracias, Molly. Espero que sea así —suspiró Maggie, ilusionada.

Se arregló con rapidez, tomando su pamela y su monedero, para salir rápidamente del teatro y dirigirse a casa. Molly la advirtió, mientras entraba tras el biombo, para desnudarse totalmente y ponerse otras ropas:

—Ten cuidado ahora. Es muy tarde ya, y habrá poca gente por las calles…

—Ya he pensado en ello. Tomaré un coche de punto hasta casa. Es más seguro.

—Sí, será lo mejor, ciertamente. Buenas noches, querida.

—Buenas noches, Molly.

Fue una despedida rutinaria. Para ambas, era como despedirse por simple inercia, ya que se veían poco después en la habitación de la casa de la señora Oates, su patrona, por muy dormida que Maggie estuviese para ese momento. O al menos, eso pensaban ambas.

Sólo que esta vez, iba a ser distinto. Muy distinto.

Maggie y Molly ya no se volverían a ver jamás. Al menos, no en este mundo.

* * *

Maggie no había contado con ciertos factores adversos, antes de abandonar el Variety tan precipitadamente. El primero, era que había comenzado a lloviznar antes del término de la función. El segundo, que a causa de esa llovizna, persistente y molesta, la parada cercana de carruajes de alquiler aparecía totalmente desierta.

Dirigió una mirada a lo largo de la calle mojada por la lluvia. Las luces de gas de las farolas hacían brillar los cantos del empedrado fríamente. No se veía alma viviente en todo cuanto abarcaba la vista, y en la distancia, una tenue neblina empañaba la visión.

Maggie se estremeció de frío y de inquietud. No le gustaba ir andando a su casa con semejante soledad y silencio. No corrían buenos tiempos en Inglaterra, la crisis económica era grave, y había muchos salteadores nocturnos que a veces, por robar un par de guineas a una vulgar prostituta, eran capaces de llegar al crimen. Después de todo, nadie iba a saber si ella era una de esas mujerzuelas o una simple *girl* o *burlesque* saliendo del teatro a tan avanzadas horas. Era la una menos diez o doce minutos, una hora inoportuna para una mujer que caminaba sola por las calles, y el Soho, aunque céntrico, distaba mucho de ser un barrio respetable ni seguro.

Dudó entre seguir adelante, esperar un coche en la acera, o volver al teatro, para salir con las demás muchachas haciéndose mutua compañía, como hacían cada noche.

Miró la solitaria luz del callejón, sobre la puerta del escenario. Era como un faro salvador para sus temores crecientes. Pero recordó su cita del día siguiente, a las diez de la mañana, y tomó una decisión.

—No debo perder tiempo —se dijo, resueltamente—. Es una tontería imaginarse cosas. Después de todo, nunca me ha sucedido el menor incidente. No tenía por qué ser diferente esta noche. A la gente y a los diarios, les gusta mucho dramatizar, eso es todo.

Y convenciéndose a sí misma con semejantes razones, echó a andar calle abajo, alejándose del teatro. Sus zapatos taconearon graciosamente en el empedrado.

Cruzó hasta tres manzanas sin que el temor volviera a asaltarla en ningún momento. Seguía estando todo desierto, a excepción de un carruaje, que pasó veloz junto a ella, al vivo trote de su caballo, perdiéndose en una esquina. Ni siquiera vislumbró la confortante silueta de algún *policeman* de servicio en la zona.

En la tercera manzana, se sobresaltó ligeramente al ver emerger una sombra humana de un portal. Pero también su presencia tuvo la virtud de alarmar a esa otra persona, hasta que ambas se dieron cuenta de que las dos eran mujeres y no pretendían dañarse entre sí. Se trataba simplemente de una ramera de opulentos pechos y amplio descote, muy pintado el rostro bajo el cabello rojizo, que pronto quedó atrás, de regreso al oscuro portal donde aguardaba el paso de algún posible cliente tardío.

Maggie había recobrado la confianza totalmente al llegar a la otra esquina, cuando de repente algo le produjo una sensación de súbito recelo.

Había oído unas pisadas tras de sí.

Giró la cabeza, sin dejar de avanzar con igual ritmo en su taconeo, bajo la pertinaz lluvia menuda y fría. Se estremeció, sin saber por qué.

Esta vez no era una mujer. Se trataba de un hombre, quizás un caballero, puesto que vestía negro macferlan de buen paño, sombrero de copa alta, de peluche brillante, y sus botines relucían al pisar el empedrado.

No había nada sospechoso ni inquietante en aquella silueta alta y elegante. Sin embargo, Maggie tuvo miedo.

Un miedo repentino, profundo e inexplicable. Su instinto le dijo que algo iba mal. Que aquella sombra masculina medio difuminada en la bruma y la llovizna, pese a su aire de impecable *gentleman*, tenía algo de amenazadora, de ominosa. O lo pensaba así su subconsciente, realmente amedrentado por la aparición de aquel desconocido a sus espaldas.

Maggie llegó a otra esquina. Se detuvo bajo una farola, expectante, mirando de soslayo al hombre del macferlan negro. Su inquietud aumentó de grado.

También el caballero se había detenido en seco.

Eso era ya realmente preocupante para la joven corista del Variety. Supo que debía haber palidecido. Las rodillas le temblaron bajo la falda larga y las crujientes enaguas. Dominándose con un poderoso esfuerzo de voluntad, pudo echar a andar nuevamente, con cierta firmeza en sus pasos. Inmediatamente, a sus espaldas, los pasos secos del hombre se reanudaron también.

Aquello empezaba a causarle verdadero pavor. Estaba sola en la calle larga, silenciosa, húmeda de lluvia y de niebla, solitaria por completo. Ahora tendría que cruzar una pequeña plazuela rectangular, con jardines en su centro, rodeados por una verja no muy alta. Las escasas farolas de gas alumbraban débilmente los recuadros de ventanas y vidrieras, pintados de blanco sobre los oscuros edificios típicamente Victorianos. En un muro, varios pasquines con la efigie de Su Majestad, la reina Victoria, anunciaban el inminente jubileo de diamantes, a celebrar aquel mismo año de 1887.

Pero Maggie no pensaba en nada de lo que veía. Seguía pendiente de las pisadas a su espalda, de los pasos insistentes y machacones del desconocido. «Era obvio que la estaba siguiendo», pensó. Y no podía ser con buena intención…

La idea de ser asaltada y violada por aquel hombre, le provocó un pánico irrefrenable. Había oído hablar de tantos casos semejantes… Y después de todo, ella admitía que su trabajo en el escenario del Variety podía resultar muy provocativo, para un hombre obsesionado por el sexo. No es que tuviese una espléndida figura, lo admitía. Pero poseía unos senos generosos y firmes, unas amplias caderas y unos muslos macizos, muy del gusto del público masculino de aquella sala.

Angustiada, comenzó a cruzar la plazuela, notando cómo los botines del hombre

hollaban ahora el empedrado de la calzada en pos de ella. Ya sin vacilar, tomó una heroica determinación. Y echó a correr.

Abierta, descaradamente, reveló su terror al desconocido. Sus piernas se deslizaron rápidas, ágiles, sobre el empedrado callejero. Era una bailarina ágil y sabía correr.

El desconocido emprendió también la carrera en ese momento.

Esta vez ya no cabía la menor duda. Iba tras ella. La perseguía. Y ahora, con el corazón palpitando bajo sus agitados pechos, a punto de estallar dentro de la caja torácica a juzgar por el frenesí de su martilleo, advirtió sin error posible que el hombre corría con todas sus fuerzas, ganando terreno constantemente.

—¡No, Dios mío, no! —se sorprendió a sí misma oyendo su jadeo desesperado, casi como una plegaria en aquel momento de supremo pánico.

Giró la cabeza, comprobando que la sombra del desconocido, como un enorme murciélago, al flotar al vuelo de su macferlan negro en torno a la silueta, como si fuesen unas alas monstruosas, había crecido de volumen con la proximidad.

Le estaba dando alcance. Sólo unos segundos más… y estarla sobre ella.

En ese momento, para mayor desgracia, un tacón de Maggie se incrustó entre dos piedras de la calzada. Perdió el equilibrio y el zapato. Quiso mantenerse en pie, pero no le fue posible.

Cayó de bruces al mojado suelo, patinando con su solitario tacón ahora, a causa de la humedad. Giró la dorada cabeza, aterrada.

Ya no había dudas, por desgracia. Ninguna duda. Aquel ser siniestro se detuvo ante ella. Parecía infinitamente más alto desde el suelo. Como un negro ciprés, anunciando la muerte. Captó un doble destello bajo el ala del sombrero de copa alta. Unos ojos malignos, fríos e implacables se fijaban en ella con terrible resplandor.

Los ojos de un asesino.

Lo supo de inmediato. Sólo que era demasiado tarde para evitar lo peor. Solamente podía hacer una cosa: gritar.

Y gritó.

Gritó con tremenda angustia y exasperación. Gritó como si fuese un animal en el matadero. Esperando que alguien, una sombra esperanzadora, surgiese de alguna sombría esquina, intentando acudir en su ayuda. Durante un segundo o acaso menos, confió en un milagro.

El milagro no se produjo. La mirada ardiente del desconocido pareció taladrarla con un fuego helado.

Después, de debajo del macferlan, amplio y sin abrochar, surgió algo que brillaba más aún que aquellas pupilas refulgentes y crueles.

Era una hoja de acero que empuñaba una mano enguantada de negro. Maggie siguió gritando, como si aquella desgarradora voz suya, escapando a torrentes de una garganta contraída por el pánico, fuese capaz de evitar lo irremediable.

El acero se alzó en el aire. Trazó un zigzagueante destello metálico y frío en la

lluvia y la bruma. Cayó luego sobre la alabastrina garganta de la aterrorizada muchacha rubia.

En la calle desierta, junto a la plazoleta vacía, sonó algo parecido a un crujido chirriante y agrio. Era igual que si se cercenara de golpe un arbusto. Sólo que no era un arbusto, sino un cuello humano el que se estaba segando en ese terrible momento.

Fue un tajo seco, feroz, brutal.

Bastó para decapitar a la muchacha del conjunto de variedades. La rubia cabeza saltó de forma espantosa, separada del tronco. Volteó en el aire, antes de caer pesada, sordamente, en el empedrado húmedo. Rodó por éste con un golpeteo lúgubre, antes de detenerse junto al bordillo de la acera.

Los azules ojos parpadearon frenéticamente, en guiños espeluznantes, mientras las seccionadas carótidas borboteaban en sangre, tanto en el cuello desgarrado de la cabeza, como en la parte que quedara junto al resto del cuerpo, tendido en la calzada.

El asesino permaneció unos instantes erguido ante su infortunada víctima. El acero afiladísimo goteaba algo rojo y viscoso en el suelo charolado por la lluvia.

Después, la alta figura se volvió, emitiendo entre dientes un quejido sordo, como extático. Los ojos turbios contemplaban a la muchacha decapitada, el cuerpo temblaba bajo las ropas negras del impecable *gentleman*, igual que si se hallara conmovido por una profunda emoción interior.

El rostro, una blanca máscara rígida, se hizo visible a la claridad de una farola relativamente próxima, mostrando la expresión de placer supremo que podría experimentar un hombre en pleno orgasmo.

Después, se acercó a la cabeza que yacía en tierra. Se agachó, tomando el horrible trofeo humano entre sus manos enguantadas. Sacó una bolsa de paño negro de su levita, sosteniendo la cabeza con una sola mano durante unos momentos, en un grotesco y tétrico remedo de un *Hamlet* que cambiara la descarnada calavera por otra dotada de carne, piel y cabellos.

Metió la cabeza en la bolsa y cerró ésta, ocultándola bajo los amplios pliegues de su macferlan. Después, emitió una risa sorda, gorgoteante, siniestra, entre sus labios convulsos.

Se alejó con rapidez en la madrugada, dejando sobre el empedrado callejero el cuerpo de mujer descabezado. Solamente siete u ocho minutos más tarde, el silbato de un policía de servicio rompía con estridencia el silencio, requiriendo la ayuda de otros agentes, ante el macabro hallazgo.

Para entonces, el asesino del negro macferlan y el aspecto de caballero, estaba ya muy lejos del escenario de su felonía.

* * *

El inspector Reginald Evans, de Scotland Yard, dirigió una mirada de trámite al informe que acababan de poner sobre su mesa.

—¿Qué es eso? —quiso saber, sin demasiado entusiasmo.

—Un informe, señor.

—Eso ya lo veo —manifestó con acritud, mirando críticamente a su subordinado —. Pero un informe, ¿de qué?

—De un crimen, señor.

—Vaya por Dios —resopló el inspector—. ¿Se ha cometido alguno la pasada noche?

—Ya de madrugada, señor. En el Soho. Mataron a una mujer.

—Ya. ¿Una ramera?

—Eso pensamos en un principio, señor. Luego, su identificación nos hizo cambiar de opinión. Se trataba de una joven corista de teatro. Trabajaba en el Variety.

—¿Se la identificó sin lugar a dudas?

—Sin lugar a dudas, señor, aunque…

El policía de servicio en las oficinas se detuvo, como si algo le resultara difícil de expresar. Evans arrugó el ceño y levantó su mirada hacia su subordinado.

—Aunque… ¿qué? —trató de puntualizar.

—Aunque era bastante difícil identificarla, incluso siendo muy íntimo de ella.

—¿Por qué? —se interesó el inspector, empezando a mostrarse menos indiferente que hasta entonces.

—Porque…, la decapitaron, señor.

—¡Decapitada!

—Así es, inspector. Y además, se llevaron la cabeza. No estaba en el lugar del suceso. No ha sido hallada, pese a la intensa búsqueda realizada en las proximidades.

—Cielos, eso ya no es tan frecuente… —Evans echó una mirada al informe. Era del departamento de medicina legal. Iba firmado por el doctor Clifford Young, médico forense adscrito a los servicios especiales de Scotland Yard—. Aquí dice que la muerte tuvo lugar entre doce y una y media de la madrugada…

—Así es, señor. A la una veinticinco minutos fue hallado el cuerpo. De modo que concuerda casi exactamente con ese informe médico. Puedo añadirle que, según la persona que identificó a la víctima, ésta abandonó el teatro a las doce y media. De modo que ocurrió entre esa hora y la una veinticinco minutos.

—Y fue decapitada con una hoja cortante, muy afilada, quizás un hacha ligera o un sable…

—Eso dice el informe forense, señor.

—¿Cómo la identificaron, entonces?

—Una compañera suya de trabajo. Por el vestido, por un anillo de casada… y por un lunar sobre el seno izquierdo. Es Maggie Talbot, no hay duda.

—¿Casada, ha dicho?

—Viuda. Enviudó hace ocho meses.

—Pobre muchacha, no era un año de suerte para ella, es evidente —comentó con aire sombrío el inspector—. ¿Quién era su compañera?

—Una tal Molly Heywood. Vivían juntas en una pensión cercana al lugar del crimen. Anoche, ella abandonó pronto el teatro, porque hoy tenía una cita con un joven y quería estar bien descansada por la mañana. Debió seguirla el asesino, hasta caer sobre ella y atacarla salvajemente.

—¿Hubo violación?

—Parece que sexualmente está indemne el cuerpo, según anticipa el forense en ese informe —suspiró el policía de turno.

—Bien, Higgins, gracias por todo. Estudiaré todo este informe. E iré a ver el cuerpo de inmediato, para hacerme cargo de las investigaciones. ¿A qué hora se recibió la primera noticia del crimen?

—A las tres y media de la mañana, señor. El sargento Roberts, que era el encargado de la guardia de noche, acababa de marcharse cuando nos llegó la noticia. Se ocupó de todo el sargento McNamara.

—Sí, entiendo. Dígale que venga a verme en cuanto pueda.

—Ya ha terminado el servicio, señor. Le vi salir de Scotland Yard hace cosa de veinte minutos. El sargento Roberts debe estar a punto de reintegrarse al servicio… ¿No le dije? Ahí está ya…

John Roberts, sargento de policía, entraba ya en las dependencias del Yard, saludando jovialmente a todos, con el aire del hombre que ha descansado sobradamente, tras una noche de servicio. Iba a pasar de largo ante la oficina de su jefe, cuando éste le hizo un gesto y le llamó, elevando su tono de voz:

—¡Roberts, venga aquí, en seguida!

—A la orden, señor —dijo respetuoso el sargento, entrando en la oficina.

—Siéntese, por favor —le invitó el inspector Evans—. Tenemos que hablar sobre un asunto en el que quiero que colabore conmigo.

—Estoy a su disposición, inspector. ¿Algo serio?

—Bastante. Un crimen.

—¿Un crimen? —el sargento enarcó las cejas, mirando a su superior—. ¿Qué clase de crimen?

—Una mujer. Decapitada. Ocurrió esta madrugada en el Soho, sargento.

—En el Soho… —repitió Roberts, blanco como un difunto de súbito.

—¿Le ocurre algo, Roberts? —se extrañó Evans, ante la reacción insólita de su subordinado.

—No, no, nada, señor… —Roberts tragó saliva—. ¿A qué hora sucedió, más o menos?

—Según los hechos probados entre doce y media y una y media, exactamente —la mirada del inspector seguía siendo inquisitiva—. ¿Por qué lo pregunta, sargento?

—Bueno, verá, señor… Yo…, estando de servicio… recibí una extraña carta… —trató de explicar apuradamente Roberts.

—¿Qué clase de carta?

—Un anónimo. El agente Bates me la entregó, diciendo que un mozalbete se la

había traído, a petición de un caballero que le pagó generosamente ese servicio con un chelín. No iba dirigida a nadie en particular. Sólo a cualquier persona de Scotland Yard que pudiera atenderla con urgencia.

—Prosiga.

—La abrí y leí su contenido. No me pareció particularmente interesante ni digno de crédito.

—¿Qué decía, exactamente?

—No puedo recordarlo todo, pero… —con un esfuerzo de memoria, citó algunos párrafos de modo aproximado, sin que el inspector Evans pestañeara siquiera—. En fin, algo así era lo que decía el anónimo, señor. Y firmaba «un vidente».

—¿Dónde está esa carta?

Los apuros del sargento aumentaban por momentos ante las preguntas secas e incisivas de su superior. Su rostro había empezado a cubrirse por una película de sudor.

—Bueno, yo… —tragó saliva de nuevo, ruidosamente esta vez—. Consideré que era una de tantas tonterías que se escriben… y arrojé el escrito a la papelera.

—Vaya a buscarlo —le ordenó fríamente su jefe—. Si es que está…

—Sí, sí señor… —apuradísimo, el sargento saludó, abandonando la oficina.

Tardó varios minutos en regresar, pálido y azorado, expresándose con voz tartajeante:

—Habían…, habían vaciado ya la papelera y arrojado su contenido a la basura… Hice buscar en ésta, pero tampoco estaba ya. Sin duda fue destruido o llevado a los colectores de desperdicios urbanos… Será casi imposible dar con ella. Lo…, lo siento mucho, inspector. Yo…

—Está bien —cortó secamente el inspector Evans, haciendo un gesto expresivo —. Eso no tiene ya remedio, sargento. No se lamente demasiado. Tal vez yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo. Cuando ese crimen aún no se había cometido… ¿quién podía pensar que el anónimo de un presunto vidente tenía algún sentido?

—Pero es que lo ha tenido, señor… —se quejó amargamente Roberts.

—Todavía cabe la posibilidad de que haya sido solamente una rara coincidencia, sargento, y nada más —trató de calmarle su superior.

—¿Y si no fuese una coincidencia?

—En ese caso, estaríamos ante dos posibilidades a cual más interesante y, a la vez, preocupante —meditó en voz alta Evans, pasándose nerviosamente un dedo por su sien y ceja—. Existiría en Londres alguien que, realmente, «ve» los sucesos antes o durante su ejecución…, o bien en presencia de una prueba de macabro humor por parte de un astuto y sarcástico asesino.

—¿Quiere decir…?

—Quiero decir que, muy posiblemente, *el propio criminal* nos anunció de ese modo tan original su fechoría. En cuyo caso, podría suceder que se tratase de un psicópata capaz de desdoblar su personalidad, en un caso claro de esquizofrenia,

convirtiéndose, a la vez, en *testigo* y *protagonista* del mismo crimen…, o su sentido del humor le ha llevado a tomarnos el pelo de esa forma sinuosa.

El sargento Roberts, absorto, se quedó meditando en silencio sobre las posibilidades que su jefe acababa de barajar, así como sobre la frustración personal que le suponía el grave error de la pasada madrugada.

En ese instante, el agente Higgins asomó de nuevo en la puerta del despacho.

—¿Con su permiso, inspector? —pidió.

—Sí, Higgins, adelante —suspiró Evans—. ¿Alguna novedad?

—Creo que sí, señor. La mujer asesinada, Maggie Talbot, tenía un cuñado en América. Su difunto marido, Josh Talbot, era norteamericano de nacimiento. Acaban de informarme de ese punto. Y, al parecer, su cuñado llegó anoche a Inglaterra en un buque llamado *Aquitania.*…

—Vaya, eso es interesante… —dijo el inspector poniéndose en pie—. Que se intente localizar a ese americano por todos los medios posibles. Busquen ese barco, el *Aquitania*, y tráiganme al hombre… ¿cómo se llama?

—Talbot, naturalmente, señor. Martin Talbot. Es de Nueva York, y su profesión es la de marinero…

*

Primera parte

EL MARINO AMERICANO

CAPÍTULO PRIMERO

Despertó, mirando a su lado.

Inicialmente, no supo lo que sucedía. Trató de ver con más claridad en el dormitorio en sombras. Sólo descubrió el brillo color café de aquella piel, destacando del blanco impoluto de las sábanas.

La mujer dormía, ajena a su curiosidad. Era perceptible su profunda respiración, que movía los enormes promontorios oscuros de sus grandes y pesados senos. Supo que estaba acostado con una negra. O, cuando menos, con una mulata de tez muy oscura.

Trató de recordar con escaso éxito. No lograba evocar nada en absoluto de la noche anterior. Sólo que debía haber bebido demasiada ginebra. Y la ginebra siempre le jugaba malas pasadas.

Se removió en la cama, incómodo. El simple movimiento le hizo sentir unos martilleos insoportables en las sienes. Cerró los ojos, empezando a ver que todo le daba vueltas repentinamente. Se durmió, sintiendo unas profundas náuseas. Era como cuando embarcó por primera vez y el barco comenzó a bailotear en un buen temporal. Entonces vomitó varias veces cada uno de aquellos infernales días. Ahora sentía los mismos deseos de vaciar su estómago.

Pudo dominar sus arcadas y respirar hondo, sintiéndose ligeramente mejor. Pero ya no cometió de nuevo el error de intentar moverse. Su intento, sin embargo, había despertado parcialmente a la mujer. El cuerpo desnudo, turgente, se removió en el lecho. Notó su piel cálida, rozándole. Uno de los tremendos pechos de la hembra cayó, voluminoso, avasallador, sobre su rostro. Ella gimió entre sueños, voluptuosa.

Empezó a recordar algo, con cierta dificultad. Sí, ahora podía saber parte de lo que hizo la noche anterior, al desembarcar en Folkestone.

Se había dedicado a recorrer *pubs* y tabernas de la propia población de Folkestone y de la cercana Dover, terminando por enredarse con una opulenta jamaicana, ardiente y sensual, capaz de convertir al más ebrio de los hombres en un apasionado amante, gracias a su diabólica eficiencia como compañera de lecho.

Y ahora, allí estaba, en algún oscuro hotelucho de tercera categoría, compartiendo la cama con la jamaicana, tras una noche de ruda batalla amorosa. Contempló aquellas formas de mujer, exuberantes y broncíneas, sin sentir ya el menor deseo, ahíto tanto de carne como de alcohol.

Se logró poner en pie, saliendo de entre las sábanas, tan vestido como pudo estarlo su predecesor Adán en el paraíso terrenal. La mulata se agitó en la cama de nuevo, pero no se despertó, aunque ahora sus dos tremendos melones morenos bailotearon por encima del embozo. Sonrió él, tocándose la dolorida cabeza, y fue a por sus ropas, colgadas de una silla, junto a su saco de marinero con todas sus pertenencias.

En pocos minutos estuvo vestido y listo. Se puso su gorra azul, cargó con el saco

que era todo su equipaje, y depositó sigilosamente un billete de diez dólares americanos en la mesilla, con un candelabro encima, para impedir que se volara de allí por causa de cualquier corriente.

Miró a la opulenta jamaicana, volvió a, sonreír, tirándole un beso con la punta de los dedos, y abandonó el dormitorio con paso silencioso.

Como imaginara, el lugar no era sino un hotelucho del barrio marinero de Dover, cuyo conserje de día, un tipo calvo, gordo y fofo, ni le hizo caso, al verle pasar, enfrascado en la lectura de una publicación sensacionalista, ilustrada con numerosos dibujos. Era obvio que estaba muy habituado a ver salir a marinos de toda laya, después de una noche en su hotel con alguna mujerzuela como la jamaicana de los senos enormes.

Salió a la calle. Tuvo que cerrar los ojos, deslumbrado a pesar del nublado gris plomizo y la llovizna que caía sobre la región. Por encima de los blancos acantilados, las gaviotas emitían sus voces chirriantes, en un desagradable concierto con el fondo sordo del estallido de las olas contra el litoral.

A su alrededor, casas en empinadas calles, formaban escalonadas líneas de fachadas rojizas o negruzcas, tejados pizarrosos y numerosas chimeneas, en un típico paisaje inglés. El aire tenía un fuerte olor a yodo y salitre.

Se tomó un café repugnante en un pequeño local, y casi se sintió peor aún, pero tras caminar cosa de diez minutos por las mojadas y casi desiertas calles, empezó a experimentar una leve mejoría en su estado general.

Unos indicadores, en ciertas esquinas de la pequeña población costera, le señalaron el camino más directo hasta la estación ferroviaria local. Cuando llegó a ésta, adquirió un billete con destino a Londres, y se metió en un pequeño restaurante barato, para tomar un desayuno antes de que su tren partiera hacia la cercana capital.

El local aparecía repleto de banderitas de papel, colgadas del techo, de algunos muebles y sobre las puertas, con los colores británicos o la efigie real de Victoria de Inglaterra. La celebración inminente del jubileo de diamante de la anciana dama coronada iba a convertir pronto el país en una auténtica fiesta, muy en especial, naturalmene, la ciudad de Londres. El joven marino había oído hablar de la gloriosa efemérides nacional ya durante su viaje a través del atlántico, desde Nueva York, a bordo del *Aquitania*. Los ingleses se mostraban profundamente orgullosos de su reina, y el fervor patriótico iba a desahogarse con intensidad durante el jubileo, eso era evidente.

Todo eso, a él, le tenía perfectamente sin cuidado. Aunque de lejano origen inglés, su nacionalidad norteamericana, su llegada desde un país donde las tradiciones no poseían la ranciedumbre que en el viejo continente, le impedían comprender el calor británico puesto en ciertas celebraciones.

Terminó su frugal desayuno, consistente en unos huevos con bacon, zumo de naranja y café, y regresó al tosco andén del ferrocarril de cercanías. Un desvencijado convoy aguardaba ya, anunciando en sus vagones que recorría la distancia entre

Folkestone y Londres. Se metió en él siempre cargado con su saco de lona, y se acomodó en un compartimento donde un grupo de jóvenes ingleses, pelirrojos y salpicados de abundantes pecas, cantaban a coro una tonada picaresca, entre grandes risas.

El tren arrancó con retraso considerable, y ese detalle convenció al marinero americano de que no era oro todo lo que relucía en las islas, y que la famosa puntualidad británica, a la que tanto se hacía alusión al otro lado del océano, no era muchas veces sino simple tópico.

Soportó los cánticos de sus vecinos de asiento adormilado en su propio rincón, contra la ventanilla, viendo discurrir el verdor jugoso e intenso de la campiña inglesa, salpicado por pequeñas granjas, graneros y algún que otro pueblecillo de casas oscuras, casi siempre de ladrillo, con grises tejados de pizarra y numerosas chimeneas.

Todo resultaba allí tal como él había esperado. Por el momento, Inglaterra no le reservaba ninguna sorpresa especial. Cuando el tren cruzó el Támesis hacia la estación término en la ciudad de Londres, contempló la gran amplitud urbana, realmente fascinado. Era una ciudad muy distinta a Nueva York, evidentemente. Pero en algunos barrios, se podía apreciar fácilmente que la arquitectura británica había influido en gran parte sobre muchas de las zonas de su ciudad natal, allá en los Estados Unidos. *

Se detuvo el tren en la llamada estación Victoria, bautizada así sin duda, pensó el joven americano, en homenaje a su reina. Bajó del vagón cargado con su saco, sintiendo claro alivio al no tener que soportar más a sus vocingleros compañeros de viaje, y cruzó el andén, muy concurrido, en dirección al amplio arco que separaba el interior de la estación de las calles de Londres.

Entre nubes de vapor con fuerte olor a carbonilla, el marino avanzó hasta pisar Wilton Road y salir a Victoria Street, calle más amplia, por la que circulaban carruajes de caballos en una y otra dirección, con bastante prodigalidad. Miró en torno suyo, parcialmente desconcertado.

No sabía cómo dirigirse al lugar cuyas señas retenía en su memoria. Por si ésta le fallaba, extrajo un trozo de papel de su bolsillo y consultó lo que allí había escrito. Optó por dirigirse a la parada de carruajes de punto y tomar uno.

—A Broadwick Street número once, por favor —pidió al cochero, acomodándose en el confortable carruaje.

—En seguida, señor. Eso está en el Soho, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. Es la primera vez que visito Londres, no estoy seguro de nada.

El cochero asintió, se atusó sus grandes bigotes, diciéndose que aquel joven con aspecto inconfundible de marinero tenía un fuerte acento americano al hablar el inglés, y condujo el vehículo sobre las empedradas calles, en dirección al Soho.

Se detuvo delante de un edificio típicamente Victoriano, con puerta flanqueada por vidrieras encristaladas, de sencillo aspecto y dos plantas, aparte la baja.

—Aquí es, señor —le dijo el cochero—. Se trata de una casa con habitaciones para alquilar, por lo que dice ahí…

—Sí, así es —asintió el joven, bajando del carruaje y pagándole el importe de la carrera. Le dio una generosa propina, que hizo pestañear con grata sorpresa al hombre de los grandes bigotes, y avanzó decidido hacia la puerta de la casa.

Pulsó el llamador, esperando ser atendido. Miró a ambos lados de la calle, con su saco en los peldaños de acceso a la puerta de entrada, comprobando que era un lugar recoleto y tranquilo, al menos a aquellas horas del mediodía.

La puerta se abrió. Una dama severa, vestida de oscuro, con el cabello canoso recogido en moño en la nuca, muy tirante, apareció en el umbral. Tras de ella, un vestíbulo alargado, terminaba en una empinada escalera ascendente, en una estructura de vivienda típicamente inglesa.

—¿Qué desea, señor? —preguntó la dama con cierta frialdad, mirando críticamente al hombre erguido en los escalones.

—Vengo a ver a la señora Talbot, Maggie Talbot —explicó el marinero.

—Maggie Talbot… —repitió la mujer con un raro tono de tensión—. No…, no puede verla, señor.

—¿Por qué no? —sonrió jovialmente el visitante—. Acabo de llegar de muy lejos para eso. Soy su cuñado Martin. Y vengo de los Estados Unidos para reunirme con mi cuñada, señora.

—Dios mío… —la mujer pareció repentinamente demudada. Vaciló. Luego se hizo a un lado—. Pase, por favor. No le esperaba…

—Es una sorpresa. Quería llegar aquí sin que nadie lo supiera. Estoy seguro de que Maggie va a quedarse atónita cuando me vea, señora…

—Oates —pudo expresarse la dama dificultosamente, cerrando la puerta tras hacer pasar al marinero al vestíbulo—. Señora Oates. Soy la dueña de esta casa, y patrona…, patrona de…, de su cuñada y de otra chica que, como ella, trabaja en el Variety.

—Oh, sí, el teatro —asintió Martin Talbot, arrugando el ceño—. Pobre Maggie. Tuvo que volver a eso cuando murió mi hermano, hace ocho meses. Debe haberlo pasado muy mal al principio. Ella, que no pensaba regresar a un escenario jamás…

Los ojos de la señora Oates se nublaron con las lágrimas y eludió mirar de frente al marinero americano. En vez de ello, giró la cabeza, tragando saliva para que no se le notara el temblor en la voz al hablar de nuevo:

—Yo…, yo lo siento. Le atenderá la señorita Heywood, su compañera de habitación.

—¿Es que Maggie no está en casa?

—No. No está en casa —la señora Oates subió parte de la escalera y llamó—: ¡Molly! ¡Molly! Haga el favor de bajar. Hay una visita aquí… Una visita para su amiga Maggie…

Arriba sonó una puerta primero. Luego, una voz de mujer sorprendida:

—¿Para Maggie? A no ser que se trate de Archie… Es raro. Creí que… En fin, ya bajo, señora Oates…

—Un momento —dijo la dueña de la casa, dirigiéndose a una puerta lateral del vestíbulo, la que sin duda correspondía a su propio domicilio—. En seguida baja la señorita Heywood. Comprenda, señor Talbot. Normas de mi casa. Ningún caballero puede entrar en las habitaciones alquiladas a mujeres…

—Sí, comprendo, señora Oates —sonrió Talbot, irónico—. No estoy en Nueva York, sino en la Inglaterra victoriana…

Ella frunció el ceño, sin entender del todo la ironía de su visitante, y desapareció tras la puerta. El marino miró arriba, a lo alto de la escalera.

Unos tobillos encantadores habían surgido en su final. Unos pies ligeros y gráciles descendieron presurosos la escalera. Una bonita figura de mujer joven, con armoniosas líneas, apareció ante los ojos gratamente sorprendidos de Martin Talbot. Éste sonrió a la desconocida.

—Oh, no es Archie… —manifestó ésta, extrañada, mirando con cierta decepción las toscas ropas marineras del visitante.

—No, no soy Archie —sonrió él—. ¿Quién es ese caballero?

—Un admirador de Maggie… Pensé que tal vez…

—Vaya, me alegra saber que mi cuñada Maggie empieza a rehacer su vida y olvidar el pasado… —dijo Talbot, risueño.

—¿Su cuñada? —tembló la voz de Molly Heywood, y palideció repentinamente, abriendo mucho sus ojos azules, fijos en el visitante—. Dios mío, no…

—¿Qué le pasa? ¿Es que sucede algo? —se alarmó el americano ante la expresión súbita de la muchacha.

—¿Si sucede algo? —los ojos celestes le contemplaron patéticos—. No sé ni siquiera como empezar… Pero tengo que hacerlo. Señor Talbot, no podía imaginar que alguna vez apareciese usted por aquí… Maggie me habló de usted muchas veces.

—Bien. ¿Y dónde está Maggie ahora? —se impacientó Martin.

—Está…, está… —Molly Heywood rompió en llanto, antes de poderle responder con brevedad terrible y angustiosa—: Está…, *muerta*, señor Talbot.

* * *

—Muerta…

El inspector Evans no dijo nada. Se limitó a mirar compasivamente al joven y atlético marino que permanecía en pie ante la mesa de mármol de la morgue, como sacudido por un viento tempestuoso en la cubierta de un barco. Su figura oscilaba de adelante a atrás, pero sus pies parecían firmemente asentados en el suelo.

Sobre aquella mesa, el bulto de un cuerpo sin cabeza era visible bajo la sábana salpicada de sangre. Martin Talbot acababa de contemplar la figura decapitada, en medio de un trágico silencio.

—No puedo saber siquiera si es ella… —gimió al fin, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Sólo recordaba su…, su rostro, inspector.

—Lo comprendo —asintió el policía, gravemente, dando vueltas entre sus manos al sombrero hongo, de color negro, con que habitualmente se cubría—. Es ella, no le quepa duda. Varias personas pudieron identificarla ya por sus ropas, su anillo, un lunar determinado, una pequeña cicatriz, cosas en las que se fijan habitualmente los compañeros de trabajo en un teatro de variedades. Por desgracia, no cabe otra posibilidad. Es Maggie Talbot, su cuñada.

—Pero ¿por qué, Dios mío, por qué?

—Es lo que estamos tratando de averiguar, señor Talbot —confesó sombríamente el inspector—. Vivimos una época difícil en Inglaterra. La represión sexual de una sociedad poco permisiva y tolerante, ha creado una serie de psicópatas y obsesos muy peligrosos. No parece ser ése el caso de su cuñada, porque no hay indicio alguno de abuso sexual, pero nunca se sabe. Hay gente que goza simplemente con el hecho de matar.

—Dios mío, pobre Maggie… Después de enviudar desgraciadamente de mi hermano, por causa de un accidente, vuelve al teatro para ganarse la vida…, y termina sus días en plena juventud, brutalmente asesinada y mutilada por un maldito loco… ¿Qué clase de país es éste que se permite llamarnos salvajes y pieles rojas a los americanos, y puede albergar en su sociedad a semejante especie de monstruos?

—Mi querido señor Talbot, será mejor que no desahogue sus iras por ahí haciendo manifestaciones de ese tipo. Yo comprendo perfectamente lo que siente, y no me doy por ofendido, pero los ingleses son un pueblo muy sensible a la hora de ser insultados por un extranjero, sobre todo durante unas fiestas tan patrióticas como el jubileo de nuestra reina Victoria, y existe además un latente estado de xenofobia en el pueblo londinense, precisamente a causa de crímenes como éste.

—¿Odio a los extranjeros, por algo que comenten los propios ingleses? —se extrañó Martin, indignado.

—Verá, no es tan sencillo. Mucha gente sostiene que una persona capaz de atacar salvajemente a una mujer y decapitarla, es más bien obra de un extranjero loco que de un correcto ciudadano británico. Por desgracia, su cuñada no es la primera mujer que aparece decapitada en el Soho, en el plazo de un año. Hemos comprobado en nuestros archivos que ya otra víctima, también femenina, apareció de igual modo hace casi diez meses, en un edificio ruinoso de John Street, muy cerca ya de Piccadilly. Sólo que entonces tardamos semanas en hallar el cuerpo, y éste estaba en avanzado estado de descomposición. Pero había sido decapitado y pertenecía a una vulgar ramera. Estamos seguros ahora de que podría tratarse de una misma mano criminal la que ejecutó ambos hechos.

—Y la policía ¿qué hace? —se irritó Martin, mirando casi agresivo al inspector.

—Lo que puede —confesó resignadamente el hombre del Yard—. Le aseguro que estamos haciendo todo lo posible por encontrar al culpable, pero no es tarea fácil. Su

cuñada trabajaba en un teatro de *music-hall*, y mucha gente podía ver noche tras noche sus bonitas piernas y su atractiva figura en la escena. Cualquiera de esos espectadores podría ser un maníaco homicida, pero es como buscar una aguja en un pajar. Estamos inicialmente investigando a sus personas conocidas, por si entre ellas pudiera hallarse el sospechoso, pero lo cierto es que sus amistades masculinas eran muy escasas, limitándose a su empresario en el Variety, Roger Hartman, a un joven músico que pretendía estrenar sin éxito alguna de sus piezas frívolas en el teatro donde la señora Talbot trabajaba, un tal Dennis Bellamy, y un caballero con quien iba a empezar a salir precisamente hoy, al día siguiente de su muerte, un tal Archie, según sus compañeras de trabajo.

—Oh, sí, he oído hablar de ese tal Archie anteriormente. Molly Heywood, su compañera de habitación, creyó que era yo cuando llegué a su casa.

—El tal Archie ha resultado ser un joven de la mejor sociedad londinense, llamado Archibald Everett, y vive con sus padres en Mayfair. Ya estuvo aquí hoy, y también identificó a la víctima. Parecía profundamente afectado.

—¿Ésas eran todas sus amistades masculinas en una ciudad como Londres?

—Así es. Su cuñada era una joven muy seria en su vida privada y profesional, lo he podido constatar. No se le conocían aventuras ni romances. Existen otras relaciones más superficiales, como con el camarero del restaurante donde acostumbraban ir a comer las dos amigas, y cosas así. Pero apenas si existía otro contacto que el meramente profesional, y no parece digno de ser tenido en cuenta, aunque no pasamos por alto ninguna posibilidad.

—Pobre, pobre Maggie… —susurró Martin, contemplando ensombrecido el triste bulto sobre el mármol frío de la morgue.

—Ya nada puede hacer por ella, señor Talbot. Salgamos de aquí, es mejor —el inspector se estremeció levemente—. Este lugar me resulta siempre particularmente desagradable, la verdad. Es la hora de almorzar, y puedo invitarle a un sitio donde se come bien por un precio razonable.

—No tengo el menor apetito, inspector.

—Vamos, vamos, tiene que tomar algo. No arreglará nada tomándoselo tan a la tremenda. De paso, mientras almorzamos, le haré algunas preguntas, por si puede servir en la investigación.

—Mucho me temo que mi ayuda le sea totalmente nula. No conocía a Maggie más que por referencias de mi hermano Josh. Nunca estuve antes de ahora en Inglaterra, y desconozco totalmente cuanto rodeaba a mi cuñada, salvo por las pocas cartas que ella me escribió tras la muerte de mi hermano, buscando consuelo y amistad en mí.

—Bien. Hablaremos, en tal caso, de todo eso que usted menciona. A veces, no se sabe dónde puede aparecer el indicio revelador que conduzca a alguna pista positiva, amigo mío. Vamos, vamos a almorzar juntos, se lo ruego.

CAPÍTULO II

Sir James Earl Everett se apartó de la ventana con el ceño fruncido. Su rostro, habitualmente severo, era ahora pétreo y hosco. Sus ojos grises y fríos tenían un brillo acerado.

—De modo que estás mezclado en un sórdido caso de asesinato —dijo con voz cortante, enfrentándose al joven rubio y de aspecto tímido que aparecía en pie ante él, impecablemente vestido con levita y pantalón gris perla.

—James, por el amor de Dios, estás desorbitando las cosas… —objetó la dama erguida al fondo de la sala, con un pañuelo entre sus dedos, y la mirada perdida en los cristales de roca de la lámpara del techo.

—No te metas en esto, Anne —pidió Sir James con voz helada—. Es un asunto de hombres, a aclarar entre tu hijo y yo, eso es todo.

—Pero papá, mencionas las cosas de un modo que pareces ensuciarlas —se quejó el joven, con un pestañeo—. Entre esa joven y yo no llegó a haber absolutamente nada, ni tan siquiera una amistad o contacto real. Sencillamente, le había enviado unas flores al camerino, había cruzado con ella unas pocas palabras a la salida del teatro, una noche, y en otra ocasión la invité a tomar el té conmigo. Ésa fue la última vez que la vi. Quedamos para reunimos hoy, y pasear por Londres, ir a cenar, y todo eso. Como bien sabes, nunca llegué a verla de nuevo, puesto que la mataron anoche.

—Por tanto, insisto en lo que te dije: estás mezclado en un asesinato.

—Oh, papá, por favor. No es lo mismo. Esa pobre muchacha fue víctima de un loco. Nadie podía imaginarse una cosa así.

—Pero tú concertaste una cita con una vulgar corista de teatro ínfimo.

—Era una muchacha encantadora, seria y formal. Había enviudado y no tenía relaciones con hombre alguno. Me expuso todo eso muy claramente antes de aceptar la cita.

—Claro. Esas lagartonas saben embaucar muy hábilmente a los jóvenes novatos como tú.

—¡Papá, ella no intentó embaucarme en absoluto! ¡Soy mayor de edad y tengo derecho a elegir mis amistades! —protestó airadamente el joven.

—Ya veo que elegiste muy bien. Ahora, algún amante de esa jovencita acabó con su vida, y tú te ves mezclado en un feo asunto que, de un modo u otro, salpicará irremediablemente nuestro prestigio. Un Everett, siendo reclamado a Scotland Yard para declarar, al depósito de cadáveres para una identificación… Me asombra tu falta de pudor y de sensatez, siendo hijo de quien eres.

—Mira, papá, el hecho de que tú seas diputado en la cámara y poseas un apellido de abolengo, no justifica en absoluto que quieras hacerme esclavo de tus ideas y principios —se sublevó el joven Archie—. Estoy harto de ser un Everett, de obrar hipócritamente, de someterme a las reglas de una sociedad intolerante y puritana como ésta, y que sin embargo oculta debajo de su falsa capa de moralidad una gran

dosis de podredumbre y de corrupción.

—¡Archie, te prohíbo que hables así en mi presencia! —rugió sir James Earl Everett, con altanería—. En esta casa, soy yo quien impone el comportamiento a los demás, y el que no esté conforme con él, será mejor que se olvide que es un Everett y salga de estos muros de una vez por todas.

—James, te lo suplico, no seas tan duro con el chico —gimió lady Anne Everett —. No ha cometido ningún pecado con fijarse en una chica atractiva, que luego haya podido ser víctima de un criminal. Esa joven no era ninguna mujerzuela…

—Eso, lo dudo mucho. No te metas más en esto, Anne —la avisó severamente su marido—. Es Archie quien debe responder y tomar su decisión. No toleraré más rebeliones contra mi autoridad y mi sentido de la moral en esta casa.

—Muy bien, padre —silabeó el joven, poniéndose rígido—. En ese caso, me marcharé. Ahora mismo.

—Archie, hijo… —se asustó lady Anne, entrelazando sus manos patéticamente.

—Está decidido, mamá —dijo el joven aristócrata con arrogancia—. Tengo mi propio modo de pensar, y sé que en ningún momento merecí los reproches que papá ha formulado contra mí. De modo que, mientras siga pensando de mí de esa forma, será mejor que me marche de aquí para no volver. Adiós, mamá. Te diré dónde puedes verme, si así lo deseas y mi padre te lo permite. Es cuanto tengo que decir. Adiós, papá. Y que Dios te perdone tanta intolerancia y severidad para con tu único hijo.

Dió media vuelta, con gesto sereno, y abandonó la sala. Lady Anne, tras hacer un amago de interceptarle, cosa que no completó, rompió en ahogados sollozos. Sir James Earl, pálido pero firme, se limitó a permanecer erguido en medio de la sala, apretando sus puños con rabia contenida, sin expresar en su faz emoción alguna.

Sonó una puerta fuertemente: Lady Anne miró a su marido con ojos anegados en llanto.

—James, se ha ido…

—Sí, lo sé —manifestó él glacialmente.

—¿Cómo has podido permitirlo? Ni siquiera tiene dinero, no sabe oficio alguno para trabajar…, no ha terminado su carrera de abogado…

—Me tiene sin cuidado todo eso. Si ha sido lo bastante hombre para rebelarse contra su padre y abandonar la casa, que lo sea también para ganarse la vida. Eso le enseñará a ser menos rebelde y menos altivo.

—James, no está preparado para enfrentarse solo a la vida…

—Eso es asunto suyo. No se hable más de él en esta casa, Anne. Es una orden.

Y abandonó a su vez la sala, con un seco portazo. Lady Anne se sumió en su llanto, amargamente.

Ninguno de los dos Everett, marido y mujer, llegaron a saber que Archie, nada más poner el pie en la calle, sufrió una repentina palidez, un mareo súbito, y se desplomó pesadamente en la acera.

Ello sucedió en la esquina de la manzana de Brook Street, donde residían los Everett en Mayfair, a escasa distancia de la señorial mansión familiar.

Un *policeman* nuevo en el servicio, advirtió la caída del joven, apresurándose a correr en su auxilio. Lo encontró en el suelo rígido, con una intensa lividez en su joven semblante afilado, los labios crispados, y espuma asomaba por ellos. Estaba totalmente inconsciente.

Alarmado, el agente llamó a un carruaje y le ordenó trasladar al joven enfermo al hospital de Saint James, situado no lejos de allí.

Quiso la casualidad que fuese el doctor Clifford Young, médico forense adscrito a Scotland Yard en sus servicios, quien estuviera de guardia en esos momentos, y se ocupara del joven paciente, que no llevaba encima documento alguno de identificación.

El doctor Young era un hombre muy experimentado en atender casos de urgencia, el margen de su especialidad en medicina legal. Rápidamente, advirtió algo raro en los síntomas de aquella dolencia.

Tras un breve examen inicial, ordenó a uno de los enfermeros:

—Llévelo inmediatamente al quirófano. Me temo que sea un ataque cerebral o algo parecido. Avisen al doctor Harvest, por favor. Es urgente.

Transcurrieron algunas horas, antes de que, tras una trepanación de emergencia, los análisis de la sangre del paciente dieran un resultado que dejó aterrados a los dos médicos.

Ambos se miraron entre si, sobrecogidos.

—Me temo que ese joven no tiene remedio, doctor Young —confesó el doctor Harvest, cirujano neurológico del hospital de Saint James.

—¡Es lo que imaginaba yo! —murmuró el doctor Young.

—En efecto, doctor. Es lo que usted imaginaba: un inicio de paresia sifilítica, no sé si por contagio directo en el acto sexual, o heredado de algún familiar.

—De modo que…

—De modo que ese joven iniciará a partir de ahora un progresivo empeoramiento que le llevará a la parálisis cerebral total, a causa de enfermedad venérea irreversible. Es preciso saber cuanto antes quién es él, para conducirle a su casa e informar a su familia…

* * *

—¿Cuándo llegó usted a Inglaterra, señor Talbot?

—Ayer tarde. Antes de oscurecer.

—Ha tardado mucho en llegar a Londres…

—Me quedé en Folkestone y Dover —sonrió tristemente Martin—. No podía imaginar lo que estaba sucediendo aquí. Tal vez si vengo antes, hubiera podido salvar a mi cuñada…

—No esté tan seguro de eso. El asesino hubiera cometido igual su crimen, estando usted en Londres o no. ¿Por qué se demoró tanto?

—Bueno, usted nunca ha sido marino, inspector. Llevaba demasiado tiempo a bordo de un barco. Pisé puerto y me puse a tomar unas copas. Luego surgió una chica…, y el resto puede imaginárselo.

—Ya. ¿Pasó la noche entera en Dover?

—Así es. Y acompañado, por cierto.

—¿Tanto deseaba conocer a una mujer inglesa interiormente? —sonrió a su vez el policía irónicamente.

—Ni siquiera era inglesa, sino jamaicana. De color.

—Oh, entiendo. Ustedes, los americanos, no tienen prejuicios raciales, ¿verdad?

—No todos. Hay quien odia a los indios o a los chinos. Y no digamos a los negros. Por ese motivo hubo una guerra civil, no lo olvide. Pero yo no soy racista.

—Ya veo. ¿Se vino a Londres esta mañana?

—Sí. En el tren matinal. El primero que salla de Folkestone.

—Ya. Supongo que, en caso de necesidad, podría probar todo eso, ¿no, señor Talbot?

Los ojos grises del joven marinero buscaron con perplejidad los del policía. Dejó de saborear el *pudding* de carne que tenía ante sí en la mesa del restaurante.

—Probar ¿qué? —puntualizó.

—Todos sus pasos de anoche en Dover o Folkestone.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Bueno, a eso se le llama tener una sólida coartada, ¿no lo sabía?

—Un momento, inspector. ¿Está sugiriendo que *yo* necesito una coartada para la noche en que asesinaron a mi propia cuñada?

—No se lo tome así, señor Talbot. Espere que le explique…

—Es una sucia insinuación, inspector, impropia de un caballero.

—Lo sé. Yo no sospecho de usted en absoluto. Pero la opinión pública es algo distinto. Los periodistas mencionarán que el crimen coincidió con la llegada a Inglaterra de un cuñado de la víctima, de nacionalidad americana. Ya le hablé de la xenofobia que existe en muchos sectores de nuestra sociedad. Para muchos, sólo cuenta la obsesión de culpar de todos nuestros males a los extranjeros. No hace mucho tiempo, en Blackfriar, fue linchado un marinero ruso, por simples sospechas de robo con homicidio. El pobre diablo resultó inocente, pero cuando abandonó Inglaterra, sufría serias lesiones aún, recuerdo del intento de linchamiento de que fuera víctima a manos del populacho, enfurecido por la ola de criminalidad creciente que sufrimos.

—Es muy cómodo culpar de todo a los extranjeros —dijo fríamente Talbot, retirando su plato sin terminar.

—Estamos de acuerdo en eso, amigo mío —convino el policía con un suspiro—. Pero estoy tratando de impedir que, llegado el momento, pueda ser usted señalado

como sospechoso por la opinión popular.

—Es un absurdo. ¿Por qué pretendería yo matar a mi propia cuñada, a quien ni siquiera conocía?

—La gente sería capaz de inventarse cualquier cosa para justificar la sospecha, desde una terrible historia de celos hasta un odio fraterno imaginario. Le aseguro que más de un inocente ha sido ahorcado por nuestra justicia, con los más frágiles motivos.

—¿Ha olvidado usted ese otro crimen de hace casi un año, donde otra mujer murió decapitada? Yo jamás estuve en Inglaterra antes de ahora, y eso sí puedo probarlo.

—En cambio, nosotros no podemos probar que el culpable fuese el mismo en ambos casos —suspiró el inspector Evans—. Créame, señor Talbot, no pienso ni remotamente que usted tenga nada que ver en este horror. Es más, me duele hablarle así en las circunstancias por las que está pasando, pero prefiero abordar crudamente las cosas, a tener luego que ver a un inocente en apuros. Por tanto, será mejor para usted que otros marineros, camaradas suyos, o personas determinadas de Dover y Folkestone, incluida esa jamaicana de quien me habló, puedan corroborar, llegado el momento, su coartada de anoche. Así nos evitaremos sorpresas desagradables.

—No conozco a nadie en esas poblaciones, pero imagino que alguien me recordará. En cuanto a mis compañeros… regresan a América hoy mismo, en el *Aquitania*.

—¿Y la mujer de color?

—No sé gran cosa de ella. Sólo que dijo llamarse Rita. Supongo que será alguna ramera de Dover…

—Esperemos que sea así. Investigaré ese punto. Y no se moleste por ello, ya conoce mis razones, señor Talbot.

—Encima tendré que estarle agradecido por convertirme en su sospechoso.

—Sabe que no es *mi* sospechoso —sonrió Evans gravemente—. Sólo quiero que recuerde que no está en Nueva York, sino en un país extraño para usted, donde los extranjeros son particularmente mal vistos.

—¿Y ese tal Archie, inspector? ¿No es también un sospechoso?

—Archibald Everett es hijo de un diputado de la cámara —explicó el policía con lentitud—. Su padre es importante y tiene influencias. Sobre el joven no hay información negativa alguna. Es simpático, educado y agradable de trato, acaba de cumplir su mayoría de edad hace unos meses, y ha tenido algunos romances con chicas de teatro, antes de conocer a su cuñada. No es exactamente un crápula ni un mujeriego, aunque le guste la noche y la compañía de muchachas bonitas y algo frívolas, cosa que nadie puede considerar un delito, ni siquiera en nuestra puritana Inglaterra actual.

—Ya entiendo. Él es un ciudadano inglés, rico y de buena familia. Eso le da patente de corso. Pero podría ser el asesino de Maggie.

—Claro que podría serlo. Cualquiera lo puede ser —el inspector hizo un gesto de cansancio—. ¿Qué piensa hacer usted, ahora que su cuñada, objeto de su visita a Inglaterra, ha muerto?

—No lo sé —confesó Martin con un suspiro—. Me ha pillado todo tan de sorpresa… Tenía previsto pasar un mes en Londres, acompañando a Maggie, tratando de ayudarla a emprender una nueva vida…

—¿Qué tal fue su vida en común con su hermano?

—Que yo sepa, excelente. Tengo cartas de Josh en que me muestra su felicidad junto a Maggie. Y otras de ella, tras morir mi hermano de repente. Hay mucha amargura y dolor, mucha melancolía en esas cartas de Maggie durante su viudedad. Todo ello habla de felicidad común, imagino.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Dos años, creo.

—¿Su hermano era también norteamericano?

—Por supuesto.

—¿Qué hacía en Inglaterra?

—Se vino a Europa embarcado también. No le gustaba la vida americana y quería probar fortuna en la vieja Europa. No le fue mal del todo. Encontró trabajo en Londres y se instaló definitivamente aquí. Más tarde conoció a Maggie durante una representación teatral, se hicieron novios y se casaron.

—¿Cuál era su profesión?

—Impresor. Trabajaba en una editorial londinense, creo. La Smith & Colter.

—Sí, la conozco —asintió el policía—. ¿Sin hijos?

—Sin hijos. Querían esperar a tener una mejor posición. Eso no llegó nunca.

—¿Cómo murió?

—Maggie me envió un recorte de un diario londinense con la noticia de su muerte. Fue atropellado por un carruaje al cruzar la calle. Murió de fractura craneal. Sólo tenía veintisiete años al morir, dos más que yo.

—Lo siento de veras. Han sido dos malos trances para usted, señor Talbot.

—Así es, aunque piense que yo vine a Londres a matar a mi pobre cuñada —dijo con amargo sarcasmo el joven neoyorquino.

—Creo que ese punto ya lo hemos discutido adecuadamente, amigo mío —suspiró con aire abatido el inspector—. No se moleste por ello. Sólo trato de ayudarle.

—Eso suena muy diplomático, inspector.

—Es la pura verdad —sonrió éste—. Aunque usted no lo crea. Pero eso sí, le agradeceré que no abandone Londres sin informarme previamente. Es sólo cuestión rutinaria en mi trabajo, compréndalo.

—Lo comprendo muy bien —fríamente, Martin Talbot se puso en pie, mirando a su compañero de mesa con cierta hostilidad—. Lo adorne usted como lo adorne, algo es evidente en todo esto: no estoy al margen de sospechas en el asunto, a menos que

demuestre sin lugar a dudas que estuve toda la noche y la madrugada en Dover y Folkestone. Perdóneme, pero no me gusta almorzar en compañía de alguien que pueda pensar de mi que soy un asesino. Pagaré mi comida, no se preocupe en invitarme.

Dió media vuelta, alejándose hacia la caja del restaurante, sin que el policía tratara de impedirlo. A medio camino, giró la cabeza y añadió el joven americano:

—Ah, no sufra por esa otra cuestión. No pienso abandonar Londres hasta saber quién mató a mi cuñada. Y si la policía inglesa no sirve para eso, yo mismo intentaré averiguarlo.

El inspector Evans pareció a punto de decir algo, con gesto preocupado. Pero no lo hizo. Permaneció mudo, mientras Talbot pagaba su almuerzo y abandonaba el restaurante cerrando de golpe tras de sí.

* * *

—¿No va a cenar aún, señor Carruthers?

—Sí, en seguida, señora Stone —se apresuró a afirmar Leslie Carruthers, con gesto cansado, levantando la cabeza del voluminoso libro que mantenía abierto ante él, sobre la manta a cuadros que cubría sus piernas—. Sólo un momento, mientras termino algo…

—Nada de más lectura —rechazó la mujer, con enfado, aumentando la llama del quinqué situado junto al lector—. Es hora de cenar. Y cenará, quiera o no. O no me moveré de aquí hasta que cierre de una vez ese condenado libro.

—Está bien, como usted quiera, señora Stone —suspiró Carruthers, cerrando el volumen con aire de desgana tras poner un *ex libris* entre sus hojas. Dejó el pesado libro sobre la mesa, y acercó la bandeja de alimentos hasta depositarla sobre sus rodillas, en la butaca situada frente al fuego de la chimenea—. ¿Satisfecha, señora Stone?

—Sólo lo estaré si, cuando venga a recoger el servicio, ha agotado toda la comida.

—Pero señora Stone, es demasiada cena para mí… —protestó débilmente el inquilino.

—Nada de eso —rechazó ella, cerrando las contraventanas, ya con Londres en la oscuridad, sólo alumbrado por las luces de gas callejeras—. Sólo es una buena sopa de gallina y carne con verduras, con un trozo de tarta de postre. Se cenará todo eso, o va a oírme, señor Carruthers.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó el huésped con resignación—. Cenaré todo lo que me ha traído, señora Stone.

Ahora puede retirarse. No me gusta cenar viéndola con sus inquisitivos ojos clavados en mí desde ahí.

—Está bien, pero nada de trucos —amenazó la mujer. Luego Se mostró más

tierna al añadir—: Compréndalo, es por su bien… Ha estado enfermo durante varios días, y aún no se ha repuesto del todo…

Le sonrió, animosa, y abandonó la habitación, cerrando suavemente tras de sí. Leslie Carruthers suspiró, meneando la cabeza. Dió vueltas al caldo de la taza, que humeaba con un agradable aroma a ave. Empezó a sentir verdadero apetito.

Pero apenas había probado tres cucharadas de caldo con fideos, cuando lanzó un grito ronco, clavó con terror sus ojos desorbitados en la taza, y su todo cuerpo tuvo una convulsión violenta, levantándose de golpe de la butaca.

Se fue la bandeja por los aires, aterrizando su contenido en el suelo. Se hizo pedazos el tazón, derramando su contenido, y la carne, los guisantes y zanahorias, fueron a entremezclarse con el bizcocho de la tarta, junto a los leños que chisporroteaban en el hogar, entre charcos de té frío.

Lívido, jadeante, Leslie Carruthers dejó caer de sus piernas la manta, se movió jadeante por la habitación, con sus ojos dilatados, el gesto como en trance.

—No, no… —sollozó—. No puede ser…

Se cubrió la faz con una mano crispada, como queriendo apartar de sus retinas una escena demasiado espantosa, y todo Su cuerpo tembló espasmódicamente, teniendo que agazaparse junto a la pared, tembloroso, castañeteando sus dientes, mientras balbuceaba nuevas frases incoherentes, que revelaban un profundo terror algo que sólo él podía ver:

—No, no quiero…, no quiero verlo… —jadeó—. Otra vez, no… Por el amor de Dios, apartad eso de mi vista… ¡Apartad tanta sangre, tanto horror…! ¡Nooooo!

Convulso, cayó de rodillas, sin poder desviar sus ojos desorbitados de algo que, a juzgar por su expresión aterrorizada, estaba allí, ante él, en alguna parte del vado. Todo su cuerpo aparecía conmovido por fuertes espasmos, y la cara era una máscara de color cera, bañada en sudor helado.

Sollozando, se encogió sobre sí mismo, durante unos momentos, para terminar incorporándose con alguna dificultad y, dando trompicones, tambaleante, llegar hasta la mesa, y apartando de un manotazo el libro que estaba leyendo antes, tomó una hoja de papel mojó una pluma en un tintero, y comenzó a escribir, nervioso, exaltado, con rápida y bien cultivada letra, alto torcida a causa de su actual excitación:

Por favor, actúen pronto esta noche.

Va a ocurrir otra vez. Van a matar a una mujer en breve. Tal vez ya la han matado. Puedo verlo como si sucediera ante mis propios ojos… ¡Traten de evitar este nuevo crimen!

También va a ser en el Soho o muy cerca. Una mujer joven y bella… El asesino…, va a decapitarla también, como a la otra. Veo una luz roja, veo niebla… veo un callejón…

Crean en lo que les digo. Puedo ser testigo de todo como si estuviera presente en la escena.

No pierdan tiempo. Eviten este horror, sea como sea.

Un vidente.

Firmó nervioso, bruscamente. Metió la hoja en un sobre, lo cerró y escribió algo sobre él, unas líneas rápidas. Luego, olvidándose de la cena y de todo lo que yacía en el suelo, corrió a la puerta, agitado, descendiendo presuroso a la calle. La puerta del piso de la señora Stone se abrió. La patraña asomó cuando él pasaba veloz ante ella.

—¡Señor Carruthers! ¿Qué hace? —gritó, alarmada—. ¿A dónde va? ¿Qué locura es ésa, en su estado actual? ¡Vuelva aquí, termine su cena! ¡Señor Carruthers…!

Era inútil. Su inquilino había salido a la calle, fundiéndose en la niebla. La buena mujer meneó su canosa cabeza con perplejidad y disgusto.

—Este hombre… —refunfuñó—. Cada día está más raro… No sé siquiera por qué me preocupo tanto de él. Allá con su salud, si quiere jugar de ese modo con ella…

Y se metió de nuevo en su piso, cerrando la puerta.

* * *

—¡Inspector Evans! ¡Ha vuelto a suceder!

Esta vez, el sargento Roberts mostraba auténtica excitación al dirigirse con rapidez hacia el inspector, cuando éste hacía su entrada en las oficinas de Scotland Yard.

—¿Qué es lo que ha vuelto a suceder, sargento? —se alarmó el policía.

—Otra carta. Otro anónimo del vidente.

—¿Qué? —tronó Evans sobresaltado—. ¡Démela!

El sargento se apresuró a poner en manos de su superior la carta recién llegada al Yard, de manos de un mozalbete con aire pícaro, minutos antes. Una serie de agentes uniformados estaba subiendo a un carruaje policial, dispuesto ya a la marcha en el amplio patio del centro policial.

—En su ausencia, señor, me he permitido movilizar a unos cuantos hombres para que refuercen las patrullas de Soho… —dijo Roberts, mientras su jefe leía con rapidez las líneas del mensaje anónimo firmado por «un vidente».

—Bien hecho, sargento. Vamos allá con ellos —aprobó el inspector—. Puede que esta carta no signifique nada esta noche. Tanto mejor en ese caso. Pero por si ocurre, creo que es mejor tratar de impedirlo por todos los medios a nuestro alcance.

—Son las diez y media ya, señor. Puede haber sucedido…

—Dios quiera que no —farfulló él inspector, guardando la carta en su bolsillo y comprobando que llevaba cargado su revólver—. ¡En marcha! No hay tiempo que perder…

Se dirigieron al carruaje ya dispuesto, y poco después salían del Yard a todo galope del tiro de caballos, haciendo sonar la campana de alerta que les abría paso preferente por las calles de Londres.

—¿Quién trajo esta vez la misiva? —se interesó el inspector durante el viaje.

—Otro muchacho, como la anterior. Uno de esos pilluelos que deambulan día y noche por Londres, arrastrando su miseria y robando cuanto le es posible. En esta ocasión, retuve al chico y le hice unas preguntas, asustándole para que hablase. Según me refirió, se la dio un hombre bastante alterado, en mangas de camisa, a la altura de Brewer Street, en su cruce con Wardour.

—El mismo corazón del Soho.

—Así es. Por la forma de vestir, dado lo húmedo y frío de la noche, hace suponer que el tipo no vive lejos de ese punto y había salido de su casa para entregar la carta a cualquier chico, con encargo de llevarla de inmediato a Scotland Yard. Esta vez, su generosidad había llegado al punto de darle dos chelines de propina, y uno para un viaje en coche hasta el Yard. Por supuesto que el chico, según confesó, se limitó a venir a todo correr, guardándose el chelín para sus cosas.

—Nuestro «vidente», por lo que se advierte, es hombre que no para en gastos con tal de informar, pretendiendo evitar nuevos crímenes… —apuntó el inspector, meditativo.

—Así es, señor. Obtuve de ese chico su nombre y domicilio. Cree que puede identificar al hombre sin error posible, si vuelve a verlo.

—Una medida inteligente, sargento —aprobó Evans, sumido en sus reflexiones, que distaban mucho de ser optimistas respecto a este nuevo y extraño aviso de alguien que, al parecer, era capaz de «ver» los crímenes antes de que éstos se produjesen.

CAPÍTULO III

Sue Malcolm era una chica más bien fea, pero graciosa y simpática. Tenía un cabello color rojo vivo, un rostro pícaro y pecoso, naricilla breve y ojos más bien pequeños aunque llenos de vivacidad, de un acuoso color azul.

Más bien de pequeña estatura, algo regordeta, pero con curvas de las que gustaban a los hombres de la época, especialmente en caderas, nalgas y senos. Ella sabía que la temperatura de sus pacientes acostumbraba a subir más de lo previsto por los médicos en cuanto ella se acercaba a atenderles, cosa bastante natural habida cuenta de que las formas de la joven no eran ninguna tontería y acostumbraban a despertar deseos voluptuosos en los enfermos.

Porque Sue Malcolm era enfermera, prestaba sus servicios en un centro benéfico de asistencia sanitaria de caridad para las numerosas gentes desheredadas de la fortuna que deambulaban por el Soho, como por Whitechapel o Blackfriars. Aparte de eso, también trabajaba para una comadrona que tenía su consulta en el propio Soho, durante un corto número de horas.

Esta noche había tenido trabajo abundante con la comadrona, y se dirigía, todavía muy cansada tras un parto difícil, en el que llegó a peligrar la vida de la madre, a iniciar su turno de servicio de noche en el centro social de sanidad del Soho donde ayudaba en la humanitaria tarea de atender a pacientes pobres, por un salario escaso e insuficiente, que sólo gracias a otros trabajos, como el de la señora Carr, la comadrona, o suplencias semanales, como la que hacía regularmente de la enfermera del doctor Curwood en su lujoso consultorio de Mayfair.

En las últimas horas, la niebla se había espesado considerablemente y era difícil ver a pocos pasos de distancia, con excepción de las manchas de luz de las farolas de gas. Las personas con quienes se cruzaba, eran como meras sombras que pasaban y se perdían en la bruma, igual que fantasmas.

Sue no sentía miedo alguno por cruzar las calles londinenses a estas horas de la noche, ni tampoco por la niebla que la envolvía. Era una muchacha decidida y animosa, habituada a moverse por la ciudad a horas intempestivas, incluso en las más crudas noches invernales. Ello formaba parte de su oficio, a fin de cuentas.

Ésta era, para ella, una de tantas entre todas esas noches de trabajo. Nada, en realidad, parecía diferenciarla de todas las demás. Oyó rodar un carruaje no lejos de ella, y le llegó el tintineo insistente de la campana que denunciaba la naturaleza del vehículo: era un coche policial en servicio de urgencia. Se desentendió de esa cuestión. Era habitual que hubiera redadas de rameras o de bribones en las calles. Estaba al margen de todo eso.

Pasó las luces amarillas de un *pub* abierto, en cuyo interior se oían risas y voces. Quedó atrás, con su bullicio, y la penumbra se intensificó en la bruma, salvo allá ante ella, a alguna distancia, donde brillaba mortecino al halo azulado de una farola sumergida en aquel maloliente *smog* londinense.

A medida que se aproximaba a la zona más sórdida y poco frecuentada del Soho, donde se hallaba el centro social de asistencia médica gratuita para los pobres, la soledad y el silencio se iban haciendo más perceptibles en torno de la valerosa enfermera. Pasó junto a un ciego callejero que pedía limosna, y puso en su plato una moneda. El invidente le dio las gracias con un murmullo, tras el tintineo metálico de la pieza en el platillo.

Dobló una esquina, penetrando en el callejón donde se hallaba el centro de asistencia. Una luz rojiza señalaba en la niebla su emplazamiento, a dos manzanas de distancia. Decidida, se dispuso a recorrer esa distancia con su paso habitual, firme y seguro.

De repente, una luz alumbró su rostro, cegándola a medias. A pesar de la bruma, espesa y gris, el farol levantado ante su cara llenó ésta de claridad repentina que, en contraste con la oscuridad anterior, la hizo parpadear, deslumbrada.

—Eh… ¿quién anda ahí? —preguntó, sorprendida—. ¿Por qué me alumbra así? Soy una enfermera del centro de asistencia social.

Nadie le respondió. La figura que se dibujaba borrosamente ante ella, tras la cruda luz de la farola colgada de la mano del desconocido, parecía corresponder a un hombre alto y envuelto en alguna prenda de abrigo de amplio vuelo, como una capa o un macferlan, no podía estar segura de eso. También hubiera jurado que el hombre llevaba sobre su cabeza un sombrero de peluche negro, en el que se reflejaba el brillo de la luz del farol que oscilaba molesto ante sus ojos.

—Por favor, retire eso de ahí —pidió ella con energía—. Me molesta esa luz, y…

De repente, supo que había cometido un grave error al no adoptar precauciones y desconfiar de todo aquello. Su instinto la avisó. Había peligro.

Y supo que era ya tarde para evitarlo. Demasiado tarde. Un repentino y profundo horror la invadió. Un escalofrío de pánico agitó su cuerpo robusto.

—No, no… —jadeó, viendo destellar algo en la niebla, tras aquella luz—. ¿Qué es lo que pretende…?

Se echó atrás, intentó huir, escapar a su destino. Ya no era tiempo.

Algo gélido, afilado, alcanzó su garganta. Notó la espantosa sensación fugaz de que un hielo doloroso desgarraba su cuello, con impacto seco, convirtiéndose luego en fuego lacerante. Quiso gritar y no pudo.

Aquel acero surgido de las brumas, había segado sus cuerdas vocales, junto con su nuez, su tráquea, sus carótidas…

De oreja a oreja, la cabeza osciló, a medio desprender del cuello, repentinamente bañado en sangre. Un segundo tajo acabó de separar del tronco la pelirroja cabecita femenina, que saltó en el aire como un objeto grotesco y terrorífico.

En medio de un rojo raudal de muerte, el cuerpo mutilado osciló, yendo a golpear el sucio y húmedo muro del callejón. En las piedras de la calzada, botó lúgubremente la cabeza de mujer, a pies del decapitador.

Éste, rápidamente, se inclinó y tanteó en la niebla, soltando la lámpara para

sujetar una negra bolsa en la que introdujo el sangrante trofeo humano separado poco antes del tronco.

Cuando echó a correr, alejándose del escenario del crimen y fundiéndose en la niebla, allí quedó el cuerpo sin cabeza de Sue Malcolm, la pizpireta enfermera.

Un crimen anunciado por alguien en un anónimo firmado por «un vidente», acababa de cometerse en el Soho, tal y como fuera previsto en aquel mensaje desconcertante. La policía londinense iba a tener pronto ocasión de comprobarlo, para exasperación suya y para terror de todo un distrito de Londres, donde la muerte violenta había parecido aposentarse ya con naturaleza siniestramente sólida y definitiva.

* * *

El doctor Clifford Young, que caminaba a través de la niebla, en compañía de su colega de Mayfair, el prestigioso doctor Curwood, se detuvo sorprendido, señalando a un punto en la niebla.

—¿Qué es eso? —indagó—. Parece que hay un farol en el suelo…

—Cierto —asintió el doctor Curwood—. Justo a la entrada de Meard Lañe…, donde se halla precisamente el centro de asistencia social que le mencioné, mi querido colega…

—Tal vez se trate de algún accidentado, veamos —dijo el médico forense, avanzando resuelto hacia aquel punto, adelantándose unos pocos pasos a su acompañante—. Podría tratarse de un atropello o un desmayo… Parece que hay alguien caído junto a ese farol, ¿no ve un bulto?

—Su vista es infinitamente mejor que la mía, doctor Young —suspiró Gurwood —. Esta maldita niebla no me permite ver nada… Pero sí, ahora lo veo. En efecto, hay alguien ahí caído… Veamos de qué se trata…

Clifford Young llegó junto al cuerpo un segundo antes que su colega. Una exclamación de asombro y horror escapó de sus labios.

—¿Qué ocurre ahí, doctor Young? —se interesó el facultativo del señorial Mayfair.

—Sangre… Hay sangre por doquier, un verdadero río de ella en la calzada… —jadeó Young, aterrado—. Dios mío, creo que se trata de una mujer…

—Cielos, ¿no se tratará de…, de otro de esos horribles crímenes? —sugirió el doctor Curwood, asustado.

—Mucho me temo…, mucho me temo que sí —fue el comentario de Young, el forense—. Por lo que se puede ver…, esta infeliz está descabezada. Como la otra, doctor Curwood, Dios nos asista. Pronto, llame a la policía. Yo avisaré al centro de asistencia social, aunque mucho me temo que nadie podrá hacer ya nada por una mujer a quien han decapitado limpiamente, como parece ser el caso…

Apuradísimo, el doctor Curwood, que no era precisamente ni muy joven ni muy

ágil, se apresuró a correr hacia la cercana esquina, llamando con voz potente y clara:

—¡Socorro, policía, socorro! ¡Aquí, pronto, aquí! ¡Se ha cometido un crimen! ¡Policía…!

Un silbato agudo, en la distancia, fue la respuesta a su llamada. La policía no tardaría en acudir. Apresurose el médico a reunirse con su colega, junto al cuerpo sin vida, tendido sobre el charco de su propia sangre, y la voz grave del médico forense le informó con tono sombrío:

—Al parecer, el asesino debió llevarse la cabeza, como en la anterior ocasión. No se ve nada en derredor. A menos que haya rodado demasiado lejos… Con esta maldita niebla, es imposible ver nada.

—Pobre muchacha… —jadeó el doctor Curwood, arrodillado junto a él—. Es terrible lo que sucede. Na hay nadie seguro en esta ciudad, amigo Young.

—Mientras haya tanto triunfalismo con la reina y el jubileo se difunde en todos los periódicos con aire de fiesta, sin recordar los millares de seres que viven en la más espantosa miseria, y las desigualdades e injusticias sociales que van agudizándose en todo el país por culpa de la insistencia de una persona demasiado anciana para seguir gobernando, todo irá de mal en peor, doctor Curwood —se lamentó el forense con voz contraída, incorporándose lentamente y yendo hacia la rojiza luz que se veía al fondo del callejón—. Volveré ahora con alguien de ese centro caritativo, doctor.

Sin poder ocultar su nerviosismo al quedarse solo con la víctima en tan siniestro escenario, el doctor Curwood vio alejarse la figura de su colega en la niebla, y se frotó las manos, ateridas más por lo macabro de su hallazgo que por el frío húmedo de la noche londinense.

Sin embargo, no tuvo que esperar demasiado en soledad. Casi simultáneamente, confluyeron en donde él estaba dos agentes de policía uniformados, así como el doctor Young, de regreso con un hombre fornido, en mangas de camisa, y una mujer de figura vigorosa, erguida y fuerte, que lucía una bata blanca sobre su cuerpo atlético. El destello de la lámpara caída en el suelo, así como la que llevaba en la mano uno de los *policemen*, hicieron destellar su cabello, de un rubio muy intenso, y tan corto que parecía el de un hombre.

—¿Qué es lo que sucede aquí? —interrogó ásperamente uno de los agentes, mirando receloso al rostro demudado del doctor Curwood, antes de observar en el suelo los regueros que dibujaban arabescos rojos entre el empedrado tosco del callejón.

—Creo que ya puede verlo, agente —se expresó Curwood con cierta sequedad—. Han decapitado a una muchacha.

—Cielos… —jadeó el policía, palideciendo. Y se inclinó, con su compañero, a examinar los restos humanos.

—Doctor Curwood, me ha dicho la doctora Lee qué son ustedes amigos… —terció ahora el doctor Young, señalando a su colega femenina, interesada ahora profundamente en aquel cuerpo tendido en el pavimento.

—Así es —suspiró el viejo médico de Mayfair—. ¿Qué tal va todo, Virginia, amiga mía?

—Mal, pero no tanto como aquí, a lo que veo, doctor Curwood —se expresó ella con tono pesimista, observando el cadáver de la mujer descabezada—. El centro siempre tiene problemas de índole económica, y vamos tirando más mal que bien. Nuestra solicitud de apoyo oficial al gobierno parece haber caído en saco roto. El muy honorable Salisbury debe tener cosas más importantes en qué pensar…

—Así funciona todo en nuestra gloriosa Inglaterra de hoy —se lamentó amargamente el doctor Young—. Se dilapidarán millones de libras en festejar el jubileo de la reina Victoria, mientras un centro asistencial para enfermos indigentes no dispone ni de media corona al año para ayuda de su humanitaria tarea. ¡Qué asco, señores, qué asco!

Uno de los agentes le miró con aire de reproche cuando oyó mencionar la cuestión real, pero se abstuvo de hacer comentarios al respecto, prefiriendo hacerlo en un sentido muy distinto, tras revisar en torno la callejuela con su farol.

—No hay rastro de su cabeza, a menos que ese reguero de sangre que se prolonga hasta el bordillo de la acera en ese punto marque su trayectoria al rodar —indicó, preocupado—. En cuyo caso, es obvio que el asesino se la llevó consigo.

—¡Qué horrible trofeo! —se estremeció su compañero, enjugándose el sudor al ponerse en pie. Luego manifestó a su colega—: Ve a avisar a la comisaría, Hugh. Yo me quedaré aquí con estos caballeros, esperando la llegada de nuestros superiores. Aunque imagino que éste será asunto para Scotland Yard…

El agente llamado Hugh asintió, alejándose presuroso en la densa bruma. El que se quedaba allí, escudriñó a los cuatro personajes que tenía ante sí, con aire receloso todavía.

—¿Quiénes son ustedes, señores, si puedo saberlo? —indagó.

—Yo soy el doctor Clifford Young, médico forense de City of Westmister —se presentó altanero el más joven y alto de ambos galenos—. Mi compañero es el doctor Henry Curwood, un notable médico de Mayfair de gran prestigio, y nos acompaña una dama que se ocupa de la humanitaria y sacrificada tarea de dirigir el centro de asistencia social situado ahí cerca.

—Oh, la doctora Virginia Lee —asintió el policía, con tono complacido—. He oído hablar de usted, doctora, y siempre bien, aunque no tenía el placer de conocerla personalmente. La gente necesitada de este barrio le está muy reconocida.

—Pobres diablos —suspiró la mujer de pelo corto y rubio, grandes ojos claros y bata blanca sobre su arrogante forma de mujer de tipo nórdico—. Sólo por ellos vale la pena luchar horas y horas en un sitio que no reúne condiciones, para tratar de aliviar en lo posible sus dolores y privaciones.

Desde un plato de sopa caliente hasta una operación o un parto, pasando por las medicinas indispensables para curar unas fiebres o una crisis nerviosa, tiene en nuestro centro la única ayuda gratuita que pueden encontrar en todo Londres los que

no tienen medios de fortuna.

—Y todo eso, mientras el gobierno permanece cruzado de brazos, dedicándose a hacer bonitos discursos en la cámara —se quejó el belicoso doctor Young.

La doctora Lee, sin hacer comentario, se había inclinado sobre el cadáver, junto a su acompañante fornido, que ya estaba examinando a la mujer asesinada. Ambos cuchichearon algo entre sí. El policía frunció el ceño, mirándoles, pero no dijo nada. En vez de eso, se dirigió al doctor Young con tono respetuoso.

—Dígame, señor, ¿vieron algo, aparte la presencia de ese cuerpo?

—No, nada —se lamentó el forense—. El doctor Curwood y yo veníamos de una conferencia médica en Saint James, y nos dirigíamos al centro de asistencia social, donde el doctor Curwood quería hacer un donativo de medicamentos y algo de dinero, y de paso presentarme a la doctora Lee y a los demás benefactores de ese establecimiento, cuando vimos la luz de ese farol en tierra y descubrimos gracias a ella el bulto humano… Eso ha sido todo. Ni vimos a nadie, ni oímos nada especial, se lo aseguro.

—En efecto, agente. Veníamos charlando cuando advertimos la presencia de la luz —confirmó el doctor Curwood—. Pero no puede hacer más de cinco o diez minutos que el hecho tuvo lugar. Aún brota algo de sangre caliente de ese infortunado cuerpo…

—Creo que sabemos de quién se trata, caballeros —declaró sombríamente la voz de la doctora Lee, cuando ella se puso en pie, con el rostro muy pálido y la mirada ensombrecida.

—¿De veras? —se interesó el policía.

—Si. No se puede estar absolutamente seguro de nada faltando la cabeza, pero las ropas y el anillo que luce esa mujer en la mano derecha, así como la gargantilla de terciopelo negro con un camafeo azul y oro, corresponden a una buena amiga nuestra. Su cuerpo también encaja en su descripción. Estoy segura de que se trata de una joven enfermera que colaboraba con nosotros de vez en cuando, la señorita Sue Malcolm. Mi ayudante, Mark Holmes, también está convencido de ello.

—Bueno, eso ya es algo. Una enfermera… Pobre chica —se lamentó el policía—. Al principio pensé que podía tratarse de más de esas prostitutas que andan por ahí.

—¿Y qué importarla eso, agente? —se irritó el doctor Young—. También son ellas seres humanos. Víctimas, muchas veces, de las injusticias sociales de nuestra época y de nuestro país. Y las pobres desgraciadas serán las primeras en emperifollarse, ingenuamente, para conmemorar el jubileo real, sin duda.

—Cuidado con lo que dice, amigo mío —trató de calmarle apaciblemente el doctor Curwood—. Puede despotricar cuanto quiera contra nuestro gobierno, pero evite mencionar despectivamente los asuntos reales, o terminará en un calabozo, pese a todas sus influencias.

—Todos ellos son igualmente culpables de la situación, a fin de cuentas. No puedo pensar de otro modo, lo siento.

—Bueno, yo no quise desmerecer a nadie, doctor —se excusó el policía, cohibido —. Sólo que no esperaba que una enfermera joven caminase solitaria por estas calles, después de lo sucedido hace poco.

—Sue Malcolm siempre iba sola de noche por las calles —sentenció la doctora Lee con firmeza—. Era una gran chica. Laboriosa y noble como pocas. Yo le pagaba algo por su ayuda, muy poco, para no exigir demasiado de ella. Después de todo, tenía que trabajar en el hospital y ayudar a una comadrona para sacarse un salario mínimamente decente. A veces se negaba a cobrar, cuando veía ciertos cuadros de miseria, pero yo insistía hasta lograr que admitiese unos chelines de gratificación para mejorar un poco sus ingresos. Pobre chica…, pobre chica…

El doctor Young y el doctor Curwood advirtieron que ni una sola lágrima asomaba a los ojos de la doctora, pero su tono sin embargo revelaba una profunda piedad hacia la víctima del horrendo crimen.

—Creo que elegí una mala noche para conocer su obra, doctora Lee —manifestó ahora el doctor Young—. Pero de todos modos, no pienso dejar de visitarlo esta misma noche, en cuanto no seamos útiles a la policía. Y cuente también con un donativo mío para sus necesidades.

—Gracias, doctor. Es usted muy amable —la doctora Virginia Lee contempló con Cierta dulzura en sus fríos ojos inteligentes—. A eso, nosotros nunca decimos que no… ¿verdad, Mark?

—Verdad, doctora —asintió el hombre ancho y vigoroso que escoltaba a la mujer médico. Era un tipo de fortaleza física impresionante y músculos abultados, como si le hubieran hinchado artificialmente. El doctor Young se dijo que podía ser capaz de triturar un cráneo de un solo puñetazo, a juzgar por su aspecto. Su rostro distaba mucho de revelar inteligencia. Era cuadrangular y huraño de pelo oscuro y erizado, gruesas cejas y nariz aplastada. Pero sus facciones revelaban una rara fidelidad hacia su acompañante femenina. El forense estuvo seguro de que si alguien quería causar un daño a la doctora Virginia Lee, no iba a pasarlo nada bien a manos de su dócil compañero.

Minutos más tarde, un carruaje celular, con cuatro policías y dos hombres de paisano, embutidos en sus gabanes oscuros y tocados con sombreros hongos negros, hacía su aparición en el lugar, iniciándose así la investigación oficial sobre el nuevo caso criminal que tenía por escenario las callejuelas del Soho.

Sólo cuando hubieron prestado declaración al inspector jefe encargado del asunto, los doctores Curwood y Young se unieron a la doctora Lee y a su inseparable Mark Holmes, encaminándose los cuatro hacia la roja luz que señalaba el acceso al centro de asistencia social encargado de proporcionar medicinas, ayuda médica y hasta un plato de sopa caliente, a los hambrientos y enfermos que pululaban en tan nutrido número por todos los distritos londinenses durante la era victoriana.

El doctor Young tuvo ocasión, una vez entre aquellos húmedos y descuidados muros del humilde local destinado a tal efecto, de estremecerse de horror y de

compasión, ante el cuadro de una serie de camastros, ocupados por andrajosos enfermos, incapaces de moverse, de un quirófano tristemente instalado con una mesa de madera y unas lámparas de gas, en un cuartucho miserable, y de un pequeño comedor donde atender las necesidades más perentorias de los desesperados clientes de aquel establecimiento, junto a un cubículo donde se prestaba asistencia urgente a heridos o lesionados, o bien a enfermos de cierta urgencia.

—Dios mío… —musitó el doctor Young, muy pálido, al terminar la visita. Puso en manos de la doctora Lee unas monedas de una guinea cada una, y algo parecido hizo el doctor Curwood, así como entregar un volante para que Holmes recogiera al día siguiente, de su consultorio, un paquete con diversas medicinas—. Esto es terrible y hermoso a la vez, doctora Lee. Tiene mi felicitación más entusiasta. De no ser por usted, esa pobre gente moriría de hambre o de dolor en cualquier esquina, sin que la más leve vergüenza sonrojase a nuestros políticos…

—Alguien tenía que hacerlo, ¿no es cierto? —sonrió tristemente la abnegada mujer—. Me siento satisfecha de mi labor, eso es todo. Y seguiré con ella mientras sea humanamente posible. Pero echaremos de menos a la pobre muchacha, la enfermera Malcolm, la verdad. Era una gran chica. Abnegada, trabajadora, desinteresada, dulce con los pacientes… Dios, me pregunto qué monstruo sin entrañas pudo ser capaz de una cosa así con ella…

—Londres está lleno de fieras sanguinarias así, doctora —manifestó amargamente el doctor Curwood moviendo su canosa cabeza con pesar—. Se dice que podría tratarse de un extranjero loco…

—¡Un extranjero! —repitió Young con sarcasmo—. Ya estamos con nuestra xenofobia tradicional. Todo lo malo viene de fuera. Los ingleses somos ángeles, y los extranjero demonios. Por favor, doctor Curwood, puede que tengan razón y sea un extraño quien haya cometido esos crímenes, pero apostaría cien contra uno a que se trata de un muy respetable y aparentemente honesto ciudadano británico, a pesar de todas esas peregrinas teorías patrioteras.

—Es muy posible que tenga usted razón, doctor Young —aceptó la doctora Lee, pensativa—. Pero sea quien sea el canalla, ¿no cree que los que importan son las victimas, las pobres mujeres brutalmente atacadas por esa bestia feroz?

—En efecto, doctora. Sólo que por ellas, nadie puede hacer ya nada —convino el forense—. Sin embargo, muchas otras vidas pueden depender ahora de que ese monstruo sea identificado y capturado lo antes posible. A partir de ahora, el pánico se va a adueñar de todo el Soho y, posiblemente, de Londres entero.

—Sí, eso es cierto —corroboró el doctor Curwood, preocupado—. La psicosis de terror va a ser tremenda a partir de esta noche… Es posible que el jubileo real se ensombrezca considerablemente, si el criminal no es hallado.

—Oh, descuide, doctor. Si eso ocurre, la policía se dará más prisa que nunca en dar con su hombre, no lo dude —manifestó el doctor Young con duro sarcasmo—. Todo puede ocurrir aquí, menos que el jubileo no sea una fiesta…

CAPÍTULO IV

—Ha sido una brillante representación —aprobó el joven Talbot, saludando respetuoso a la puerta de la salida de actores—. Le felicito, señorita Heywood.

Sorprendida, Molly Heywood alzó la cabeza, mirando al hombre que, galantemente, saludaba en el callejón, gorra en mano, con una amable sonrisa. Las demás coristas del Variety contemplaron, entre atemorizadas y admirativas, la alta y atlética figura del norteamericano.

—Oh, es usted… —susurró la joven *girl* con alivio—. Por un momento me asustó su presencia. Hoy en día no se puede una fiar de ningún hombre que encuentre de noche en la calle… ¿De veras ha estado en el teatro?

—Subí al primer piso —explicó Talbot—. No visto adecuadamente para mezclarme con los caballeros en la platea, compréndalo. Mi felicitación fue sincera.

—Gracias. ¿Le gustó el espectáculo?

—No me fijé demasiado en él —confesó Martin Talbot—. Pero los números de baile en los que usted participó resultaron encantadores. Baila usted muy bien, señorita Heywood. Y tiene una bella voz cuando canta algo sola, como en aquel cuadro del café francés…

—Oh, me halaga en exceso —se turbó la joven, llegando a enrojecer sus mejillas tras el maquillaje escénico—. No creí que esta noche viniese al teatro. Le imaginaba demasiado obsesionado por…

—Lo estoy —afirmó rápidamente Talbot, interrumpiéndola—. Pero deseo olvidar. Y no adelanto nada encerrándome en el cuarto de la pensión a pensar en mi cuñada o en la memoria de mi difunto hermano, señorita Heywood. Por eso vine al teatro esta noche. Quería verla actuar.

—¿Y por qué a mí?

—Porque usted fue amiga y compañera de Maggie. Ésa es una buena razón. También porque es la primera persona a quien he tratado a mi llegada a Londres. Fue muy amable conmigo al conocerme.

—No podía ser de otro modo. Maggie era amiga mía. Y usted era su familiar más allegado…

—De todos modos, usted me fue simpática. Veo que no necesito escoltarla esta noche hasta su casa. Va bien acompañada…

—Bueno, si fuese un desconocido, le diría que no —sonrió ella—. Todas nos acompañamos unas a otras cada noche, sobre todo desde que sucedió eso… Pero usted es distinto. Puede ser mi acompañante, si lo desea.

—Estoy deseándolo. A mi lado, no tiene usted nada que temer.

—Estoy segura de ello, señor Talbot. Bien, chicas, nos veremos mañana. El cuñado de la pobre Maggie será mi acompañante por esta noche. Cuidaos vosotras.

—Buenas noches, Molly —suspiró una de sus compañeras—. No todas tenemos la suerte de tener a un caballero fuerte y guapo esperándonos para protegernos…

Rieron todas alegremente, alejándose en grupo. Martin y ella quedaron algo rezagados, caminando con lentitud en la brumosa noche.

—Tiene unas compañeras encantadoras —comentó el marino.

—Es cierto. Son todas muy buenas chicas —convino Molly Heywood.

—Supongo que Maggie también lo era…

—¿Ella? Mejor que muchas. Fue mi mejor amiga. Si llego a saber aquella noche que no iba a verla viva nunca más… Con lo feliz que era de haber encontrado a un chico capaz de atraerla de nuevo y darle ilusiones de vivir.

—¿Se refiere a ese tal Archie?

—Sí, ése es su nombre. Un joven de inmejorable familia, un aristócrata…

—Lo sé. ¿Qué tal muchacho es, como persona, al margen de su condición social y económica?

—Oh, sé muy poco de él —confesó la joven—. Le he visto tres o cuatro veces por el teatro. Le gusta mucho la vida nocturna, pero parece formal. Le atraen particularmente las chicas de mi profesión, por lo que pude advertir. Parecía fascinado por Maggie.

—¿Entonces no cree que sea un libertino ni un bribón?

—No, no lo creo.

—Y…, ¿un asesino?

Ella se paró en seco. Giró el rostro hacia Talbot. Le miró fijamente. Había cierta decepción y reproche en sus ojos.

—¿Por qué dice eso? ¿Sospecha que Archie la mató?

—Cualquiera pudo hacerlo, ¿no?

—Señor Talbot, ¿ha venido a hacerme compañía o solamente a interrogarme sobre todo eso? —le preguntó la muchacha fríamente.

—Me temo que las dos cosas —suspiró Martin, abatido—. Lo siento. Sigue preocupándome lo de Maggie.

—¿Ya quién no? Pero para eso está la policía, supongo.

—No me ha parecido que anden muy bien encaminados en sus investigaciones. Incluso se permiten sospechar de mí…

—¿De usted? —se sorprendió Molly—. Pero si acaba de llegar de alta mar…

—No del todo. Llegué a Inglaterra la noche antes de verme usted. Pude haber estado en Londres, haber cometido un crimen y regresado a Dover, sin ser advertido, lo confieso. Pero eso no fue así. Poseo una coartada. O creo poseerla. De momento, entro en la lista de sospechosos. Aunque la víctima fuese mi hermana política.

—Pero eso es monstruoso…

—No del todo. Muchas personas mataron a su esposa, a su propio hijo o a sus padres o hermanos, fingiendo luego un profundo dolor. El inspector Evans se limita a cumplir con su deber. Es un policía, no un buen samaritano.

—¿Y usted quiere averiguar por su cuenta lo ocurrido?

—Si puedo, sí.

—¿Sólo por eso vino a verme esta noche? —pareció defraudada la joven.

—No, no sólo por eso, sino porque me cayó usted bien. Necesito tener amigos en esta ciudad que me es extraña. Además, es usted una joven encantadora, atractiva y muy inteligente. No puedo elegir mejor amistad —terminó sonriendo—. ¿La he ofendido acaso con mi comportamiento?

—No, no, nada de eso —se apresuró a manifestar ella suavemente—. Yo…

—¿Le importuna acaso este joven, señorita Heywood?

La brusca voz varonil sobresaltó a la muchacha y atrajo de inmediato la atención de Martin Talbot, que apretó los puños, dispuesto a cualquier cosa, apenas la niebla perfiló ante ellos la silueta alta y elegante de un caballero de amplia capa negra, sombrero alto y bastón de malaca negro, con empuñadura de hueso tallado, que era quien había hecho la pregunta a la corista.

—Oh, ¿es usted, señor Hartman? —la voz de la joven reveló cierto alivio, si bien conservaba parte de su sobresalto inicial—. Casi me da un susto de muerte…

—No era mi intención, se lo aseguro —confesó el desconocido, con una cortés reverencia. Luego, clavó sus fríos ojos oscuros en el marinero. Éste advirtió que el hombre era de mediana edad, acaso de unos cuarenta años, aladares blancos en sus sienes, patillas bien cuidadas y un fino bigotito recortándose sobre sus delgados labios en una faz angulosa—. Pero como la vi en compañía de un desconocido que me resultó sospechoso…

—No veo por qué, caballero —replicó agriamente Talbot—. ¿Para usted es sospechoso todo el que no vista de *gentleman*? Un marinero puede ser tan honrado como el que más.

—Está bien, está bien, no se moleste. Si es amigo de la señorita Heywood…

—Lo es, señor Hartman —aseguró esta última con rapidez, para evitar más incidentes entre ambos—. Se trata del señor Talbot, el cuñado de Maggie…

—Oh, entiendo —suspiró el otro. Hizo una inclinación seca y tendió su mano a Talbot—. Le ruego disculpe mis recelos, pero después de lo sucedido a su hermana política, señor Talbot, creo comprenderá bien mi posición. Después de todo, soy el propietario del Variety, y la señorita Heywood trabaja para mí, como lo hacía la señora Talbot. Me creo obligado a velar por la seguridad de todas mis artistas…

—Sí, el señor Hartman es propietario y empresario del teatro —explicó Molly a Martin, mientras éste estrechaba la mano del otro hombre sin demasiado entusiasmo —. No debe preocuparse por mí, señor Hartman. Él me acompaña hoy a casa y estoy segura a su lado.

—No me cabe la menor duda —sonrió con cierta ironía el empresario—. Veo que el señor Talbot es físicamente muy fuerte… Los americanos parecen poseer una envidiable fortaleza muscular.

—A veces también poseemos cerebro, señor Hartman —replicó Martin no menos sarcástico—. Quizás fue por herencia de nuestros antepasados británicos…

Y con una cortés inclinación, tomó del brazo a Molly y siguió el camino, dejando

atrás, envuelto en espesa niebla, al propietario del Variety…

La joven pareja prosiguió su marcha a través de las calles envueltas en aquel denso gris humeante que parecía enroscarse en torno a sus piernas, torso y cabeza, como sierpes intangibles, heladas y viscosas.

—De modo que ese tipo es el amo, ¿eh? —comentó Martin tras un silencio.

—Así es. Roger Hartman es un fanático del teatro de *music-hall*. Dedica toda su vida a esa tarea.

—Es bastante joven para haberse convertido en empresario y dueño de un teatro.

—Lo heredó de sus padres. Pero era un teatrillo de mala muerte y le dio cierta dignidad, dentro del género que cultivamos. Es un buen empresario teatral, la verdad. Creo que nunca pierde dinero.

—Y como persona. ¿Qué tal es?

—Parece usted muy interesado en saber cómo es personalmente cada uno… —sonrió ella, burlona.

—Después de todo, es un hombre que anda cerca de ustedes. Lo mismo que ese tal Archie. ¿Por qué no interesarme en él?

—Si quiere que le sea sincera, es un hombre que me inquieta bastante.

—¿Hartman? ¿Por qué motivo?

—Bueno, es un poco…, libidinoso. Nos desnuda con la mirada a todas.

—Me pareció notarlo cuando la miró a usted. Por eso le preguntaba.

—Dicen que le obsesionan las mujeres, que es un verdadero maniático del sexo. Pero eso no significa necesariamente nada. El asesino no violentó a Maggie…, en ese sentido, claro.

—Lo sé. Pero el sexo tiene raras vertientes cuando se llega a la obsesión, créame. Especialmente, en sociedades demasiado reprimidas, como la de la Inglaterra actual. El puritanismo Victoriano no hace ningún bien a la mente humana.

—Me asusta usted. Habrá que empezar a pensar que todo hombre que se encuentre por la calle podría ser un asesino en potencia…

—Tal vez no sea eso tan absurdo como usted da a entender. ¿Se fiaría del señor Hartman para dejarse acompañar por él hasta su casa en una noche así?

—Pues…, no, la verdad —confesó ella, algo sorprendida—. Creo que a veces, pese a su aspecto caballeroso, me da hasta miedo. Es muy dado a mezclarse entre el público para vernos actuar como uno más de sus espectadores y sacar conclusiones de cómo reaccionan durante la representación. A veces, he visto sus ojos desde la platea, fijos en mí y, la verdad…, no me ha gustado demasiado su modo de mirar mi cuerpo…

—Lo suponía —suspiró Talbot, pensativo, afirmando con la cabeza. Sin darse cuenta siquiera, seguía llevando por el brazo a la joven corista. Al percatarse de ello, se justificó, soltándola con presteza—: Oh, lo siento de veras. No debí tomarme esta confianza con usted…

—No diga eso —sonrió ella—. Sé que lo hizo para sentirse más protector mío. Le

estoy muy agradecida por su interés en mi persona, señor Talbot.

—¿Por qué no me llama simplemente Martin? No soy tan viejo…

—Bueno, conforme, pero sólo a cambio de que usted me llame Molly, y no ese ceremonioso y horrible «señorita Heywood» que utilizó hasta ahora —rió de buen grado la corista.

—Pactado —dijo con rapidez Talbot. Y señalando las vidrieras color caramelo de un cercano *pub*, luciendo débilmente en la bruma, no lejos de ellos, añadió—: ¿Qué tal si entramos ahí ahora y tomamos una cerveza los dos, para festejar nuestra incipiente amistad de modo adecuado?

—No es una mala idea, ni mucho menos —aprobó ella, encantada—. Tengo mucha sed, después de más de dos horas de estar bailando en ese pequeño escenario, lleno de humo y de calor…

De nuevo la tomó del brazo, y jovialmente se encaminaron ambos a la cercana taberna, para refrescar sus gargantas. Cuando entraron, el aire olla a humo de pipa, cerveza agria y sudor humano, pero ése era el aroma habitual en cualquier *pub* londinense que pudiese estar abierto a tales horas, y ambos aceptaron de buen grado el inconveniente, con tal de relajar un poco sus nervios tomándose aquella cerveza ante el mostrador repleto de la cantina.

—Dos cervezas, amigo —pidió Talbot al tabernero, abriéndose paso dificultosamente entre los que formaban un amasijo humano ante el mostrador. Sus ojos recorrieron los gallardetes con la bandera británica y los retratos de la reina Victoria, llenando estanterías y paredes, con grandes anuncios del jubileo de diamantes en aquel año de gracia de 1887.

—Parece que la gente quiere celebrar el jubileo a su modo —comentó el joven americano, riendo, al entregar su jarra de cerveza a Molly, por encima de un bosque de manos y jarras, tras pagar al tabernero las consumiciones. La llevó aparte, a un rincón relativamente tranquilo, y añadió—: Veo que incluso gran número de mujeres se meten en estos sitios a beber, pese a lo avanzado de la hora…

Molly Heywood asintió, mirando hacia las mesas donde mujeres de grandes senos y carnes fofas, muy maquilladas, tomaban cerveza o aguardiente, dejándose abrazar y manosear por tipos de aspecto poco recomendable.

—Habitualmente, todas las noctámbulas del Soho cuyo oficio ya se imagina, recalan en estos locales cuando no han tenido demasiado éxito en hallar clientes…

—Sí, entiendo —afirmó Talbot, sonriente—. No hay más que verlas para identificar su profesión…

Bebieron un sorbo de cerveza, tras entrechocar las jarras. Justo en ese momento, la puerta de la cantina se abrió con brusquedad, y un hombre entró, con ojos dilatados, desencajada la expresión, abriéndose paso a manotazos entre la gente y clamando hacia el mostrador:

—¡Pronto, Rickie, una cerveza con *brandy*! ¡Lo necesito! ¡Es horrible, horrible…!

—¿Qué mil diablos pasa, Brian, para que vengas así? —se alarmó el tabernero—. ¿Es que te persiguen los policías tan de cerca?

Hubo risas entre los presentes. El hombre negó con la cabeza, mirando atemorizado en torno suyo.

—Por todos los infiernos, no digas tonterías —se enfureció—. ¡Han matado a otra chica en la calle!

—¿Qué? —bramó el cantinero, palideciendo.

Un extraordinario revuelo se organizó en torno al informador. Las mujerzuelas de las mesas enmudecieron, girando sus cabezas en dirección al recién llegado. De repente, el silencio se hizo tan espeso en el *pub* como el humo que flotaba en su atmósfera.

—De nuevo el maldito decapitados… —farfulló el llamado Brian, tomándose un largo trago de cerveza mezclado con una copa de *brandy*, que el cantinero volvió a llenarle sin pérdida de tiempo—. Ha sido cerca de esta zona, casi en la puerta de ese centro donde la doctora Lee atiende a los enfermos pobres…

—Pero ¿quién ha sido la víctima? —preguntó una de las rameras, con voz aguda.

—No lo sé. Dicen que una enfermera que ayudaba en ese hospital… No aparece su cabeza por ninguna parte. Ese hijo de perra anda por ahí otra vez…

Mencionar ese suceso y comenzar la estampida de gente del local, fue todo uno. Amedrentadas, las mujeres suplicaban a los clientes del sexo opuesto que las escoltaran hasta su casa. Algunas de ellas sollozaban, como si la víctima fuese su propia hermana. El terror se había hecho palpable repentinamente en el local donde antes todo era diversión y ganas de llenar de alcohol el cuerpo.

—¿Ha oído eso? —susurró Molly con gesto de súbito espanto—. Otro crimen…

Martin ni siquiera podía hablar. Su rostro era una máscara lívida, crispada, con las pupilas vidriosas por el horror. En rápida evocación, su mente contempló un desfile de atroces momentos, como la identificación de un triste cuerpo decapitado en una mesa marmórea de la morgue londinense, el funeral por la pobre Maggie, el fin de una vida joven y esperanzada, en un simple rectángulo de tierra inglesa, en un cementerio de la ciudad a la que él había acudido con la idea de devolver el afán de vivir a una persona que, por trágica paradoja, estaba ya muerta cuando él pisó el suelo de Londres…

Y ahora, otra vez…

Otra vez el terrible mazazo de la muerte cobarde, de la mano asesina y feroz, del monstruo del Soho londinense.

—No, Dios, no… —jadeó roncamente, dejando su cerveza en un soporte de la cantina incapaz de probar un sorbo más.

Molly aferraba su brazo con fuerza, mirándole a los ojos con auténtico temor. La puerta de la cantina se abrió. La gente comenzó a abandonarla, las mujerzuelas en primer lugar.

—Vamos, Martin —le rogó ella—. Salgamos de aquí. Cuanto antes lleguemos a

mi casa tanto mejor. Tengo miedo, mucho miedo…

Asintió Martin, tomando del brazo a la joven y llevándola hacia la salida. Al hacerlo, tropezó con uno de los presentes, Se disculpó, entre dientes, abrochando su chaqueta de lana azul marina que se había abierto al golpear al otro. Pero ya éste había visto la bandera americana bordada en el jersey del marinero.

—¡Eh, mirad! —voceó, señalándole—. ¡Ese tipo es uno de esos extranjeros! ¡Un americano en compañía de una chica inglesa! ¿Qué hace él por el Soho a estas horas? ¿No habrá matado hace un rato a esa pobre enfermera y ahora se dispone a hacer lo mismo con otra mujer?

—No sabe usted lo que dice… —se apresuró a replicar Molly, apuradamente, con voz débil, que nadie oyó en medio del sordo rumor ominoso que la sugerencia del hombre había provocado en el local.

—Sí, es un extranjero, está claro —confirmó el cantinero, hostil—. Me habló en un inglés raro, gangoso…, como hablan esos indios americanos, malditos sean…

—¡Sí, tenemos que hacer un escarmiento! —aulló otro—. ¡Linchemos a un sucio americano y enseñemos a esa gentuza a no volver a nuestro país para asesinar mujeres indefensas!

El rostro de Talbot, tras reflejar su horror por el nuevo crimen, estaba cobrando ahora una nueva expresión, tensa y expectante, a la vista de la peligrosa situación creada con aquellos energúmenos llenos de odio a todo lo que no fuese puramente británico, exacerbados por ideas de un patriotismo absurdo.

—Dejen paso —avisó con voz fría—. La señorita y yo no queremos meternos en líos. No saben lo que dicen, amigos.

En vez de calmar a los exaltados con esas palabras secas y amenazadoras, lo único que logró fue excitarles aún más, ya que eran casi una docena y su propia superioridad numérica les insuflaba ánimos y valor para cualquier locura.

—¿Lo veis? —bramó otro, señalándole con mano temblorosa, enrojecidos sus ojos por efectos del abundante alcohol libado—. ¡Es un sucio salvaje americano, uno de esos que asesinan indios a mansalva en su país, y que ahora viene aquí a matar ingleses! ¡Acabemos con él, demos un escarmiento a todos los odiosos extranjeros que pisan nuestro suelo!

—¡Muerte al asesino! —clamó otra voz estentórea.

Una botella voló por los aires hacia la cabeza del marino. Éste alzó el brazo con gran rapidez de reflejos, parando el golpe con su antebrazo. Sintió un fuerte impacto, y el dolor subió hasta su codo primero, y finalmente le causó un calambre intenso en el hombro.

—¡No, eso no! —chilló otra voz—. ¡No dañéis a la chica, es una inglesa como nosotros, a la que sin duda ese bastardo trataba de engatusar también, para cortarle luego la cabeza! ¡Sólo interesa él! ¡Linchémosle sin hacer nada a la muchacha!

—¿Pero es que os habéis vuelto locos todos? —replicó Molly, muy pálida, esforzándose por hacerse oír—. ¡Este hombre es amigo mío, han asesinado el otro día

a su propia cuñada, y vosotros encima le acusáis a él!

Nadie la hacía caso. El vocerío era clamoroso, y el denso cerco amenazador iba estrechándose en torno a Martin, apartándole de ella por momentos, aislándole en un ángulo de la cantina. Los manoteos desesperados de la joven, no lograban nada positivo ante aquella marea humana incontenible. Advirtió que varios brazos aferraban ya a Talbot, para derribarle. El americano tomó un taburete y lo alzó, estrellándolo en dos cabezas que sonaron sordamente. Logró desprenderse de sus captores.

—¡Molly, pronto, salga fuera de este local! —le avisó con tono apremiante—. ¡Salga, que yo intentaré seguirla!

—Pero Martin, no le va a ser posible —gimió ella—. Yo…

—¡Salga, no pierda tiempo! —rugió Martin—. ¡Hágame caso, por Dios!

Vacilante, insegura, pero dominada por el tono autoritario de él, Molly Heywood se precipitó hacia la salida, sin que ninguno de los presentes tratara de impedírselo. Después de todo, los afanes de aquellos enloquecidos individuos iban contra el «extranjero», objeto exclusivo de sus iras.

Cuando logró abrir la puerta, respiró hondo en la niebla, sin importarle el aire húmedo y pegajoso, con olor a humos y a mugre urbana. Gritó agudamente, tratando de que su voz rasgase aquella densa bruma:

—¡Socorro! ¡Policía, pronto! ¡Aquí! ¡Van a linchar a un hombre! ¡Policía…!

Durante unos interminables segundos, esperó respuesta, sin que ésta llegara. Sólo el vocerío y el estruendo de la pelea desigual, dentro del *pub*, era audible allí en esos momentos, las siluetas humanas se agitan confusas, recortándose contra la vidriera color caramelo, translúcida.

Un lejano silbato respondió al fin a las voces en demanda de auxilio de la joven corista. Demasiado lejana, pensó ella con angustia, para significar una ayuda inmediata en tan apurada situación.

Pero en ese instante, la vidriera amarilla saltó en mil pedazos, como si una catapulta hubiese arrojado sobre ella su proyectil demoledor… y un cuerpo humano, con la cabeza protegida por ambos brazos, atravesó el boquete, entre fragmentos voladores de vidrio, yendo a aterrizar sobre la acera.

—¡Martin! —gritó la muchacha, esperanzada—. ¡Martin, gracias a Dios! ¿Se encuentra bien?

—¡Sí, creo que mejor que ahí dentro! —aseguró él, aunque una de sus manos sangraba y la otra estaba cubierta de arañazos, al incorporarse—. ¡Vámonos pronto de aquí, esos energúmenos no renunciarán fácilmente a su linchamiento!

Echaron a correr a la desesperada, sujetándose una mano en la otra, mientras varios de los clientes de la taberna, con el dueño a la cabeza, saltaban por la destrozada vidriera, en pos del fugitivo.

La pareja corrió en la niebla, sumergiéndose con rapidez en la misma. Martin desconocía por completo aquellos parajes, pero no así Molly, que rápidamente

meditó, sin dejar de correr junto a él:

—Vamos hacia la izquierda. Hay un callejón allí. Y un patio que poca gente conoce, al fondo del mismo…

Talbot se dejó llevar. Por un punto llegaba la estridencia de los silbatos de la policía. Por el otro, las voces destempladas y las carreras de sus perseguidores.

Pero ciertamente, Molly se conocía bien el lugar que pisaban. Hallaron en la impenetrable bruma el callejón que ella mencionara, así como un pequeño patio trasero, después de salvar una tapia no demasiado alta, fácil de escalar a causa de sus desiguales ladrillos.

Allí se agazaparon, esperando que las voces y las pisadas de los energúmenos se perdieran en la distancia, tras haber pasado muy cerca de ellos. Por fin, el silencio fue completo en torno a ellos. La situación apurada se había superado, afortunadamente.

—Bueno, creo que lo conseguimos —suspiró Molly con alivio, recostando su cabeza en un muro húmedo y sucio.

—Y todo, gracias a usted —dijo Martin, respirando agitado.

—No diga eso, Martin. Peleaba usted como un tigre. Y se jugó la vida saltando aquella ventana… Creo que si no hubiera ido en mi compañía esta noche, nadie se hubiera fijado en usted, de modo que me siento responsable de lo sucedido.

—Sabe que eso no es cierto. La gente está como enloquecida con esos crímenes, eso es todo. Ya oyó lo que decía el tipo que entró en el *pub*. Han matado a otra pobre chica, una enfermera…

—Dios mío, ¿cuándo va a terminar esta pesadilla? Es horrible pensar que alguien anda suelto por ahí, cortando cabezas a las mujeres…

—Y ni siquiera existe una leve sospecha de quién puede ser ese sanguinario loco.

—Para mis compatriotas es fácil echar la culpa a un extranjero, a cualquiera. Me siento avergonzada, como inglesa, de que esta noche haya ocurrido esto con usted, Martin.

—No piense más en ello. No tiene por qué sentir vergüenza por nada. En cualquier lugar del mundo puede la gente volverse loca de rabia ante hechos así.

—Está sangrando… —musitó la joven al advertir que él se sujetaba una mano con la otra, pero pese a ello goteaba sangre al pavimento del patio donde se hallaban escondidos.

—No es nada. Un corte algo más profundo que los otros, al romper los vidrios de la ventana. No voy a desangrarme por eso, esté tranquila —rió suavemente Martin entre dientes.

Ella, de todos modos, tomó la mano del americano entre las suyas, rasgó un trozo de sus enaguas, y vendó con él la herida, sujetándole luego el improvisado vendaje con un alfiler de adorno de su blusa.

—Cuando esté curado de un modo más eficaz, ya me devolverá el alfiler —dijo ella, mirándole a los ojos con ternura.

—Gracias —sonrió él—. Me siento mucho mejor. No creo que necesite otra cura.

—No sea tonto. Podría infectarse si no le atiende un médico debidamente.

—Ningún médico del mundo tendría unas manos tan suaves como las suyas, Molly —aseguró él dulcemente, sin quitar sus ojos de aquel bonito rostro que la niebla sólo dibujaba tenuemente ante él, alumbrado por el pálido reflejo de una distante farola.

—Es muy amable, Martin.

—Y usted muy bella, Molly…

No supieron cómo ocurrió siquiera. Pero de pronto, la joven se encontró entre los fuertes brazos de su joven amigo americano, y éste besaba cálidamente los jugosos labios de la muchacha, que respondió a su beso con indudable intensidad y apasionamiento.

No supieron a ciencia cierta cuánto tiempo permanecieron así. La luz repentina de una lámpara, cayó sobre sus rostros, deslumbrándoles. Martin Talbot soltó con viveza a la joven, la puso tras de sí para protegerla, y se enfrentó al desconocido o desconocidos que acababan de hallar su escondrijo y les alumbraban el rostro crudamente.

—Yo que usted no lo intentaría, señor —dijo una voz fría y autoritaria—. No trate de oponer resistencia…, y dese por arrestado, en nombre de la ley.

Ahora, tras la lámpara asestada sobre sus caras, Martin pudo vislumbrar borrosamente en el fondo gris de la niebla las siluetas de varios *policemen* con sus inconfundibles cascos negros, rodeando el lugar.

CAPÍTULO V

¿Cómo diablos no quiere que sospecharan mis hombres de usted, ni que siguieran su pista hasta aquel patio interior del callejón? —se expresó el inspector Evans, paseando irritado por la oficina—. Iba dejando un rastro de gotas de sangre que hizo pensar a los agentes que estaban sobre el rastro del asesino del Soho.

—Ya le he explicado lo de mi herida, inspector…

—Claro que lo ha hecho. Pero entonces, ellos no tenían por qué saberlo. De todos modos, tiene suerte de que la señorita Heywood confirme su coartada esta noche, al menos en parte. Si llega a estar solo, iba a resultarle muy difícil dar una explicación plausible de su presencia en aquel lugar a tales horas, y con las manos llenas de arañazos y heridas que igual pudieron ser provocadas por vidrios rotos que por las uñas de una mujer desesperada que defiende su vida de una agresión criminal.

—Puede confirmarlo en el *pub* donde ocurrió.

—Ya está confirmado. Mis hombres saben que hubo un incidente violento en un *pub*, cuando la clientela exaltada quiso linchar a un marino americano. Pero eso no le servilla de mucho, si no fuese porque estaba en compañía de la señorita Heywood esta noche. Claro que pudo haber matado a la chica, a la enfermera Malcolm, *antes* de recoger a la señorita Heywood en el teatro. Eso está por comprobar aún, señor Talbot.

Martin mostró su irritación ante esas sospechas. Se removió en su asiento, y se enfrentó con acritud al policía:

—¿Es que sigue pensando que soy yo el asesino que buscan? ¿También usted padece de esa rara enfermedad de sus compatriotas que consiste en odiar a todos los extranjeros y considerarles responsables de todos los males del país?

—Yo no pienso nada —le replicó secamente Evans—. Sólo que, por el momento, ninguna mujer jamaicana ha sido hallada en Dover ni en Folkestone, que confirme su coartada de la primera noche en Inglaterra, señor Talbot. Y mientras ello sea asi, seguirá figurando usted en la lista de sospechosos inevitablemente, aun al margen de todo lo sucedido esta noche.

—Eso no tiene sentido, inspector.

—Muchas cosas no tienen sentido en este caso. Por ejemplo, un «vidente» que nos escribe misivas, anticipándose a los crímenes que se van a cometer. Esta noche, también nos escribió una de esas cartas. Y todo resultó verdad. Incluso la mención de una luz roja y un callejón: el escenario exacto del crimen, donde se halla un centro de asistencia social para indigentes, donde prestaba sus servicios eventualmente la enfermera Malcolm. Asombroso, ¿no?

—Sí, eso parece. ¿Cómo puede saber ese tipo lo que va a suceder?

—Una de dos: o realmente, *ve* lo que sucede, ha sucedido o va a suceder…, o es él nuestro hombre, el asesino decapitador de mujeres.

—¿De quién se trata?

—¡Si yo lo supiera! —se encogió tristemente de hombros el policía—. Firma sólo como «un vidente». Sus cartas son anónimas. Mis hombres están tratando de descubrir ahora de quién se trata. Pero no va a ser tarea sencilla. Apenas hay indicios que puedan darnos la más leve pista en su dirección.

—Me gustaría conocer a ese tipo.

—A mí también, Talbot. Aquí empezamos a sentir verdadero miedo a una posible futura carta suya. Hasta ahora, su premonición o lo que sea, se ha cumplido ya dos veces.

—Y dicen que no hay dos sin tres —señaló sombríamente Martin.

—Eso es, justamente, lo que nosotros pensamos —miró con gesto ensombrecido al americano—. Ahora hablemos de usted, Talbot, y de su amistad con esa chica, Molly Heywood.

—Supongo que la policía no tiene nada que ver en ese asunto —manifestó el joven secamente.

—Se equivoca: Molly Heywood vive y trabaja en el Soho, fue amiga y compañera de su cuñada, Maggie Talbot, víctima de ese asesino. Cualquier chica que vive sola y que acostumbra a moverse en solitario por el Soho durante la noche, nos interesa, y mucho, en especial para tratar de impedir que sea la siguiente víctima del mutilador.

—No hay nada que explicar. Es la única chica que conozco en Londres. La fui a ver trabajar en el teatro, y luego la acompañé a su casa, eso es todo. Es decir, la hubiera acompañado, de no mediar sus agentes, arrestándonos a ambos.

—Según esos agentes, su actitud y la de ella en el momento de sorprenderles en el patio que eligieron como escondrijo, no era exactamente de simples amigos —hizo notar Evans con sorna.

—¿Eso es algún delito grave en su puritana Inglaterra, inspector? —replicó vivamente Martin con igual sarcasmo—. Que yo sepa, ambos somos solteros…

—Nadie le acusa de nada, Talbot. Sólo quería saber si usted y esa chica…, bueno, si la cosa va en serio. Dicen que el marino tiene un amor en cada puerto…

—Sobre todo, si es marino extranjero —comentó Martin irónico.

—Entiendo lo que siente hacia nosotros. Los ingleses no acostumbramos a ser demasiado acogedores con los extranjeros.

—¿De veras? Pues no lo había notado…

—Muéstrese todo lo sarcástico que quiera. Tiene motivos para ello. Es muy difícil para nosotros controlar la ira popular. Estos asesinatos están alterando los nervios de la gente. Y el populacho no acostumbra a tener demasiado cerebro para reaccionar, sobre todo cuando tiene miedo.

—Sí, eso parece evidente, inspector… —Martin meditó en silencio. Luego alzó la cabeza y miró fijamente al hombre de Scotland Yard, haciéndole una inesperada pregunta—: ¿Qué sabe la policía de un individuo muy elegante, llamado Roger Hartman?

El inspector casi se sobresaltó. Enarcó las cejas, miró a Talbot e indagó:

—¿Por qué dice eso?

—Era una simple pregunta, inspector. Le conocí anoche, a la salida del teatro.

—¿No le gustó?

—No mucho, la verdad. Dicen que es un obseso sexual…

—Sí, eso dicen. Puede que lo sea. Pero nunca ha creado problemas legales. Si se propasó alguna vez con sus coristas o sus *vedettes*, ninguna denuncié nada.

—Lo cual no quiere decir forzosamente que no se propasara.

—No, claro que no. Pero recuerde que el asesino de mujeres no abusa sexualmente de ellas… Tampoco en el cuerpo de la enfermera Malcolm, según el doctor Young, nuestro forense, hay huellas de violación o de cosa parecida.

—Eso no significa nada. Hay criminales que disfrutan sólo con matar…, y llegan al orgasmo durante el crimen, inspector.

—¿Dónde ha oído eso?

—Por favor, también en Nueva York tenemos asesinos y policías. Un estrangulados en Broadway, sufría hace cosa de un par de años esas aberraciones sexuales mientras quitaba la vida a sus víctimas adolescentes. Fue capturado en una espectacular persecución y lo confesó todo, antes de ir a la horca.

—Entendido —convino el policía, frunciendo el ceño—. Bueno, puede irse ya, Talbot. Tiene sus manos debidamente curadas, y supongo que estará deseando descansar de una noche tan agitada. En lo sucesivo, tenga cuidado en caminar por el Soho durante la noche. No es recomendable para un extranjero, en las actuales circunstancias, se lo aseguro.

—Tendré en cuenta su consejo —suspiró el americano cansadamente, poniéndose en pie—. Hasta otra vez, inspector.

—Buenos días, Talbot —dijo el policía, viendo salir al joven con paso lento de su oficina. Una vez solo, llamó a uno de sus subordinados para hacerle una pregunta preocupante—: ¿Se sabe algo de ese hombre que firma los anónimos? Me refiero al «vidente», por supuesto…

—Nada, señor. El sargento Roberts está en esa tarea, pero hasta ahora no ha habido novedad alguna.

—Lo suponía —resopló Reginald Evans, dejándose caer en su asiento con aire abatido—. Hay alguien en esta ciudad que conoce anticipadamente los crímenes que van a cometerse en el Soho… ¡y ni siquiera sabemos quién es!

* * *

En medio de un impresionante silencio, el joven Archie Everett, con su cráneo fuertemente vendado, cruzó la sala en compañía del doctor Curwood y de un enfermero. Estaba muy pálido, los ojos vidriosos, el gesto ausente.

Pero al pasar ante sus padres, les miró con tristeza y balbuceó con voz dificultosa:

—Lo…, lo siento… Yo no podía saber…, no entiendo… Mi cabeza…

Su madre sollozó ahogadamente, ocultando el rostro entre ambas manos. Lívido, con el rostro tenso y convulso, sir James Earl Everett se limitó a permanecer callado, siguiendo con mirada apagada, sombría, casi patética, el lento paso de su hijo hacia la alcoba donde iba a ser recluido de inmediato por prescripción del propio médico de la familia, el doctor Henry Curwood.

Tras ser aposentado el muchacho en la planta alta, descendió el médico, jugueteando distraídamente con la cadena de oro de su reloj, que cruzaba de bolsillo a bolsillo de su chaleco. Parecía realmente en un dilema serio para iniciar la charla con sir James.

—¿Y bien, doctor? —preguntó éste, ante su mutismo.

El médico de Mayfair se encogió levemente de hombros, sin mirar siquiera a su rico y notable cliente.

—Hay poco que decir —suspiró al fin—. El diagnóstico de mi colega, el doctor Young, en el hospital Saint James, fue certero por desgracia: paresia sifilítica.

—Y eso, en términos normales…, ¿qué es, exactamente? —quiso saber el padre.

—Una enfermedad lenta e irreversible, sir James. Algo muy duro de sobrellevar. Se ha iniciado con un desvanecimiento y un ataque cerebral. La cirugía no sirvió de gran cosa. De forma progresiva, su hijo irá perdiendo capacidad de movimiento y de ideas. Primero será la parálisis, la invalidez. Luego, un estado de idiotez total, cuando el cerebro se paralice casi totalmente. Es un cuadro clínico contra el que no existe aún remedio conocido. Su período habitual de desarrollo concluye a los cinco años.

—Cinco años… —musitó sir James, estremeciéndose—. Y ahora…, ¿en qué grado cree usted que se encuentra?

—Es difícil de determinar. Quizás en su primer año, acaso a punto de iniciar el segundo… De todos modos, sólo podemos medicarle para aliviar sus dolores y demorar lo más posible el proceso definitivo. Es cuanto la ciencia actual es capaz de hacer en un caso así, sir James.

—¿Dice que es irreversible?

—Totalmente.

—¿No hay especialista alguno, lugar adecuado, país extranjero donde se pudiera, quizás…?

—¿Intentar algo? —meneó el doctor Curwood la cabeza negativamente—. No, sir James. No lo hay. El doctor Harvest es un experto neurocirujano del hospital de Saint James. Coincide con el criterio mío y el del doctor Young, que además de forense es buen experto en males venéreos. No hay solución posible, créame.

Venéreo… De modo que se lo contagió una mujer.

—Es lo más probable, sí. Existen dos posibilidades en esta clase de enfermedades venéreas: el contagio directo por vía sexual…, o la herencia familiar.

—En los Everett jamás hubo un solo caso de mal venéreo —replicó altivamente el aristócrata, con gesto glacial.

—Por eso dije que era lo más probable que se lo hubiese contagiado una mujer —señaló cautelosamente el doctor Curwood.

—Una ramera, sin duda. Una de esas horribles mujerzuelas…

—Nunca se sabe, sir James. Pudo ser una ramera, una mujer aparentemente decente… Hay también mujeres casadas que sufren esa clase de males. Una aventura cualquiera puede terminar en una tragedia como ésta, lamentablemente. Ya tienen ahí mis recetas para su medicación —señaló un sobre que dejara sobre la repisa de la chimenea—. Pasaré cada día durante toda esta semana. Excuso decirles que deben evitar todo posible contagio ustedes mismos, extremando al máximo la higiene del paciente y dedicando ciertos recipientes, como vasos y platos, cubiertos y servilletas y cuanto él utilice, para su único uso exclusivo.

—Sí, comprendo —el aristócrata parecía muy lejos de allí en ese momento, y de esas minucias que el médico mencionaba, El peso del drama era como una losa aplastante que cala de súbito sobre sus hombros. Tras un silencio, indagó—: Dígame, doctor, ¿también…, también sería posible que una actriz, una corista…, pudiera haberle contagiado ese mal?

—Por supuesto. Ya le dije que cualquiera, en especial si no practica una higiene íntima adecuada y acostumbra a vivir frecuentes aventuras con otros hombres… —miró pensativo al padre del paciente—. ¿Es que sabe acaso quién pudo…?

—Sí, tal vez lo sepa, doctor —admitió sombríamente sir James—. Dios mío, siempre he odiado a mujerzuelas como las prostitutas, las coristas, las chicas de teatro… Creo que a partir de ahora, mi odio por todas esas mujeres miserables y envilecidas que viven de noche, será aún mayor…

—Sir James, creo que desorbita las cosas —se alarmó el doctor Curwood—. Ya le dije antes que también una dama de la mejor sociedad pudo ser la autora del contagio… La sífilis, hoy en día, no es privativa de una sola casta o clase social, por baja que ésta sea…

—Gracias por todo, doctor. Puede retirarse ya, si lo desea. Atenderemos debidamente a mi hijo, puede estar seguro —manifestó con repentina frialdad el noble—. En cuanto a la mujer que le causó ese daño irremediable… es asunto mío simplemente.

El médico miró preocupado a su cliente, y tras una indecisión, abandonó la estancia, dejando solo al matrimonio Everett. La infortunada lady Anne seguía llorando en silencio, amargamente. Alzó sus ojos anegados en llanto y miró patética a su esposo.

—Dios mío, James, ¿qué horrible maldición ha caído sobre todos nosotros? —gimió.

—No es ninguna maldición, sino la sucia prostitución de unas mujerzuelas indignas de vivir lo que ha causado esta tragedia, Anne —replicó agriamente su marido.

—Aunque así fuese… Sabemos que la chica con quien salía Archie…, está

muerta. No podemos echarle nada en cara. Si fue culpable de algo, ya pagó con creces…

—No. Con creces, no —silabeó sir James con voz helada—. Todas ellas no pagarían ni mil veces que murieran. Todas son iguales. Furcias o coristas, son de una misma ralea. Están podridas, destilan miseria y enfermedades repugnantes… ¡Las mataría a todas con mis propias manos, Anne!

—Me asustas, James… —se horrorizó ella, dando un paso atrás—. ¿Cómo puedes hablar así? Son seres humanos… En todo caso, Archie tuvo la culpa por…

—¡No! Él no tuvo otra culpa que pecar torpemente, que faltar a las más elementales normas de honestidad y moral —sostuvo su padre con inexorable intolerancia—. Pero el mal se lo inoculó una o varias de esas fulanas… ¡Oh, Dios, con qué gusto las exterminaría en este momento…!

Y su rostro congestionado, inspiró verdadero terror a su esposa, cuando le vio crispar las manos en el aire, como si estuviera estrujando entre ellas el invisible cuello de una de aquellas mujeres a quienes tanto decía odiar.

Mientras tanto, allá fuera, en la tibia y soleada mañana londinense, el doctor Curwood subía a un carruaje donde le esperaba su colega y amigo, el doctor Clifford Young. Apenas se hubo acomodado a su lado, el coche arrancó a buen trote por la empedrada y limpia calle de Mayfair.

—¿Al club de médicos de Berkeley Street? —preguntó sonriente el forense.

—Sí, mi querido amigo —suspiró el doctor Curwood—. No ha sido nada fácil devolver a ese chico a su casa, la verdad…

—¿Tan fiero es sir James Earl Everett?

—Mucho más de lo que se imagina, mi querido amigo. Intolerante, rígido, severo y moralista como un obispo anglicano. Parece que jamás haya sido capaz de ir a acostarse con una mujer cuando era joven. No perdona a su hijo que haya sido contagiado de ese mal. Pero creo que menos perdonará a las mujeres que pudieron contagiarle.

—¿No es posible que haya adquirido el mal por vía hereditaria?

—Cielos, no creo. Su padre es de una rigidez intachable. Y su madre, lady Anne, una dama honesta a carta cabal…

—Hum, no sé —confesó con escepticismo el doctor Young—. Yo siempre acostumbro a dudar de las personas demasiado honradas en apariencia, mi querido amigo. Tal vez sea un poco cínico, pero no creo en los que se consideran ejemplos vivos de moralidad pública…

—Si le oyera decir eso sir James, sufría un colapso, estoy seguro —rió el doctor Curwood, escandalizado. De pronto se puso serio, y manifestó con cierto embarazo —: Perdone, Clifford. No quise mencionar precisamente…

—Oh, no se preocupe —suspiró el forense suavemente—. Sé que no pretendió hacerme recordar cosas desagradables con ese comentario casual. De todos modos, las cosas ya están a punto de mejorar para mí. Mi esposa, Sheila, abandona esta

misma semana la clínica de Glasgow donde ha estado recluida por su dolencia cardíaca, y se reunirá conmigo de inmediato, para reanudar su vida normal en Londres. Segundos doctores que allí la atienden, su dolencia cardíaca se encuentra muy mejorada y no existen riesgos que vuelva a hacer una existencia como la que siempre llevó.

—Me alegra saber eso, doctor Young. Aunque supongo que ella hubiese preferido seguir en Edimburgo con usted, como sucediera hasta el momento de sufrir su ataque…

—Ahora me debo a mi cargo forense en esta ciudad y no puedo volver a la Escocia natal —sonrió el doctor Young—. Sheila se hace cargo de eso perfectamente. Me ha dicho que le encantará conocer Londres y quedarse aquí conmigo definitivamente. Tiene una sobrinita en Francia, estudiando, y quizás venga pronto a hacerle compañía.

—Bueno, eso lo resuelve todo…, o *casi* todo, ¿no, Clifford? —comentó irónicamente el doctor Curwood.

El rostro del doctor Young se ensombreció de súbito. Afirmó despacio, con lentitud.

—Sí. Casi todo, doctor —admitió—. Ése es el problema.

—No he pretendido ser indiscreto. Yo…

No, no. No lo ha sido en absoluto. Todo el mundo sabe que tengo una amiga, una joven amante en mi casa. Era necesario. Yo no sé vivir solo. Tampoco me gusta ser iluso ni engañar a nadie con mi modo de ser. Odio los prejuicios e hipocresías. Esa chica tendrá que irse de casa antes de llegar mi esposa. Siempre lo supo ella, tan bien como yo. No hay problemas al respecto. Era un acuerdo previo, doctor Curwood. Ya sabe que esto toca a su fin.

—Pueden seguir juntos, pese a todo…

No, eso no —rechazó Young seriamente—. Seguir teniendo una amante en Londres, con mi esposa en casa, seria una traición vergonzosa. Me sentiría indigno, ruin. Eso termina ahora. Y no se reanudará. Sé cuáles son mis responsabilidades. Una cosa es que un hombre necesite una mujer. Otra, es que engañe al ser más querido. Yo no juego a las aventuras amorosas fáciles y variadas, quizás por miedo a esas enfermedades como la adquirida por el joven Everett. Es la razón por la que elegí a esa chica, Muriel, y la he conservado junto a mí durante estos casi dos años que he pasado sin mi esposa al lado.

Realmente, ha llevado con mucha discreción su romance, doctor Young. Eso hay que reconocérselo. Nadie, en Londres, conoce a su bella y joven amante…

—Ni falta que hace. Con conocerla yo, basta y sobra.

—Sí, creo que es una virtud ser tan discreto, amigo mío. No todo el mundo en esta ciudad lleva un asunto así de, modo tan callado y serio. Ya sabe lo que piensan muchos: que tener una amante significa exhibirla por ahí a todas horas, para presumir de hombre afortunado en el amor.

—Mi caso no era ése —suspiró el forense—. Simplemente, me sentía solo. Y necesitaba una compañera que fuese discreta y seria. La encontré en Muriel Powell, y eso tengo que agradecer. Tampoco abundan las damas como ella, que nada exigen ni nada esperan, salvo aquello que saben que se les va a pedir. En cuanto supo que mi esposa va a volver a casa, comprendió que lo nuestro había terminado, y se limitó a preguntarme la fecha en que tenía que abandonar el que fue su hogar durante este tiempo.

—Admirable dama la que usted encontró, doctor Young. Mi felicitación más sincera por su suerte en ese terreno. Tengo entendido que también su esposa es una mujer digna de admiración.

—Así es, doctor Curwood. Cuando la conozca podrá comprobarlo.

El carruaje rodaba en dirección al club del que ambos eran socios, y la charla de ambos médicos prosiguió por otros derroteros más profesionales.

Segunda parte

TERROR EN EL SOHO

CAPÍTULO PRIMERO

La doctora Lee bajó del carruaje y cruzó la acera, llamando a la puerta ante la que se había detenido.

Le abrieron la puerta, apresurándose la mujer que lo hiciera a hacerla entrar en el recibidor. La doctora llevaba en su mano un maletín.

—Buenas tardes, doctora —saludó afablemente la dueña de la casa.

—Buenas tardes, señora Stone. ¿Cómo está mi paciente?

—¿El señor Carruthers? Oh, desobedeciendo siempre sus instrucciones —se lamentó la patrona—. No tiene remedio.

—¿Sigue negándose a comer? —sonrió la doctora.

—Obstinadamente. De vez en cuando logro que coma algo, pero me cuesta mucho trabajo convencerle. Las medicinas sí las toma puntualmente…, a menos que las arroje cuando no le veo. Le creo capaz de todo, con tal de hacer su santa voluntad.

—Está bien, le reprenderé seriamente —suspiró la visitante, comenzando a subir la escalera—. Supongo que estará ahora arriba.

—Así es, doctora. De vez en cuando se marcha por ahí sin previo aviso, y cuando vuelve parece agotado y maltrecho, pero nunca dice dónde ha estado. Su excusa es que no lo recuerda, que estuvo paseando por ahí, y cosas por el estilo.

—Tal vez sea cierto, después de todo, que no se acuerde de lo que hace cuando sale de casa —apuntó la doctora Lee, deteniéndose en la escalera con gesto preocupado—. El señor Carruthers sufre de ciertos trastornos mentales, entre lo que se cuenta una predisposición a sufrir amnesias parciales, momentos en que se olvida de todo y forman espacios en blanco en su existencia. Ese hombre me preocupa mucho, señora Stone. Sólo Dios sabe lo que puede ser capaz de hacer un hombre cuando deja de ser él mismo durante una o más horas. Porque cabe en lo posible que esos lapsos de tiempo, esas amnesias, le transforman en una persona distinta. Los especialistas en dolencias cerebrales llaman a eso «esquizofrenia». Y posiblemente el pobre señor Carruthers sea víctima de algo así.

—Dios mío, pero eso puede ser peligroso para todos, especialmente para quienes estamos cerca de él… —se asustó la patrona—. Yo creí que era inofensivo.

—Y lo es. Pero sólo podemos estar seguros de que lo sea mientras es consciente de su identidad real, cuando es tan sólo Leslie Carruthers. Claro que la teoría de la esquizofrenia es sólo eso, una teoría. Por ello le di esa medicación y voy a ver el efecto que le ha hecho. Le haré un examen ahora, y luego pediré ayuda a un colega mío especializado en psiquiatría, para un estudio más a fondo de su caso. Mientras tanto, no podemos correr el riesgo de hundirle, metiéndole en un hospital para locos, porque eso podría destruirle definitivamente. Después de todo, no sabrá usted que haya hecho nada malo ni agresivo…

—No, eso no —confesó la señora Stone, no muy convencida—. Pero, la verdad, me preocupa bastante lo que usted me ha dicho.

—Mientras todo siga igual, no hay motivos para alarmarse. La informaré si noto algo preocupante en él, no tema.

Siguió hacia arriba. Poco después, llamaba a la puerta del domicilio de Leslie Carruthers. La puerta tardó un poco en abrirse. Por fin, sonó el chasquido de la cerradura, y en el umbral de entrada apareció el inquilino, con su gesto apacible y triste a la vez, mirando a su visita. Sonrió débilmente, haciéndose a un lado.

—Oh, buenas tardes, doctora —saludó—. Ya no la esperaba hoy…

—Tenemos mucho trabajo en mi albergue para enfermos pobres —explicó ella, entrando en el saloncito—. Casi no me deja tiempo para ganarme la vida con mis propios pacientes, señor Carruthers. ¿Cómo va todo? ¿Se encuentra mejor?

—No sé. Me encuentro bastante calmado, pero eso es todo.

—¿Sigue olvidándose de las cosas?

—A veces —admitió Carruthers, mientras ella abría el maletín para iniciar el examen de su paciente—. Ayer mismo…

—Siga. Ayer mismo… ¿qué?

—Bueno, me encontré de repente andando por la calle en plena noche, perdido en la niebla… No tengo ni idea de por qué se me ocurrió salir de casa, ni tampoco por qué se me cayó la bandeja con la cena, rompiendo la vajilla a la pobre señora Stone. Claro que le he pagado los destrozos, pero no tiene sentido, no me acuerdo de lo que sucedió anoche, realmente.

—¿A qué hora fue eso?

—Oh, debió comenzar cuando cenaba. Recuerdo que estaba tomando caldo. Y ya no sé más… hasta que me encontré en las calles, paseando por la niebla.

—¿Tampoco recuerda qué hora sería cuando le volvió la consciencia? —interrogó la doctora, con el ceño fruncido.

—Sí, eso sí. Oí unas campanadas poco después. Me asusté mucho: eran las doce. Demasiado tarde para andar por ahí, ¿no le parece?

—Las doce… —ella le miró con fijeza, pensativa—. ¿Dónde se encontraba cuando recuperó la memoria?

—Aquí mismo, en el Soho, cerca de Regent Street… Por más que me esfuerzo, no logro recordar nada de todo ese tiempo transcurrido.

—Fueron, al menos, cuatro horas perdidas, olvidadas…

—Si, supongo que sí —parecía profundamente asustado al mirar a su médico—. Es horrible, ¿verdad?

—Podría llegar a serlo si un día le sucede algo durante uno de esos lapsus. De momento, por fortuna, todo está bien. Intentaré hacerle sanar de sus pérdidas de memoria, señor Carruthers.

—¿Cree que eso tiene curación? —dudó él.

—Tiene que tenerla. Ahora siéntese ahí y deje que le examine. Ampliaremos la medicación con unas nuevas tabletas, mientras preparo una consulta con un médico amigo mío. Es un especialista en cosas como la que usted padece, y es seguro que no

encontrará dificultades en sanarle.

—Doctora Lee… ¿no estaré loco? —pregunté Carruthers con angustia.

Ella enarcó las cejas mientras le examinaba las pupilas a la luz. Luego negó con la cabeza.

—Por Dios, no diga eso —protestó—. Está usted perfectamente sano de su mente, estoy segura. Perder la memoria parcialmente en ocasiones, no es síntoma de locura, ni mucho menos. Sólo de un trastorno psíquico que conviene localizar y combatir.

—Me ayudará usted de verdad, ¿no, doctora? —había una nota de súplica en el hombre, que conmovió a la mujer médico.

—Por supuesto, es lo que estoy haciendo todo este tiempo. Confíe en mí. Le voy a curar, tiene mi promesa. Y entonces se reirá usted de esos temores de ahora.

—Ojalá sea así, doctora Lee —musitó él, esperanzado su gesto.

Ella le sonrió animosa, y siguió su examen del paciente. Anotó una serie de cosas, y luego extrajo de su maletín un par de frascos con fármacos, que puso encima de la mesa.

—Se va a tomar esas tabletas —indicó—. Tres veces al día. Y ese jarabe con las comidas. Dentro de cuatro o cinco días, iremos juntos a ver mi colega especializado en psiquiatría, y se iniciará un tratamiento definitivo que logre sanarle. Sea buen chico y coma cuanto le sea posible. No rechace lo que cocine la señora Stone para usted. Cuanto menos debilitado se encuentre, tanto más rápida será su curación. ¿Me promete aceptar la comida sin rechazos ni negativas?

—Sí, se lo prometo —afirmó él, animoso.

—Excelente —aprobó ella, cerrando su maletín—. Su estado general es bueno. Por lo tanto, esas amnesias han de tener un origen psíquico. Tenga confianza plena. En poco tiempo será una persona absolutamente normal, amigo mío.

—Gracias, doctora, muchas gracias… —susurró él, encaminándose a la chimenea y tomando un monedero de encima de la repisa—. Espere, le tengo que pagar ya dos visitas: la de hoy y la del último día, que no tenía dinero suelto.

—Veo que, en muchas cosas, su memoria es mucho mejor que la mía —rió ella —. De eso, ni siquiera me acordaba.

Carruthers sonrió, depositando unas monedas en la mano de la doctora, que guardó éstas en un bolsillo, encaminándose a la salida. Estaba ya con la mano en el pomo, cuando a sus espaldas sonó el golpeteo de las monedas en el suelo, rodando luego por éste.

Giró la cabeza. Se quedó rígida, sorprendida.

Leslie Carruthers permanecía envarado, con los ojos repentinamente vidriosos, fijos en el vacío. De su mano había caído el monedero, desparramando su contenido, sin que él pareciera advertirlo en absoluto. Daba la impresión de estaba contemplando algo que sólo él podía ver, algo que no existía.

—Señor Carruthers, ¿le pasa algo? —preguntó la doctora Lee, alarmada.

Él no respondió. No la miró. No parecía oírla siquiera. En vez de eso, comenzó a

hablar consigo mismo, atropelladamente, con voz tensa:

—Cielos, no… Otra vez, no… Lo veo, ¡lo veo! Está ocurriendo de nuevo… Es…, es otra mujer… Creo…, creo que la he visto alguna otra vez antes de ahora… Si, está ahí, caminado hacia la puerta abierta, iluminada en la noche… ¡No, no! La vigilan…, la siguen… ¡Van a matarla! ¡La matan, le cortan la cabeza…! ¡Dios, no! ¡Tengo que avisarlo, tengo que avisarlo! —clamó por fin.

—Por el amor de Dios, señor Carruthers, ¿qué está diciendo? —jadeó ella con voz temblorosa, sin poder dar crédito a sus oídos.

Él no le hizo ningún caso. En vez de eso, se precipitó hacia una mesa, y tomó papel y pluma, comenzando a escribir apresuradamente, mientras su rostro se cubría de transpiración y respiraba con dificultad.

La doctora Lee frunció el ceño. Dejó su maletín en una silla y fue hasta situarse a espaldas de Carruthers, siguiendo con ojos atónitos lo que el hombre escribía con sorprendente rapidez y coherencia, dado su estado actual:

A la policía:

Es urgente. Otra vez va a ocurrir. Lo he visto. Matarán esta noche a otra mujer. La decapitarán ante una puerta iluminada, en la calle… Veo…, veo algo en el suelo. Círculos grises… El aire tiene un olor raro, a medicina…

¡Tienen que evitarlo! Será en el Soho, otra vez. Esta noche, no muy tarde… Un reloj da campanadas… No sé si diez u once. Pero no más. Ni una más. Por Dios, apresúrense. Salven a esa mujer. La conozco, no sé de qué…

Lo veo claramente. Crean en mí.

El vidente

—¡El vidente! —musitó la doctora Lee, aterrada.

Y recordó algo que oyera la noche anterior, tras el asesinato de su enfermera, Sue Malcolm, en el callejón. Un inspector de Scotland Yard le había mencionado los mensajes de alguien, posiblemente de un loco, que se firmaba «El vidente»…

¡Y ese vidente era Leslie Carruthers, su paciente!

Anonadada por el descubrimiento, miró incrédula a Carruthers, que doblaba el mensaje, excitadamente, metiéndolo en un sobre donde escribió:

Scotland Yard. Urgente.

—Usted…, usted puede «ver» cosas durante sus pérdidas de memoria… —jadeó ella, rodeando al enfermo para mirarle al rostro.

Esta vez, Carruthers sí la miró fijamente. Pero no había emoción en su gesto. Era como si no la hubiera visto nunca.

—La carta… —dijo—. Hay que entregar cuanto antes esta carta…

—Yo lo haré —se ofreció ella—. Démela. Yo la llevaré a Scotland Yard.

Carruthers la contempló con aire ausente, sin moverse.

—Hay que entregarla. Y pronto —insistió.

—Claro —ella le siguió el juego. Alargó su mano. Se la quitó suave, dulcemente —. Deme la carta. Yo la llevaré a la policía ahora mismo.

La miró como si la descubriera por primera vez. No dio señales de reconocerla. Se limitó a repetir, machaconamente, sin tratar de arrebatarle su carta:

—Es preciso. La policía necesita esa carta para evitarlo…

—Claro que sí —afirmó ella, sin dejar de estudiarle atentamente. Retrocedió despacio—. En pocos minutos, la tendrán en su poder. No se mueva de aquí. Volveré pronto para informarle… No se mueva, ¿entendido?

Y con toda rapidez, sin recoger siquiera su maletín profesional, salió de la vivienda, corriendo escaleras abajo. En cuanto pisó la calle, llamó a un coche de punto y subió a él sin perder tiempo.

—¡A Scotland Yard, pronto! —ordenó al cochero—. Es muy urgente.

* * *

El inspector Evans leyó el mensaje en un momento. Miró asombrado a su visitante, y tomó su sombrero y gabán con rapidez.

—Vamos allá —dijo escuetamente—. Guíeme usted, doctora.

Llamó de pasada al sargento Roberts y a otro agente, que se unieron a ellos, para abandonar todos el recinto policial, rumbo al Soho de nuevo. Por el camino, el inspector dirigió una mirada perpleja a la doctora Lee.

—De modo que es paciente suyo… —comentó.

—Así es. Se llama Leslie Carruthers y es aparentemente inofensivo, pero sufre frecuentes pérdidas parciales de memoria. Durante ese tiempo, no sabe lo que hace. Hoy acabo de descubrir una de las cosas que ocupan su tiempo olvidado: es realmente un vidente, al parecer, y sufre una extraña crisis durante la cual contempla sin duda lo que ahí señala. Da la impresión de verlo con antelación.

—¿Cree usted, doctora, que alguien puede ser capaz de ver las cosas antes de que sucedan? —dudó Evans.

—En este caso, tenemos un claro ejemplo al parecer. Si las veces anteriores se cumplió lo que él anunciaba, es que realmente posee esas dotes de anticipación. Es un fenómeno que va más allá de la medicina, la verdad, y no puedo opinar sobre ello, salvo por lo que he visto por mí misma.

—¿No se mostró agresivo en ningún momento mientras se producía esa crisis?

—No, en absoluto. Se limitó a ser distinto, como si lo que había a su alrededor no existiera, incluida yo misma. Le dije que no se moviera de casa, pero no creo que me oyera.

—Sería conveniente haberle impedido salir de allí, cerrarle por fuera, pongamos por caso…

—No me atreví. Verse encerrado podía provocarle una crisis peor. Confiemos en

que esté allí. Durante esas crisis acostumbra a salir de casa y deambular por ahí, sin recordar nada en absoluto.

—Dios quiera que no se le haya ocurrido marcharse ya. Quisiera tratar de sonsacarle algo más, de averiguar si puede puntualizar mejor los datos… Ese hombre puede sernos muy útil para evitar un nuevo crimen. No quisiera ni pensar en lo que iba a caerme encima si de nuevo el maldito asesino se saliera con la suya. Los periódicos no paran de ponernos verdes, mis superiores están furiosos, y el clima de terror que se vive en el Soho empieza a ser ya irrespirable.

—Quizás no sepa más de lo que dice ahí. Tenga en cuenta que puede ser una visión borrosa e incompleta la suya…

—Pero que siempre ha resultado acertada, —incluso en algunos detalles sorprendentemente fieles a lo intuido por ese hombre. Por eso es importante tratar de que recuerde más cosas.

—Si recupera su memoria y consciencia de quien es, no recordará absolutamente nada, y su testimonio no les servirá de nada —suspiró la doctora Lee—. Por eso me apresuré a tomar esa carta y llevársela a ustedes.

—Ha sido muy eficiente, doctora. Obró como mejor podía hacerlo —aprobó el inspector Evans calurosamente—. Dios quiera que esta vez nos sirva de algo todo esto.

Cuando el carruaje llegó ante la casa de la señora Stone, ésta salió con rapidez, mostrando un gesto de inquietud evidente. Miró asustada la presencia de los agentes de policía ante la puerta de su casa, y terminó dirigiéndose a la doctora Lee:

—Me alegra que haya vuelto… El señor Carruthers salió de casa hace rato, y ni siquiera me hizo caso ni parecía escucharme cuando le llamé… Llevaba un gesto raro.

—Vaya por Dios —se lamentó Evans—. De modo que voló el pájaro… ¿Dijo adónde iba, señora?

—No, no dijo nada. Ni siquiera se despidió, pese a ser siempre tan educado.

—Sufre una de sus crisis, señora —explicó la doctora Lee, contrariada, mirando a ambos lados de la calle, ya oscurecida. Un farolero iba prendiendo las luces de gas del alumbrado público con aire apático y cansino.

—Sargento, ya ha oído —habló Evans a su subordinado—. Utilice cuantos agentes sean necesarios, pero búsqueme a ese hombre por todo el Soho. Y, al mismo tiempo, monten un dispositivo de intensa vigilancia, para evitar cualquier desagradable suceso en esta noche. Es preciso evitar, sea como sea, que ese loco asesino cumpla de nuevo su objetivo, tal como nos anuncia Carruthers en su mensaje.

La doctora Lee y el inspector subieron a la vivienda de Carruthers, que revisó el policía a fondo, sin hallar nada sospechoso por parte alguna. La doctora recuperó su maletín, que permanecía intacto sobre la silla, tal como lo dejara al marcharse, y esperó a que el policía terminase su examen de la casa.

—¿Esperaba encontrar algo en especial? —le preguntó ella.

—Bueno, nunca se sabe —confesó Evans—. Después de todo, también él forma parte de los sospechosos con que contamos.

—¿Cree que Leslie Carruthers podría ser un asesino? —se sorprendió la mujer médico.

—Cualquiera puede serlo, doctora. Pero por aquí no veo señal alguna de armas con filo y contundencia suficientes para decapitar a una persona… y menos aún cabezas humanas como trofeos.

—Es horrible imaginarse a un coleccionista de cabezas, inspector —se estremeció ella.

—Lo sé. Pero a alguna parte han tenido que ir a parar esas cabezas separadas del tronco, ¿no cree?

—Sí, en eso tiene usted razón. Bien, inspector. Le dejo. Tengo mucho trabajo por hacer en mi centro de Meard Lañe, y la noche ya nos ha caído encima. Tendré que dejar otras visitas para mañana.

—Vaya con cuidado, doctora. ¿Quiere que la acompañe un agente?

—No, no, gracias —rechazó ella risueña—. Tomaré un carruaje justo hasta el centro, no se preocupe por mí.

Y abandonó la vivienda de su paciente con paso firme y enérgico.

* * *

La doctora Virginia Lee abandonó el carruaje a la entrada del callejón donde se hallaba la puerta del centro de asistencia social, por una razón muy simple: Meard Lañe era tan angosto que no permitía el paso de un vehículo tirado por dos caballos.

Pagó al cochero y se encaminó hacia la roja luz que marcaba el emplazamiento del recinto benéfico. Sus botines sonaban huecamente en el empedrado húmedo. La niebla no era aún muy densa, pero resultaba obvio que iba a espesarse a medida que avanzara la noche.

Llegó ante el establecimiento que acaparaba la casi totalidad de sus esfuerzos y trabajos médicos, sin beneficio alguno a cambio, pero que moralmente la dejaban satisfecha y complacida consigo misma, ya que aliviar las miserias y dolores ajenos se había convertido para ella en una especie de sacerdocio.

—Buenas noches, doctora —la saludó dulcemente el fornido Mark Holmes, mirándola con ojos lánguidos, desde el lugar donde estaba hirviendo el instrumental quirúrgico.

—Hola, Mark —sonrió ella a su fiel colaborador—. ¿Todo en orden?

—Según se mire, doctora. Han ingresado tres pacientes más esta tarde.

—¿Tres? ¡Dios mío, pero si no hay vacantes para ellos! ¿Dónde los has acomodado?

—Una cama quedó vacía, por desgracia, a poco de irse usted.

—Oh, no —musitó ella, abatida—. ¿La señora Kelly?

—Así es. Sabíamos que no podía salir adelante, a pesar de todo.

—Pero la esperanza es lo último que se pierde, Mark. Sigue. ¿Y los otros dos nuevos pacientes?

—Son madre e hija. Una infeliz con una niña desnutrida y ulcerosa de la piel, de unos dos años. Les di mi camastro, doctora.

—Mi buen Mark… —conmovida, ella puso su mano en el hombro del otro, apretándole con calor—. Eres un gran chico.

No pareció advertir el estremecimiento de emoción que su simple contacto producía en el musculoso Holmes. Éste sonrió, agradecido, apresurándose a responder:

—No diga eso, doctora. Usted se sacrifica en todo mucho más que yo. De todos modos, hay un par de pacientes que seguramente podrán abandonar este centro mañana o pasado. Para un par de días, podré dormir bien en cualquier rincón.

—Eso no impide que tu comportamiento haya sido generoso y ejemplar, Mark. Me siento orgullosa de ti. ¿Está preparado el señor Morrison para ser intervenido?

—Sí, todo está preparado, doctora. Él se muestra muy animado. Ahora estoy desinfectando precisamente el instrumental… ¿Ha cenado ya?

—No. Cenaré después, cuando haya operado a ese pobre viejo.

—Debería cuidarse más, doctora. Si se abandona tanto va a terminar agotada…

—La verdad es que ahora no tengo apetito, Mark. Vamos a la tarea. Ya es bastante tarde. Hoy tuve problemas inesperados que me han demorado. Te contaré lo ocurrido mientras ultimamos detalles para esa operación…

Y mientras se vestía con su blanca bata, la doctora Lee fue refiriendo al fiel Holmes los sucesos de aquella tarde, cuando descubriera que uno de sus pacientes era el misterioso «vidente» que informaba de los crímenes del Soho a la policía.

Operó con éxito al viejo Morrison de un doloroso y abultado quiste en el cuello, y cosa de dos horas más tarde, había terminado la intervención con toda fortuna. Aliviada, mientras el operado dormía profundamente bajo los efectos de la anestesia, se lavó manos y rostro en agua clara, y se sirvió un té caliente, mientras Mark Holmes recogía vendas y material sobrante, para guardarlos cuidadosamente en un no muy bien provisto armario del establecimiento benéfico.

—Ya me encuentro mucho mejor —confesó suavemente la doctora Lee, apurando su taza de té sin sentarse—. Voy a cenar ahora. Iré a ese pequeño restaurante que hay ahí al lado, junto al callejón. ¿Tú has cenado ya, Mark?

—Sí, doctora. De todos modos, iré por allí cuando haya dejado todo limpio y me haya lavado, a tomar una taza de café y hacerle compañía.

—Muy bien. Te esperaré cenando —dijo ella, encaminándose a la salida del centro de asistencia social, mientras Mark se alejaba hospital adentro, donde las dos largas hileras de camastros albergaban a los depauperados pacientes del benéfico local.

Virginia Lee abrió la puerta y pisó la acera. Se detuvo, con un repentino

sobresalto, girando la cabeza y mirando, por vez primera quizás en mucho tiempo, las baldosas del lugar donde trabajaba.

Hasta entonces no se había fijado en el dibujo de esas baldosas. Ahora lo miró como fascinada, desde el umbral mismo del centro.

Eran círculos grises, sobre fondo blanco.

Círculos grises. Eso le recordaba algo. Algo oscuro y siniestro…

«Veo algo en el suelo… Círculos grises… El aire tiene un olor raro, a medicina…»

Era lo que había escrito el vidente, Leslie Carruthers.

Olfateó la doctora el aire. Ácido fénico, desinfectante. Un olor propio de centros hospitalarios…

—Dios mío, no —susurró ella, repentinamente sobrecogida.

Le llegó el sonido,/le unas campanas, en la cercana torre. Un reloj del Soho emitía la hora. Las diez.

«Un reloj de campanadas… No sé si diez u once. Pero no más. Ni una más…»

Eso también lo había «visto» Carruthers, en su extraño trance.

Y otra frase, de terrible significado, le llegó a la memoria, mientras contemplaba como fascinada las baldosas de círculos grises, oía las campanadas y olfateaba el fuerte hedor a ácido fénico:

«La conozco, no sé de qué… Salven a esa mujer…»

Y poco antes de escribir eso, había dicho:

«Creo que he visto a esa mujer alguna vez, antes de ahora…»

Sí. Todo coincidía. *Todo*.

Un helado horror la invadió de súbito. Comprendió en qué consistía la premonición de Carruthers.

¡Era *ella* la víctima!

Trató de regresar dentro del centro de asistencia social, renunciando a ir a cenar al cercano restaurante. Ella, que nunca había tenido miedo a nada, que era una mujer fuerte y vigorosa, de pronto se daba cuenta de que la mujer que «viera» Leslie Carruthers en su momento de crisis era ella misma. Y supo que tenía miedo, mucho miedo, por vez primera en su vida.

Dio un paso atrás. Delante de ella, la niebla era ya mucho más densa, la puerta estaba abierta de par en par, y la bruma parecía humo flotando ante sus ojos amedrentados.

De súbito, esa niebla se materializó en una sombra humana. Una figura envuelta en los negros pliegues de algo que parecía una capa o macferlan. Unas manos enguantadas esgrimían algo que centelleó fríamente al ser herido por la luz del hospital de caridad. Una ancha, afilada hoja de acero.

Virginia Lee gritó, horrorizada.

O al menos, intentó gritar.

Fue apenas el inicio de un chillido de horror e incredulidad. Se cortó casi de raíz

porque aquel acero también segó su cabeza de un tajo seco y brutal. El cuerpo femenino se quedó extrañamente incompleto, con aquel terrorífico vacío sobre los hombros, agitándose en espasmos atroces sus brazos y piernas, escapando dos surtidores de sangre de sus carótidas seccionadas. La rubia cabeza de corto cabello botó a pies del brutal asesino, perdiéndose en la niebla.

Éste retrocedió con la hoja de acero goteando un rojo intenso y viscoso. Se hundió en la niebla, mientras aquel cuerpo descabezado se desplomaba trágicamente, justo en el umbral del recinto, todavía sacudido por temblores espasmódicos.

Cuando Mark Holmes acudió, cosa de unos segundos más tarde, intrigado por la creencia de haber oído un grito corto, en la voz de su adorada doctora Lee, ya no quedaba el menor rastro del decapitador en el callejón brumoso. Ni tampoco de la cabeza cortada tan rápida y certeramente…

Un alarido de supremo horror escapó de labios de su ayudante, cuando descubrió en la puerta el cuerpo de ella. No necesitaba que tuviese su cabeza para que él identificara en el acto a su doctora. Cada detalle de aquella mujer, de su rostro, de sus manos y brazos, de su cuerpo, de sus ropas, le era demasiado conocido para tener la más leve duda.

—¡No, Dios mío, no! —clamó, angustiado, cayendo de rodillas junto al triste despojo humano, ya totalmente inmóvil—. ¡Nooo! ¡Ella no…!

Pero sí. Era ella. La pudo contemplar así, convertida en aquel cuerpo mutilado que dejara el feroz asesino como huella de su paso. Mark Holmes, exasperado, corrió a tomar un bisturí, todavía con sangre del viejo recién operado, y empuñándolo con rabia, corrió a la callejuela, adentrándose en la niebla. Fue en vano. Buscó en una y otra dirección, con el rostro descompuesto, los ojos vidriosos, la mano crispada sobre el bisturí sangrante.

Un farol brilló de pronto ante él. La familiar sombra de un *policeman* se recortó en la niebla.

—Eh, ¿quién es usted? ¿A dónde va? —preguntó con voz potente el policía, alzando el farol para contemplarle.

Lo que vio no era precisamente tranquilizador. Un hombre lívido, descompuesto, con un bisturí ensangrentado en su mano, podía hacer pensar mal a cualquiera. Por fortuna para Holmes, el policía de servicio le conocía bien.

—¡Holmes! —exclamó—. ¿Qué le ocurre? ¿Qué hace con eso?

—Por el amor de Dios, vaya pronto… —casi sollozó el fornido enfermero—. Al centro… Esta vez la mataron a ella, maldito sea el bastardo que lo hizo… ¡Mató a la doctora Lee… y le cortó la cabeza!

—¡Dios, no! —jadeó el agente de uniforme, llevándose el silbato a los labios—. ¡Venga conmigo, Holmes! Rodearemos toda esta zona. Pero no se arriesgue solo. Ese loco podría matarle también a usted…

—¿A mí? ¡No hay nadie en el mundo capaz de matarme sin que antes no haya vengado yo la muerte de la doctora! —bramó Mark, convulso.

—Entiendo lo que siente, pero no puede hacer nada usted solo —volvió a emitir dos silbidos largos y tres cortos—. Esta señal significa que ha vuelto a ocurrir. Bloquearán toda la zona en un momento. Ojalá sea aún tiempo de dejar dentro del cerco a ese maldito asesino…

En efecto, desde numerosos puntos empezaron a responderle silbatos agudos, y la noche neblinosa se pobló de carreras precipitadas. Scotland Yard había iniciado una amplia operación de rastreo y cerco de toda la zona del Soho. Pero por desgracia, ya era tardía la maniobra para intentar evitar un nuevo crimen. Ahora, todas las esperanzas de la policía tenían que concentrarse ya en dar con el asesino, cuando menos. Los silbatos emitidos por el *policeman* de servicio ya habían alertado a todos sus compañeros, informándoles de que el anunciado asesinato era ya una triste realidad.

* * *

—Dios mío, otra vez…

—Así es, doctor —confirmó amargamente el inspector Evans, contemplando el cuerpo sin cabeza de la doctora Lee—. Debí pensar que sería ella… Estúpido de mí, ¿por qué la dejaría deambular sola por las calles esta noche? Todo coincide, maldita sea: los círculos grises, el olor a medicina, la hora… e incluso el hecho de que conocía a la víctima…

—Temo no entender una palabra —el doctor Young frunció el ceño—. ¿A qué se está refiriendo, inspector?

—Oh, claro, usted no puede saberlo… Me refiero a un vidente que escribe cartas a Scotland Yard, anunciando los crímenes con rara precisión. También éste lo vio antes de cometerse. Y hemos sido tan necios, tan ineficaces, que aún así permitimos que se cometiera.

—De modo que existe una persona capaz de predecir estas cosas… —se mostró perplejo el médico forense, frotándose el mentón—. Sí que resulta extraña.

—Muy extraño —admitió Evans—. Yo no puedo creer en esas cosas, doctor.

—¿Qué piensa, entonces?

—Que él podría ser nuestro asesino, y llevar su osadía o su locura al extremo de anunciarnos previamente lo que va a hacer, fingiéndose vidente o cosa parecida. Eso sí tendría mucho más sentido, ¿no cree usted?

—Cuando menos, resultaría bastante más lógico y explicable —admitió el doctor Young, examinando el cuerpo decapitado con lentitud, para menear luego la cabeza y añadir con tono grave, fríamente profesional, aunque con un leve temblor que denotaba su emoción ante aquel nuevo horror—: Igual que siempre, inspector. Un corte seco, preciso, contundente. Hay que tener mucha fuerza y acierto para decapitar así, de un solo golpe, a un ser humano.

—¿Y el arma?

—Supongo que debe ser la misma, pero continúo ignorando si es un hacha o no. De todos modos, es un acero muy afilado y manejado con potencia. Claro que un loco triplica cuando menos su fuerza cuando sufre una crisis. Pobre doctora… Anoche tan llena de vida, cuando hablaba con el doctor Curwood y conmigo. Y ahora…

—Ella intentó colaborar con nosotros. Y ahora está muerta… —el inspector lanzó un resoplido de ira—. Maldito canalla, no cejaré hasta dar con él, aunque me pase el resto de mis días buscando a ese monstruo…

Unas voces, en el callejón, hicieron girar la cabeza al hombre de Scotland Yard. Frunció el ceño cuando vio venir a uno de sus agentes con un hombre que discutía vivamente con él.

—Vaya por Dios —rezongó Evans—. ¿Qué se le ha perdido esta vez por aquí, Talbot?

El joven marino norteamericano dejó de discutir con el *policeman*, para enfrentarse ahora con el inspector, pálido el semblante.

—Venía a ver a la doctora Lee y su subordinado me cerró el paso con malos modos. Me dijo…, me dijo que ella… —sus ojos descubrieron tras el inspector al doctor Young arrodillado junto al cuerpo sin cabeza, y su palidez aumentó de grado —. Cielos, veo que no me engañó…

—Así es, Talbot. La doctora Lee ha sido la nueva víctima de esa bestia sanguinaria —murmuró el inspector sordamente. Estudió con recelo a su interlocutor —. Desde su llegada a Inglaterra, amigo mío, se han incrementado mucho los crímenes…

—¿Está intentando acusarme de nuevo? —se irritó Martin.

—¿Por qué quería ver a la doctora? —replicó el policía con otra pregunta.

—Me interesaba hablar con ella de algo.

—¿La conocía acaso?

—No, claro que no.

—¿Entonces…? —Evans enarcó las cejas.

—Anoche mataron a una enfermera suya en este mismo callejón. Pensé que ella podía ayudarme.

—Ayudarle, ¿en qué?

—Oh, bien lo sabe usted, inspector. Estoy buscando a ese asesino.

—¿Buscándolo? ¿Usted? —se enfureció Evans. Agitó una mano ante Talbot, señalándole amenazador—. ¿Quién le ha dicho que puede hacer tal cosa? No es usted un policía ni un detective. Ni siquiera es inglés. ¿Quién le ha dado vela en todo esto?

—Primero, el hecho de ser cuñado de una de las víctimas. Segundo, el haberme sentido tachado de sospechoso por la policía. Tercero, porque la policía, de momento, veo que no hace gran cosa, no sólo para capturar al criminal, sino ni tan siquiera para evitar que sigan cometiéndose estos crímenes abominables, día tras día, con una frecuencia aterradora. Todo eso me da un cierto derecho moral a colaborar en la cacería de ese monstruo.

—¿Sabe que puedo hacerle arrestar por interferir la tarea policial?

—No me sorprendería —dijo sarcásticamente Talbot—. A quien tendría que detener es al asesino, no a mí.

—Déjeme en paz, Talbot. Empiezo a estar harto de usted.

El doctor Young se puso en pie, cerrando su maletín con un suspiro. Dirigió una mirada indiferente al joven norteamericano y notificó con voz grave al policía:

—Se me va acumulando la tarea con todo esto, inspector. Hoy hice la autopsia a la infortunada enfermera. Mañana se la haré a la doctora Lee. Pero no creo que saquemos nada en limpio que no esté ya lo bastante claro: la muerte siempre se produce por la misma ostensible razón. El golpe del acero causa la muerte inmediata a sus víctimas, en el momento mismo de producirse la decapitación, como es lógico. En cuanto a la cabeza… imagino que tampoco ha aparecido esta vez.

—Así es. No ha aparecido, doctor —corroboró el inspector Evans—. ¿Para qué demonios querrá ese maldito loco semejantes trofeos?

El doctor Young se encogió de hombros, agitó una mano en despedida, se subió el cuello de su gabán, y se alejó de regreso al carruaje que esperaba a la entrada del callejón, para devolverle a su casa tras la ingrata tarea en plena noche.

Evans se quedó mirando a Talbot con el ceño fruncido.

—¿Aún sigue usted aquí? —refunfuñó.

—Eso parece —sonrió tristemente Martin, acercándose al cuerpo de la desdichada doctora. Lo contempló en pie, con ojos sombríos. Luego, sus ojos se fijaron en un hombre rechoncho, fornido, que sollozaba como un niño en un rincón de la destartalada sala que daba acceso al hospital de caridad. No dijo nada. Vio cómo un agente tapaba los restos con una sábana, y regresó a la acera, hundiendo sus manos en el chaquetón azul de marinero.

—¿Está satisfecho? —preguntó Evans—. Ya ve que la doctora no puede serle de ninguna ayuda, si pretendía saber algo a través de ella.

—Y ese hombre que llora… ¿quién es? —se interesó Martin.

—Se llama Mark Holmes. Trabaja en este hospital. Era el ayudante de la doctora. Parece que le profesaba un gran afecto.

—Sí, ya lo he notado —asintió Talbot, pensativo—. ¿No vio nada?

—Nadie lo vio. Fue quien descubrió el cuerpo, instantes después de ser decapitado. Al parecer, ella inició un grito que el asesino ahogó en sangre. El jura que la oyó iniciar ese chillido y por eso acudió a toda prisa. Pero ya era tarde.

—¿Y aún así no pudo descubrir rastro del asesino?

—Nada de nada. Salió a la calle, armado con un bisturí. Pero no encontró a nadie, salvo a uno de mis hombres, que primero le tomó por el loco decapitador, al ver su expresión y el bisturí. Seguro que si llega a encontrar al criminal, hubiera sido capaz de matarle. Ese hombre es muy fuerte, y su ira le hace aún más temible.

—Sí, advertí su fuerza física. No quisiera tenerlo por enemigo, la verdad —suspiró Talbot—. Bueno, creo que me iré a dormir, puesto que ya no puedo encontrar

aquí nada que me sirva de ayuda.

—Será lo mejor que podría hacer. Deje esa tarea a nosotros, Talbot, y no me proporcione más complicaciones de las que ya tengo. Yo…

—¡Inspector, inspector! —llamó una voz excitada, desde la entrada de la calleja.

—¿Sí? ¿Qué ocurre? —indagó él con viveza.

—¡Se trata de ese hombre, Leslie Carruthers! ¡Lo han encontrado, señor!

—¿Dónde?

—Iba deambulando por el Soho, con el gabán sin abotonar, despeinado y como ausente… —explicó un policía con tono agitado, acercándose a su superior—. Lleva manchas de sangre en sus ropas.

—¿Sangre?

—Parece que se golpeó con la cabeza en alguna parte y tiene una pequeña brecha. Pero la sangre podría no ser de la herida, señor…

—Entiendo —afirmó Evans, ceñudo—. ¿Qué ha dicho?

—Nada. Sigue igual, como si no entendiera nada. Dicen que parece sonámbulo. Lo tienen ahí mismo, dentro de un coche celular…

—Bien. Llévenlo directamente a Scotland Yard. Está arrestado.

—Sí, señor. ¿De qué se le acusa, si pregunta la razón de su arresto?

—Sospecha de asesinato. Es todo. Yo voy en seguida para interrogarle.

El policía saludó, alejándose a la carrera. Talbot miraba con interés al inspector. Sus ojos brillaban.

—¿Quién es ese tal Carruthers? —quiso saber.

—Ya lo ha oído. De momento, sólo un sospechoso más.

—Pero ¿de dónde ha salido? No había oído hablar de él hasta ahora…

—Yo tampoco, Talbot. Se trata de un tipo que afirma ver las cosas antes de que sucedan…

—¡El vidente! —exclamó Talbot, asombrado—. ¿Es él?

—Sí, lo es —afirmó el policía, iniciando la retirada—. Pero también podría ser el asesino de mujeres, amigo mío. Si lo es, estoy dispuesto a probarlo sea como sea. Buenas noches. Y retírese cuanto antes a casa. No quiero que le linchen si esta noches, tras saber que ha muerto otra mujer en el Soho, ven deambular a un extranjero por esas calles.

Se alejó, subiendo a otro carruaje de la policía para dirigirse al Yard. Talbot meneó la cabeza, empezando a caminar con lentitud. El hospital para mendigos quedó atrás, recortándose la luz de su puerta abierta en el gris de la niebla nocturna.

—Extranjero… —masculló el americano para sí, meneando la cabeza—. Esta gente tiene una verdadera obsesión con eso…

Repentinamente, se paró en seco, presa de un súbito presentimiento oscuro y terrible. Llevó la mano a su bolsillo. Extrajo el reloj, y alzó la tapa.

—Dios mío… —murmuró—. Las doce menos diez… Molly debe estar a punto de salir del teatro ya. Y le prometí ir a recogerla… Claro que el asesino parece estar

arrestado, pero… ¿y si no fuera ese tal Carruthers el decapitador? No quiero ni pensarlo…

Y guardando con celeridad el reloj, echó a correr en la noche, hundiéndose en la cada vez más espesa e impenetrable niebla de Londres, con un raro, sombrío presagio, martilleando su angustiado cerebro.

CAPÍTULO II

«Tal vez había hecho mal», pensó.

Sus compañeras de trabajo ya se habían marchado. Insistieron en quedarse, pero ella las rechazó, alegando que esperaba a su nuevo amigo, el marinero americano.

Pero se había hecho tarde. Demasiado tarde.

No sólo hacía ya rato que la última compañera había dejado el teatro, sino que también tramoyistas y empleados habían desfilado posteriormente. Ahora, el viejo conserje de noche había asomado su rostro flaco y sus manos temblorosas, mirándola con curiosidad, con su manojo de llaves en la mano.

—Lo siento, señorita, voy a cerrar —indicó—. ¿Se queda usted sola ahí fuera? ¿O prefiere entrar y esperar dentro a quien sea?

—No, no gracias —rechazó ella, turbada—. Puede cerrar ya. Mi acompañante ya no puede tardar…

—Tenga en cuenta que es peligroso hoy en día para una mujer quedarse sola en la calle… —advirtió el buen hombre, vacilante.

—Lo sé, lo sé —suspiró ella—. Pero él estará al llegar. No puede demorarse, de modo que nada va a suceder. Gracias, de todos modos.

—Como usted quiera, señorita. Buenas noches —se despidió el conserje, cerrando la puerta del escenario. Se oyó dentro el giro de la llave por dos veces. Después, las pisadas lentas y cansinas del viejo empleado se perdieron teatro adentro.

Molly Heywood se sintió de pronto terriblemente sola, en medio de la niebla, en aquel callejón sombrío. Miró en derredor, preocupada, y echó a andar lentamente hacia la calle transversal, más ancha e iluminada, hundiendo sus manos ateridas en el manguito de pieles que la protegía del frío y la humedad reinantes.

Estaba segura de haber cometido dos graves errores: el primero, rechazar la compañía de sus amigas hasta la puerta de su casa. El segundo, acababa de cometerlo ahora. No debió quedarse fuera, sino seguir los consejos del viejo empleado, y entrar en el teatro. Pero Talbot podía llegar a imaginar que ya se había ausentado. No sabía la razón exacta, pero le gustaba que él la acompañase. Se sentía segura, protegida, como nunca lo había estado.

Pasó un carruaje apresuradamente. No se vela un solo peatón en la tétrica noche brumosa. Una farola reflejó turbiamente su sombra en una pared rezumante de humedad, junto a uno de aquellos grandes canelones que anunciaban el jubileo real de la reina Victoria.

De pronto, se puso rígida. Sus ojos brillaron, reflejando la luz de gas de la farola intensificada por un repentino temor indefinible y sutil, que llevó un escalofrío hasta la misma raíz de sus cabellos.

Unos pasos.

Unos pasos lentos, como calculados, cerca de ella. Trató de escudriñar la calle, de penetrar en la pastosa mezcla de humos y bruma que era aquel telón insondable

delante de ella. Apenas si vislumbró los contornos negros, borrosamente delimitados, de una silueta humana.

Un hombre alto. Una prenda de abrigo flotante en torno suyo. Podía ser un macferlan o una capa. Se apoyaba en algo que daba sordos «ploc, ploc, ploc» en el empedrado. Un bastón.

Tragó saliva. No tenía nada de particular, después de todo, cruzarse con un peatón noctámbulo, un caballero cualquiera, que volviese de una juerga propia o estuviera aún inmerso en ella. Sin embargo, siguió sintiendo miedo. La silueta del hombre se movía directamente hacia ella…

Una sensación creciente de inquietud se fue apoderando de ella. Retrocedió un paso, sin desviar sus ojos de aquella sombra inconcreta. El taconeo del hombre y el golpeteo de su bastón en el suelo, formaban una rara y rítmica resonancia en las calles desiertas: *tap, tap, tap… ploc, ploc, ploc…*

Un nuevo paso atrás la colocó contra el muro helado y viscoso. Trató de deslizarse de lado para buscar el hueco del callejón y correr hacia el teatro, en busca de auxilio, aunque sólo fuese el del viejo conserje. Aquel desconocido ya estaba ante la acera, subía un pie a ella. Se erguía, alto y ominoso, delante de la joven corista, como si la niebla se hubiera materializado en una forma oscura y amenazadora.

—Dios mío… —se oyó a sí misma, jadeando entre los labios, súbitamente resecos y trémulos. Ya en voz más alta, no supo si para romper la tensión insufrible de sus nervios o para salir de dudas de una vez por todas, interrogó con relativa calma al desconocido—: ¿Tiene usted hora, por favor, caballero?

El hombre pareció vacilar un momento. Le era imposible ver su rostro. Sólo una mancha borrosa bajo el ala de su sombrero de copa alta, digna de un *gentleman* perfecto. Y las manos enguantadas, la capa o macferlan negro, flotando en torno a la figura delgada y erguida.

—Es la hora de morir, sucia ramera —dijo con voz glacial de repente.

Y Molly Heywood supo que no se había equivocado. Que, trágica y terriblemente, había ido a encontrarse con su asesino, con el decapitador del Soho. Lanzó un grito ronco de horror y se encogió contra el muro, igual que una indefensa mosca acosada por la voraz araña.

Un sibilante, agrio chirrido, señaló el momento en que una de las manos enguantadas desenfundaron, del negro bastón que empuñaba, la larga, centelleante hoja de acero de un estoque mortífero. El grito de Molly se hizo jadeo roto, estremecido, convulso.

—Todas las malditas mujerzuelas como tú, deben morir —silabeó el siniestro personaje.

Y se dispuso a clavar su estoque en el cuerpo encogido de la muchacha.

* * *

Como disparado por una poderosa catapulta, el cuerpo humano, vigoroso y atlético, fue vomitado por la niebla, cayendo poderosamente encima del hombre del arma asesina.

Éste lanzó un gruñido sordo e intentó ensartar ahora a su agresor que, al abatirse sobre sus espaldas, le aferró la mano armada, forcejeando rabiosamente con él para desarmarle. Las dos figuras de hombre se convirtieron en una sola, en un amasijo informe, en plena niebla, enzarzados en rabiosa pelea.

Molly recobró sus fuerzas y pudo chillar con toda energía:

—¡Favor, socorro! ¡El asesino está aquí! ¡Pronto, vengan! ¡Policía, socorro…! ¡Han intentado asesinarme! ¡Socorro…!

Un silbato sonó en alguna parte de la niebla. Otro respondió, no demasiado lejos de aquél. Y en la distancia, nuevos silbatos señalaron que la zona toda estaba en pie de guerra, que el cerco policial establecido por el inspector Evans se estrechaba a la voz de la joven corista.

La lucha de ambos hombres, entre tanto, proseguía furiosa, exasperada. El estoque tintineó en el empedrado, cuando logró el defensor de Molly doblar la muñeca de su antagonista hasta hacer chillar a éste de rabia y de dolor. Después, en el cuerpo a cuerpo establecido, el misterioso asaltante pudo conectar un rodillazo brutal a su enemigo, y éste trastabilló, tambaleante, retrocediendo y soltando a su presa. El caballero del estoque intentó en ese momento huir a la carrera.

Pero el otro hombre se recuperó con rapidez asombrosa, pese al impacto sufrido en su hígado, y se lanzó en una especie de zambullida acrobática, aferrando los tobillos del fugitivo, y logrando derribarle de bruces, contra el pavimento. Allí, los dos se enzarzaron de nuevo en feroz batalla cuerpo a cuerpo, con intercambio de violentos golpes.

La niebla se pobló de lámparas y de figuras inconfundibles, con el casco de los *policemen*. Otros hombres del Yard, armados de revólver, rodearon a los combatientes. Fueron separados. Dos agentes llegaron hasta Molly, que sollozaba, asustada, confortándola:

—Cálmese. Ahora ya está a salvo, señorita…

Los enemigos hablan sido ya separados. Las luces alumbraron sus rostros. Molly lanzó un grito de júbilo al reconocer al hombre a quien debía la vida:

—¡Martin, Dios te bendiga! ¡Eras tú! ¡Tú me salvaste la vida…!

—Ese canalla te iba a atravesar de parte a parte sin piedad alguna… —jadeó el americano, a quien varios policías sujetaban, incapaces aún de saber quién era el agresor de la muchacha y quién su aliado.

—Tenía que morir… —masculló el otro hombre—. ¡Tenía que morir! ¡Es una ramera, una prostituta como todas las demás!

Ahora sí se daban cuenta los agentes de quién era el criminal y quién el amigo de la victima de aquella agresión. Soltaron a Talbot, apresurándose a retener con más precauciones al individuo vestido de caballero.

—Llevadle a un coche celular —ordenó un oficial de policía enérgicamente—. Veremos quién es. Al parecer, el otro detenido no debía de ser el asesino, después de todo…

Se volvió luego hacia Talbot, al que Molly se abrazaba ahora instintivamente, con el llanto agitando su cuerpo. Sonrió, comprensivo, y pidió suavemente:

—Por favor, ¿quieren ustedes dos acompañarme a Scotland Yard? Sus declaraciones nos serán muy necesarias para encerrar a este canalla…

—Gustosamente, agente —afirmó Talbot, con un suspiro—. Gustosamente…

* * *

—Otra vez el caballero andante de América cabalga por Londres —comentó el inspector Evans con sarcasmo.

—Muy ingenioso —fue lo que opinó Talbot, torciendo el gesto. Apretó con calor una mano de la todavía impresionada Molly Heywood, y añadió—: ¿De modo que ese caballero es un hombre importante en Londres?

—Mucho. Se llama sir James Earl Everett, y ocupa el cargo de diputado del gobierno de Su Majestad. Un asunto engorroso y que traerá gran escándalo, sin duda. Pero aunque los ingleses tengamos muchos defectos, no se cuenta entre ellos el ocultar la verdad cuando ésta salpica a un hombre importante de la vida pública. Les aseguro que sir James va a pagar sus culpas… si no es en la cárcel, en un manicomio.

—¿Un manicomio?

—O un hospital para enfermos mentales, si suena mejor —rezongó Evans, sacudiendo la cabeza—. Está desequilibrado desde que supo que su hijo único, Archie Everett, sufre de progresiva parálisis sifilítica.

—¡Archie! —murmuró Molly asombrada—. El amigo de Maggie Talbot…

—Él mismo. Ese jovencito pecó de inexperto en sus primeras relaciones con una actriz, según parece, y adquirió una dolencia venérea que le ataca al cerebro. Pero ahora empiezo a preguntarme si no ha sido porque ya lleva heredado ese mal. Quiero decir que ese hombre tan rígido, tan puritano, tan intolerante con todos desde su propio hijo hasta las mujeres a quienes considera responsables de la dolencia de Archie, es posiblemente la causa del mal. Detrás de muchos de nuestros más honestos y reprimidos caballeros, se oculta muchas veces la imagen de un hombre que ha cometido excesos, un mujeriego y un vicioso, que se pone una máscara ante la sociedad. Si el análisis de su sangre mañana revela que sufre de un mal venéreo antiguo, se habrá demostrado que el joven Archie no hizo sino heredar algo que va a convertirle gradualmente en un paralítico idiotizado. Y toda la culpa habrá sido de su padre, el hombre que más trató de moralizar con él…

Talbot asintió, con gesto sombrío.

—Existe gente así en todas partes, inspector —admitió—. ¿Dónde está el chico ahora?

—En su domicilio, internado. Esperando que su irreversible mal vaya minando su juventud y su cerebro…

—Es horrible —musitó Molly, estremeciéndose.

—Horrible, sí. Por eso su padre pensó en la demencial idea de ir por ahí buscando mujeres noctámbulas para asesinarlas.

—Pero con aquel estoque no podía decapitar a nadie… —apuntó Talbot.

—Es que no creemos que él sea el decapitador. Sólo un maníaco más, y de los peligrosos, que dificultan nuestra tarea. Ahora, ni siquiera estoy seguro de que Leslie Carruthers sea culpable. La sangre que manchaba sus ropas puede ser de su herida o no. Pero las evidencias contra él, paradójicamente, sólo puede proporcionárnoslas sus cartas premonitorias, y eso no creo que sea contundente de cara a un jurado.

Si un equipo de especialistas determina que ese hombre puede ser un vidente, como él dice, habrá que soltarle y comenzar de nuevo. Exasperante.

—Si puedo ayudarle en algo… —se ofreció irónico Talbot.

—¿Ayudarme? —Evans le miró con sarcasmo—. Cielos, ¿todavía más? Usted aparece siempre en todas partes donde se comete o vaya a cometerse un crimen. Puede decirse que es como la sombra misma del asesino y de la policía, el ángel que sobrevuela cada escenario de una tragedia, para bien o para mal.

—Pero no he encontrado aún al decapitador…

—No, pero ha salvado ya una vida, la de la señorita Heywood, y ha capturado a un fallido asesino. ¿Le parece poco? Confórmese con eso, amigo mío, y no aspire a más, por el buen funcionamiento de Scotland Yard y por mi propio equilibrio mental.

Martin Talbot se echó a reír de buena gana, rodeó con su brazo a Molly, y dijo encaminándose a la salida:

—Voy a llevar a su casa a la señorita Heywood, por si acaso hay todavía más maníacos asesinos por esas calles de su bendita ciudad, inspector. Después, creo que iré a dormir un rato. Empiezo a sentirme realmente cansado.

—Felices sueños, marinero —le deseó cordialmente el policía.

* * *

Por fortuna para Scotland Yard, para el inspector Evans en particular, y por fortuna también para el Soho y, sobre todo, para las mujeres noctámbulas, siguió un período de calma en la serie de crímenes sangrientos del decapitador.

Los análisis de sangre demostraron que, efectivamente, el muy honorable sir James Earl Everett, padecía una dolencia venérea antigua, que su hijo Archie había heredado fatalmente. La propia mente de sir James no estaba ya a salvo de los terribles efectos del mal, y un equipo de médicos especialistas resolvió que lo mejor era internarle provisionalmente para observación en un centro médico psiquiátrico fuera de Londres. Su escandaloso asunto se tapó mediante una discreta dimisión «por motivos de salud», de su cargo de cámara, y al retirar Molly Heywood su denuncia

del intento de asesinato, una vez probado que Everett no era el decapitador del Soho, ni su impulso homicida otra cosa que la primera evidencia de los efectos de la sífilis en su cerebro.

El joven Everett proseguía en su hogar, cuidado por su madre y por una enfermera, su lento proceso de regresión, pero aún se mostraba sereno, lúcido y hasta animoso, aunque sufriera frecuentes y agudos dolores de cabeza, así como desvanecimientos y pérdidas de consciencia parciales.

Leslie Carruthers había sido encarcelado, bajo la acusación de sospecha de asesinato, pero nada nuevo se había obtenido en su contra, y si el dictamen final de los médicos que le examinaron es que no estaba loco y su sensibilidad podía permitirle sufrir de ciertas visiones premonitorias, el inspector Evans supo que no habla caso para el fiscal de la corona, y el «vidente» tendría que ser puesto en libertad sin cargos.

Los días iniciales que siguieron al feroz asesinato de la doctora Lee, fueron de vivo, profundo terror para todo el distrito del Soho, y las mujeres se retiraban a sus casas lo antes posible, o se desplazaban en grupo, o bien acompañadas de persona o personas de su total confianza. Paulatinamente, sin embargo, fue relajándose todo ese tenso horror latente, a medida que transcurrían los días y, afortunadamente, todo continuaba igual en la ciudad, sin nuevos casos de asesinato con mutilación de la cabeza.

Sin embargo, cierto día de la siguiente semana, sucedió algo en Glasgow que, sin que nadie pudiera imaginarlo, iba a significar el inicio de una nueva etapa trágica en Londres.

Fue cuando una dama de sobrio aspecto, elegante, de cabello rubio ceniza y rostro pálidamente maquillado, tomó un carruaje de alquiler cerca del hospital central de la ciudad, que habitualmente estaba dedicado a dolencias cardiacas y a enfermos de suma gravedad, y le dio al cochero la dirección de la estación ferroviaria donde partía el tren con destino a Londres. Antes se pasaron por un antiguo edificio bien conservado, donde el cochero recogió un par de maletas que eran guardadas allí para la señora Sheila Young.

La dama tomó ese tren para Londres.

Aquello sucedía la mañana de un lunes. Ese mismo lunes, por la noche, ya pasadas las doce, el policía de servicio en la manzana donde el doctor Clifford Young, médico forense, tenía su consultorio de medicina general, vio salir de la casa del doctor a una dama de largo cabello muy negro y lustroso, piel bronceada y hermosa figura, vestida de rojo intenso bajo una capa de terciopelo negro. Llevaba consigo una maleta y un pequeño maletín neceser de piel, y se despidió en la entrada de la casa, dando un beso al hombre que la despedía:

—Adiós, Cliff. Y gracias por todo…

—No digas eso, querida Muriel. Sabes que esto tenía que suceder un día u otro. Cuando mi mujer regresara… tú tendrías que salir de aquí. Lo siento de veras.

—Yo también —sonrió ella suavemente—. Pero como tú dices, estaba previsto que fuese así. Ahora, adiós, Cliff, cariño. Que seas feliz.

—Y tú también, Muriel. Lo mereces. ¿Adónde vas a ir?

—No sé aún. Creo que con toda seguridad a casa de mi prima, al Soho. Luego ya veré. De momento no tengo problemas económicos, gracias a tu generosidad. Hasta nunca, Cliff.

—Hasta nunca, Muriel.

Muriel Powell, la discreta amante que había compartido aquellos dos años de vida en común con el doctor Young, se alejó de la casa, mientras el policía fingía pasear indiferente por la acera, ajeno a la despedida emotiva de ambos amantes, y llamó un carruaje de punto, al que subió con su maleta y maletín, dándole una dirección determinada en el Soho londinense.

La puerta de la casa se cerró. Se apagaron las luces poco después. El *policeman* siguió su ronda, silbando una tonadilla popular entre dientes.

No podía saber que había asistido al prólogo de una sangrienta tragedia, una más en el Soho.

Y que esta vez, la victima del decapitador, iba a ser precisamente aquella mujer que él viera salir de la casa del médico forense: Muriel Powell, amante del doctor Young…

CAPÍTULO III

—No hay duda alguna. Se llamaba Muriel Powell. Lleva consigo un papel con el membrete del doctor Young, recetándole una medicación para jaquecas y neuralgias… Y llevaba nada menos que dos mil libras en billetes en su monedero, que nadie pensó ni remotamente en robar, inspector.

El inspector Evans no dijo nada. Se limitó a asentir, mirando pensativo al forense suplente, que esa noche hacía la tarea del doctor Clifford Young, por ser éste el día libre del forense habitual del Yard.

—Entiendo, doctor —afirmó—. Es obvio que la nueva víctima era paciente de su colega en medicina legal.

—Sí, es obvio. Esa receta tiene sólo quince días de antigüedad… No debió hacerla efectiva en ninguna farmacia por llevar aún un frasquito mediado de la misma medicina entre sus otros útiles del monedero.

—No sólo llevaba un monedero, doctor. Cerca de ella yacen una maleta y un maletín pequeño o neceser…

—Sí. Parecía ir de viaje. O cambiarse de domicilio —asintió el sargento Roberts, terciando en la conversación—. ¿Pero de dónde venía, exactamente?

Y contempló con ojos ensombrecidos aquel cuerpo vestido enteramente de rojo, con una capa negra de terciopelo, forrada de raso color lila. Como en anteriores ocasiones, era imposible saber si aquella mujer había sido tan bella como lo parecía por su figura, esbelta y arrogante. Le habían decapitado limpiamente. Y la cabeza no aparecía por parte alguna del teatro del crimen, aquella callejuela sin salida del distrito londinense del Seho.

Yacía junto a la tapia del fondo, y la sangre formaba un reguero bajo su cuello atrozmente mutilado. Salpicaduras de esa misma sangre formaban dibujos siniestros en la pared, húmeda y oscura.

Los policías deambulaban por los alrededores, portando sus lámparas, que trazaban un juego tétrico de luces y sombras en los muros inmediatos. De nuevo el clima de horror y angustia se podía casi palpar en toda la zona. Los curiosos que se aproximaban para tratar de ver algo, eran dispersados por los agentes, con el consejo firme de que se retirasen cuanto antes a sus casas, puesto que el decapitador volvía a merodear por el Soho.

El rostro del inspector Evans reflejaba su desaliento y exasperación ante el nuevo crimen. Sabía que acababa de romperse de golpe, en mil pedazos, la única teoría acusatoria contra alguien. Leslie Carruthers estaba aún encarcelado. No pudo ser él quien decapitó a la mujer del vestido rojo.

—Ocúpese de todas las diligencias del caso, sargento —pidió a su subordinado—. Yo voy a Scotland Yard, pero antes pasaré por casa del doctor Young. Tal vez él recuerde a esta mujer y nos ayude a reconstruir mejor los hechos…

—Sí, inspector, a la orden —se apresuró a afirmar el sargento Roberts, saludando

respetuoso.

Evans subió a su carruaje oficial y se dirigió al domicilio del médico forense. No era la hora más adecuada para molestar a un hombre que tenía su día libre de servicios profesionales, pero un nuevo crimen requería su atención y todo era poco para tratar de llegar a descifrar el enloquecedor enigma del decapitador del Soho.

Cuando llegó ante la vivienda del médico, el policía de servicio paseaba por la acera, indolente. Al ver un carruaje de Scotland Yard, se acercó, saludando con disciplina al hombre que descendió del vehículo. Éste se identificó:

—Inspector Evans. Deseo ver al doctor Young. Es urgente.

—Entiendo, señor. Debe estar despierto aún…

—¿Despierto? ¿Tan tarde? —se extrañó Evans.

—Bueno, el doctor ha tenido una noche bastante agitada —sonrió con cierta ironía el agente.

—¿A qué se refiere?

—Sé que es meterme en lo que no me importa, señor, pero vi salir a cosa de medianoche a una dama de esa casa.

—¿De veras? ¿La conocía?

—Bueno, la verdad es que no. He hecho aquí mi servicio muchas veces, y nunca me pareció el doctor Young hombre mujeriego. No vi salir de su casa a otra mujer que la señora madura que le hace la limpieza día sí y día no. La dama de esta noche era morena, alta, arrogante…, y vestía enteramente de rojo.

—¿Qué? —jadeó Evans, perplejo—. ¿Vestido rojo?

—Sí, señor. Y una capa…

—Negra. De terciopelo. Con forro lila.

—Pues…, creo que sí —ahora la perplejidad era del policía de turno—. ¿Cómo lo sabe, inspector?

—Se lo diré luego —dijo Evans, caminando rápido hacia la casa—. ¿Llevaba acaso una maleta y un neceser?

—Así es, señor. El doctor la despidió llamándola…, Muriel.

—Muriel… —repitió Evans en un murmullo—. Era ella…

—Creo que era su amiguita, su amante. Pero más tarde, llegó otra dama…

—¿Otra? —el policía se paró en seco.

—Así es, señor. Una dama de cabello rubio ceniza, vestida de oscuro, muy elegante. Traía también maletas. Tres. Llamó. Le abrieron la puerta y entró. La oí llamar «querido esposo mío» al doctor Young… Y la puerta se cerró tras ella. Eso ocurrió hace cosa de media hora. Por eso digo que aún debe estar levantado. Hay luz en el piso alto…

Evans frunció el ceño, mirando arriba. Era cierto. Vio pasar la silueta de un hombre. Luego, la de una mujer, segundos más tarde.

—Les he visto varias veces desde que llegó la señora de pelo rubio ceniza —explicó el policía—. En dos ocasiones, empuñaban copas. Deben celebrar la

llegada…

—Ya —Evans respiró hondo—. Creo que va a ser un trámite difícil. Gracias, agente. Deje que vaya yo solo.

—Como usted ordene, señor. Yo seguiré mi ronda.

El inspector asintió, acercándose a la puerta y llamando. Esperó, impaciente. Sonaron pisadas, bajando por la escalera. Una voz indagó:

—¿Quién llama?

—Soy yo, doctor Young —dijo el policía—. Inspector Evans, del Yard. Es muy urgente. Abra, se lo ruego.

—¡Evans! ¿Qué diablos ocurre ahora? —le oyó farfullar—. Es mi día libre y…

Abrió, sin embargo. Estaba en bata, y mostraba extrañeza en su gesto. Al fondo, en pie en la escalera, el inspector pudo distinguir a una dama también ataviada ahora con una bata gris, alta y elegante, con cabello rubio, suavemente gris.

—Buenas noches, doctor —saludó Evans—. Lamento molestarle. Pero tengo mis motivos para ello, amigo mío.

—Espero que sea cierto —suspiró el forense—. Mi esposa acaba de llegar de Glasgow en el tren de medianoche. Estuvo recluida mucho tiempo por causa de una dolencia cardíaca grave. Estábamos celebrándolo y…

—Comprendo la situación, doctor. Seré breve. Se trata de un posible paciente suyo. Alguien llamado Muriel… Muriel Powell —concluyó, sin quitar los ojos del rostro del médico.

Éste reveló una contracción emocional imposible de dominar. Dio un paso atrás, dilató levemente sus ojos y miró con asombro al policía. Dificultosamente, pudo articular:

—No entiendo… ¿Quién ha dicho?

—¿Ocurre algo serio, querido? —quiso saber la dama desde la escalera.

—No, nada —rechazó él brevemente—. Cosas de mi profesión, Sheila…, inspector, ¿qué ocurre con… con esa paciente mía?

—Es muy penoso para mí informarle de esto. Ha sido hallada sin vida en el Soho. Asesinada. Como las otras.

—¡Dios mío! —jadeó Young.

Y por un momento, Evans temió que el médico se desplomara de modo fulminante a sus pies.

* * *

—Sí, inspector. Es ella, estoy seguro…

La voz del doctor Young era un sonido ronco, quebrado, rompiendo el silencio trágico de la morgue. Luego se apartó de la losa de mármol donde yacía la última víctima del asesino, muy pálido y tembloroso. Por primera vez, el hombre que se enfrentaba con toda frialdad profesional de la muerte, parecía realmente sobrecogido

por ésta.

—Sé que es una identificación difícil, doctor. Tenemos experiencia en esto, desgraciadamente —suspiró el policía—. ¿Ninguna duda?

—No, claro. Ninguna. Lleva en el dedo el anillo que le regalé, ese con la perla… Su vestido rojo, su capa de terciopelo, sus zapatos… Todo es de ella.

—También lo eran sus maletas y el bolso con esa receta y el dinero que usted le entregó como obsequio de despedida —dijo el policía—. Pero físicamente… ¿hay algo que la identifique?

—Supongo que lo habrá, inspector. Un lunar en forma de rombo…, en su muslo derecho. No tengo fuerzas ni valor para…

—Comprendo —el inspector fue al cadáver. Alzó la falda y la enagua de la víctima. En su terso muslo alabastrino, descubrió la señal indicada: un lunar en forma casi de rombo, justo cerca de donde se iniciaban los encajes de su braga. Tapó de nuevo piadosamente a la difunta—. SI, es ella, ya no hay duda alguna, doctor. ¿Vivía ella en el Soho?

—No. Tenía una prima aquí, pero ignoro su nombre, sus señas…

—Veremos si reside por allí cerca —apuntó el policía, pensativo—. El que sí tiene su domicilio casualmente a una manzana del escenario del crimen, es el dueño del teatro Variety, Roger Hartman.

Martin Talbot pegó un respingo. Miró al inspector con sorpresa, pero no hizo comentario alguno. Había sido llamado urgentemente por el inspector Evans a la morgue, para ser informado del nuevo asesinato. La llamada le sorprendió profundamente dormido en la pensión donde se alojaba durante su estancia en Londres.

—¿Quién pudo ser, inspector? —preguntó con voz sorda el médico forense—. ¿Y por qué ella?

—¿Por qué las demás, doctor? —Evans se encogió de hombros—. No elige su víctima, según creo. Espera, y el azar le da lo que busca. Esta vez le tocó el turno a esa joven, Muriel Powell. Antes fueron personas que tampoco había motivo para matar, como la corista Maggie Talbot, la enfermera Malcolm, la doctora Lee…, por no retrotraernos a la primera asesinada, la ramera Daisy Wingate…

—Dios mío, si mi esposa no hubiera vuelto esta noche…, ella estaría viva aún.

—Sin duda. Otra ocuparía su puesto en esa mesa, doctor. Pero cualquier otra noche, cuando la señora Young hubiese regresado de Glasgow, Muriel Powell hubiese venido al Soho… y no sabemos lo que hubiera ocurrido. No se culpe de nada, doctor. El destino le jugó a esa pobre joven una mala pasada, eso es todo. Sé que no lo comprende, pero lo mismo le sucedió al señor Talbot cuando llegó a Londres, pongamos por caso.

—SI, claro —el médico miró con ojos turbios al marino americano—. Perdone, señor Talbot. Soy muy egoísta. Sólo veo lo que me afecta a mí… sin darme cuenta de que es sólo porque ahora no estoy aquí como un frío médico forense que examina un

cuerpo humano y luego le hace la autopsia, sino que estoy contemplando a un ser querido, a una mujer que, aparte de mi cariño y lealtad hacia mi esposa, fue merecedora de mi afecto y de mi gratitud… por acompañarme cuando me sentía más solo y necesitado de comprensión.

Se retiró de la lúgubre estancia sin añadir más, con paso lento y cansado, mientras el inspector Evans tendía sobre el cadáver la sábana blanca. Quedaba un raro bulto, el de un cuerpo humano descabezado. Talbot lo miró largamente, evocó el de su cuñada Maggie, y se estremeció, pasándose una mano por el rostro.

Abandonó junto a Evans la cámara mortuoria. Le preguntó por el camino:

—¿Por qué me ha llamado esta noche, inspector, para ver esto?

—Ya que ha compartido todos los momentos decisivos de este maldito asunto, no quise que se perdiera un lance más en tan horrible carrera sangrienta.

—No disimule, inspector. No es por eso, y usted lo sabe.

—¿Por qué, entonces?

—Usted sospechaba de mí. Comprobó así que no me había movido de mi alojamiento en toda la noche, mientras mataban a esta infortunada joven…

—Quizás en parte fuera como usted dice. Pero lo cierto es que cualquier otro pudo ser culpable. En realidad, que yo sepa, sólo el doctor Young tiene una sólida coartada para esta noche: mientras mataban a su amante, él recibía a su esposa, Sheila Young, y permanecía con ella en su casa, celebrando el regreso de la enferma.

—El doctor Young tenía ya otra coartada igual de sólida —rió Talbot—. Recuerde la muerte de la enfermera Malcolm. La mataron a dos o tres manzanas de distancia de donde se hallaban el doctor Curwood y el doctor Young aquella noche, caminando tranquilamente hacia el centro de asistencia social de Merad Lañe, ¿recuerda?

—Buena memoria. Le felicito, Talbot.

—Me gusta descartar sospechosos. En cambio, ¿qué me dice de Roger Hartman?

—¿El empresario del Variety?

—Sí, el mismo. Vive al lado de donde mataron a Muriel Powell.

—Ya lo sé. Pudo ser él, es cierto. Pero no tenemos evidencia alguna…

—¿Y evidencias de su inocencia? ¿Una coartada acaso?

—No lo sé. Voy a hacerle unas preguntas mañana mismo. Ahora sólo estoy enterado de que duerme en su alcoba normalmente y no le despertó ruido alguno. Nadie le vio entrar o salir de la casa a una hora determinada.

—Acostumbra a ir a su teatro, incluso como un espectador más. Luego se da una vuelta por el escenario y vuelve a casa. Me lo ha contado Molly Heywood. A veces, se da un paseo por las calles y dice obscenidades a las mujeres públicas.

—Eso no es propiamente un delito, Talbot.

—Quizás no. Pero tampoco es propio de un tipo normal. Una corista le contó a Molly Heywood que le gustan las aberraciones sexuales más complicadas cuando se va con una chica. Y ella lo sabía por experiencia propia.

—Eso tampoco es un delito. Si la chica lo acepta…

—No tenía otro remedio. Era su amante y podía echarla del teatro. Tiene una madre enferma. Así es ese tipo, Hartman. Capaz de todo lo más abyecto.

—No le cae bien, ¿eh?

—No, en absoluto. Y después de todo, es el único sospechoso que anda libre…

—El…, y usted —le recordó irónicamente el inspector Evans.

—Oh, por Dios, inspector, ¿ya vuelve con eso?

—La culpa la tiene su famosa jamaicana de Dover. Sigue sin aparecer. Y es su coartada para aquella noche, cuando mataron a su cuñada, recuérdelo.

—No es fácil que olvide eso, inspector. Supongo que ahora, dejará en libertad a ese vidente. Carruthers… No pudo matar a Muriel Powell desde la cárcel, ¿cierto?

—Muy cierto —refunfuñó de mala gana el policía—. Ni tampoco sir James Earl Everett desde el hospital donde está recluido… Oh, cielos, esto es para volverse loco. Cada vez se complica más y… ¿qué diablos ocurre ahora, sargento?

El sargento Roberts, muy agitado, acababa de aparecer en la puerta de la morgue cuando ellos dos la alcanzaban. Se paró ante Evans, saludó y luego informó con tono apremiante:

—Malas noticias, señor.

—Oh, no, ¿todavía más? —se lamentó el policía.

—Acabo de ser informado de ellas, inspector. Se trata de sir James Earl Everett… y de su hijo Archie.

—Acabe de una maldita vez, sargento. ¿Qué ocurre con ellos?

—Sir James se ha evadido del hospital de enfermedades mentales donde estaba siendo sometido a observación —explicó el sargento—. En cuanto a su hijo Archibald…, bueno, su madre está muy asustada. Ha informado que anoche se ausentó de casa y aún no ha aparecido…

—Bueno, parece que ya tiene dos sospechosos más que añadir a su lista —apuntó Talbot son sorna—. Los Everett, padre e hijo. Tal vez uno de los dos, intentando vengar sus dolencias venéreas mediante asesinatos brutales en plena noche… Una teoría muy razonable, ¿no le parece?

CAPÍTULO IV

Los diarios de aquella semana habían sido pródigos en titulares sensacionalistas, como era habitual desde que se iniciara la sangrienta cadena de asesinatos en el Soho de Londres.

Pero esta vez, los personajes a manejar eran más populares y públicos, y eso constituía buen pasto para los periodistas de la llamada «prensa amarilla» y para sus voraces y nada sutiles lectores.

El abanico de titulares era un auténtico reflejo de las tensiones, angustias y terrores que sacudían a determinadas zonas de la ciudad, especialmente a la llamada City of Westminster, donde se ubicaba el Soho, víctima de aquel ramalazo de profundo horror que conmovía sus calles. Las noches de aquella zona particularmente noctámbula y bohemia, se habían convertido irremisiblemente en escenario de inquietudes, recelos mutuos y sospechas sin fin.

«EVASIÓN DE UN FAMOSO POLÍTICO AFECTADO DE UN MAL MENTAL DE ORIGEN VENÉREO», decía un periódico, en su primera plana, añadiendo un angustioso interrogante después: «¿QUE RELACIÓN PUEDE TENER ESE HECHO CON EL ULTIMO CRIMEN DEL SOHO?»

Otro periódico no menos espectacular, anunciaba a toda plana:

«UN PADRE ENFERMO MENTAL, HUYE DE UN HOSPITAL. UN HIJO ANORMAL POR CAUSA DE UNA DOLENCIA SIFILÍTICA DESAPARECE DE SU CASA DURANTE LAS HORAS DEL CRIMEN. ¿QUE ESTA SUCEDIENDO EN EL WEST END QUE LA POLICÍA NO SABE O NO QUIERE AVERIGUAR?»

Pero el más generalizado titular especulaba casi siempre con los crímenes en sí, y la estela de pánico que estaba provocando en los escenarios elegidos por el asesino:

«¿HASTA CUANDO? CINCO MUJERES ASESINADAS. CINCO NOCHES DE TERROR EN EL SOHO. Y LA POLICÍA SIGUE DANDO PALOS DE CIEGO Y ARRESTANDO INOCENTES.»

«¿QUIÉN ES EL DECAPITADOR?»

Esa pregunta era la que todos se hacían: ¿quién es el decapitador? Pero ninguno de los periódicos podía responderla. Ni tampoco la policía, al menos por el momento…

Martin Talbot respiró profundamente, apartando todos aquellos periódicos, extendidos en abanico sobre su cama. Encendió un cigarro, yendo hacia la ventana de su dormitorio. Miró abajo, a las calles abigarradas y bulliciosas del Soho en pleno día. Puestos de venta de frutas y verduras, doncellas y criados con sus cestos de la compra junto a las amas de casa de modesto aspecto, granujas y truhanes indolentemente sentados en aceras o agrupados ante los *pubs*, gente que iba y venía… Parecía imposible que aquel populoso barrio a la luz diurna, se convirtiera en un hosco cementerio durante las noches, desde que el terror se desatara en él de modo tan implacable, exterminando vidas, acabando con jóvenes mujeres inocentes, en un

baño de sangre estremecedor.

Recordó vagamente los crímenes cometidos ya por el mutilador anónimo: Daisy Wingate, una ramera; Maggie Talbot, corista teatral y cuñada suya; Sue Malcolm, enfermera; Virginia Lee, doctora en medicina; Muriel Powell, amante de un médico forense…

Y evocó los distintos sospechosos descartados a viva fuerza por la policía, o considerados nuevamente como posibles culpables, según las circunstancias: Leslie Carruthers, el vidente; él mismo, Martin Talbot, marino americano; sir James Earl Everett, honorable diputado británico; su hijo Archie… y Roger Hartman, propietario y empresario del teatro Variety.

Le irritaba no poder hacer nada, estar allí impotente, ineficaz, mientras allá fuera, cualquiera persona de apariencia normal o respetable podía ocultar tras esa máscara la cruda realidad de un monstruoso criminal. Un asesino que había matado a su propia hermana política, que podía atacar en cualquier momento a Molly Heywood, la muchacha por quien sentía algo más profundo que simple amistad…

Tomó una repentina decisión. Salir vestido de marinero por el Soho, era un riesgo constante. La gente seguía pensando, pese a todo, en un asesino extranjero. Su aire de americano era evidente en exceso. Pero eso tenía quizás fácil arreglo.

Enfrente de su vivienda había una sastrería de oscuros escaparates. La estudió con atención. Apagó el cigarro y se encaminó a la salida. Momentos más tarde, cruzaba la calle y entraba en la sastrería.

Le llevó poco tiempo elegir lo que quería. Al salir de la sastrería, nadie hubiese reconocido fácilmente a Martin Talbot. Parecía todo un caballero.

Pantalón y levita impecables, camisa y corbata de plastrón de seda, macferlan gris oscuro de corte perfecto, y sombrero de igual color en peluche de brillo y copa alta. Unos guantes completaban su indumentaria de caballero.

Vestido de tan distinta manera a la suya habitual, Talbot se encaminó calle abajo, hacia un cercano restaurante, donde entró a comer. Estaba decidido a algo: a hacer unas visitas ese día, en distintos lugares de Londres.

* * *

Leslie Carruthers alzó la cabeza. Contempló a su visitante con aire aturdido, confuso. Parecía muy entristecido por alguna razón.

—No comprendo, señor. ¿Nos conocemos de algo usted y yo? —indagó.

—No —negó el elegante caballero—. Sin embargo, deseo hacerle algunas preguntas, señor Carruthers.

—¿Qué clase de preguntas? —receló el vidente—. ¿Quién es usted, señor?

—Me llamo Brown —mintió fríamente Talbot—. Milton Brown, de la agencia de investigaciones privadas Brown & Brown, de Mayfair. Tengo entendido que ha sido liberado usted por la policía a principios de esta semana…

—Dice bien, señor Brown. No veo qué puede interesarles a ustedes que yo…

—Señor Carruthers, sabemos que usted es inocente de toda culpa en este infortunado asunto. Pero tenemos un cliente que desea averiguar unas cuantas cosas, y usted podría serle de mucha ayuda.

—¿Yo? Dios me libre, no sé en qué podría hacerlo… No sé nada, ya lo dije a la policía. Absolutamente nada… Si algo puedo ver o presentir, lo olvido de inmediato, porque sufro pérdidas de memoria parciales. Todo eso que dicen que yo veo, no deja la menor huella en mi memoria, se lo garantizo…

—¿Y no le es posible recordar absolutamente nada, tener una ligera idea de lo que le empuja a ver por anticipado tales cosas? Su inocencia está por encima de toda duda, puesto que ha habido otro crimen estando usted encarcelado, de modo que si me responde algo concreto, en nada va a perjudicarle. Es más, nuestra agencia se sentiría muy honrada en ayudarle, si vuelve a sufrir algún problema con la policía, señor Carruthers.

—Pues no, lo siento. No les puedo ayudar en nada. Sólo sé que veo cosas raras, que informo a la policía de ellas durante mis crisis, y luego no recuerdo nada.

—Pero sale usted a la calle, y en ella recupera de repente la memoria… ¿no es así?

—Sí, sí, así es —convino el hombre, humedeciendo nerviosamente sus labios—. Dios mío, pensar que mi propio médico, la buena de la doctora Lee, murió aquella noche en que yo…

—En que usted fue injustamente arrestado —convino Talbot—. Dígame, ¿supo dónde estaba exactamente cuando volvió a tener conciencia de sus actos?

—Bueno, casi siempre me despierto en lugares parecidos… —recordó torpemente Carruthers.

—¿Qué *lugares*, señor Carruthers? —trató de saber Talbot, con voz suave.

El vidente le miró, perplejo, y luego declaró con lentitud, como si le costara mucho recordar aquel punto con exactitud total:

—Bueno, yo… siempre despertaba cerca de…, cerca de la iglesia de Soho Square… La primera imagen que logro recordar de mis despertares… es justamente ésa: la iglesia… Entonces lo recordaba todo, de repente. Pero no lo sucedido durante ese margen de tiempo anterior…

—Ya —Talbot le miró, sin comprender del todo. Pero dándose cuenta de que aquel infeliz no podía ya aclararle nada más. Respiró hondo, encaminándose a la salida—. Bien gracias por todo, señor Carruthers. Veremos si lo que ha dicho nos es útil de alguna manera. Buenas tardes…

El vidente, sentado ante su chimenea, abstraído, ni siquiera se dignó devolverle las palabras de despedida. Parecía muy lejos, muy ausente de allí en esos momentos.

* * *

Martin Talbot paseó por la cuadrada plaza del Soho, con su iglesia alzándose entre las calles Dean y Soho. No habla nada de particular en aquel pasaje, pensó el americano, bordeando el rectángulo de césped de su centro, en un lento paseo. Aparte de la iglesia, un hospital, un *pub*, una vieja tienda de taxidermia, de polvorientos escaparates, unas cuantas viviendas particulares, una barbería y un negocio de peletería con aspecto poco floreciente a juzgar por los ejemplares que lucían en sus vidrieras mal cuidadas.

Allí había recobrado la consciencia de sus actos, varias veces, el hombre que informaba a Scotland Yard de sus visiones premonitorias, y que había llegado a estar acusado de asesinato en las celdas de la policía londinense, para ser librado después sin cargos.

El lugar no ofrecía ninguna sugerencia especial. Talbot meneó la cabeza con desaliento y se alejó de allí, tras hacer un retrato mental de todo cuanto le rodeaba. Ahora tenía que ir a otro sitio muy distinto, en el lujoso Mayfair. Y hacia allí encaminó sus pasos en una tarde ligeramente soleada y tibia, en la que parecía imposible que durante la noche todos aquellos lugares pudieran convertirse en sitios de pesadilla.

Cuando le abrió la puerta la servidumbre de la mansión de los Everett, lady Anne no lloraba, como en ella era desgraciadamente habitual en los últimos tiempos, pero su rostro revelaba la angustia y los sufrimientos que debía de estar viviendo últimamente. Pese a que mantenía su arrogancia y majestuoso porte de gran dama, la faz mostraba una palidez marmórea, y los ojos aparecían enrojecidos y con unas profundas sombras en derredor.

—Lamento no conocerle de nada, señor Brown… —comentó ella, expectante, mirándole con curiosidad.

—Mi nombre es Milton Brown, de la agencia de investigaciones Brown & Brown, señora —volvió a mentir con perfecto cinismo el joven marinero, pronunciando su inglés del modo más suave posible.

—¿Un detective privado? —desconfió ella.

—Algo así, señora. Pero nadie que pueda causar daño a usted o a su familia. Por el contrario, mi deseo es poderles ayudar lo más posible en este trance.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —puso en duda ella, cada vez más recelosa.

—Verá, señora. Le seré sincero. Últimamente, la señora Talbot, que fue amiga casual de su, hijo, estaba algo preocupada por su seguridad personal y nos había contratado para protegerla —siguió Talbot con su sarta de mentiras bien calculadas.

—¿Cómo? ¿Se refiere a aquella joven corista…, la que fue asesinada?

—Así es, señora. Por ella supimos que confiaba ciegamente en su hijo, al que ella llamaba afectuosamente Archie. En cambio, no confiaba demasiado en otras personas, por eso nos contrató, aunque desgraciadamente nada pudimos hacer por salvarla.

—Prosiga —ahora el interés de la dama era evidente—. ¿Qué desea de mí, señor

Brown?

—Ayuda, señora. Simple ayuda para encontrar al asesino de la señora Talbot y librar de toda sombra de sospecha a su hijo.

—Dios mío, si eso fuera cierto… —tembló ella—. Pero ¿y mi esposo?

—Dudamos mucho de que el señor Everett tenga culpa alguna. Sufrió un trastorno transitorio, eso es todo. No podía ser el decapitador. Nadie decapita con un estoque.

—Quisiera creerle. Pero ausente mi hijo y mi esposo esa horrible última noche…

—¿Ha vuelto alguno de ellos?

—Archie…, mi hijo —señaló arriba con la cabeza—. Fue hallado deambulando por ahí. Está desesperado. Sabe cuál es su mal, y no desea sufrir tanto. Quería matarse, eso ha jurado. Pero no tuvo valor.

—Matarse… Entiendo. ¿Y su esposo?

—La policía sigue buscándolo. Temo lo peor… Dios mío, pensar que durante tantos años pudo engañarme, que no era tan honesto ni severo como decía…

—Ahora lo está pagando caro, pero sería injusto que por eso sólo un hombre fuese a la horca, señora. El asesino ha de ser otro, no un Everett… ¿Recuerda si ellos dos tenían una sólida coartada para alguna de las noches en que murieron las mujeres decapitadas? Eso sería importante para probar que no fueron ellos. El asesino es siempre el mismo. Por tanto, quien tiene coartada para una sola noche, la tiene para todas en realidad. Trate de recordar, señora Everett…

—Ya lo intento. Espere… —los ojos de ella brillaron—. Sí, ya recuerdo algo… Mi marido… No se movió de casa en dos de esas horribles noches: cuando mataron a la señora Talbot, precisamente. Ni tampoco cuando murió aquella pobre ramera, Daisy Wingate. Por entonces, estábamos los tres en Manchester, lo recuerdo muy bien. También creo que mi hijo estaba en casa, sin moverse, cuando mataron a Sue Malcolm, la enfermera…

—Gracias, señora ha sido muy amable —suspiró Talbot, cortés—. Es posible que eso sirva para probar que ninguno de los Everett fue jamás un asesino. Tenga confianza.

Y abandonó la casa, dirigiéndose a su última visita: Roger Hartman, empresario del teatro Variety.

* * *

—Vaya, ha progresado usted mucho en Inglaterra. Casi parece un caballero…

Había una hiriente soma en el tono de Roger Hartman, indolentemente erguido ante su visitante, enfundado en una bata de seda azul, y saboreando con displicencia una taza de té en su despacho particular del teatro Variety.

—Lo soy, señor Hartman —respondió fríamente Martin—. Yo, cuando menos, no persigo a las mujeres con frases obscenas ni abuso de ellas mediante mi influencia

personal, amedrentándolas.

El gesto del empresario se endureció. Le miró fijamente, dejando su taza.

—¿Qué ha dicho? —silabeó—. Si viene a insultarme, le advierto que puedo avisar a la policía y obligarle a…

—Usted no avisará a nadie, señor Hartman —cortó Martin tajante—. ¿O quiere que ellos se metan más a fondo en su vida y empiecen a descubrir basura en ella?

—No me amenace, yanqui. Puedo hacerle mucho daño a usted… y a su amiguita.

—Vaya, ya salió eso, ¿eh? —rió duramente Talbot—. ¿Qué dirá si yo le confieso que poseo una carta de mi difunta cuñada en la que le acusa a usted de varias cosas feas, y además había de su afición a mostrarse cruel y sádico con las mujeres?

—¡Miente! ¡Ella no pudo escribir eso! —bramó Hartman, palideciendo.

—Pues lo escribió. Y puede perjudicarle mucho, si unimos a ese hecho la circunstancia de que una de sus coristas, precisamente ella, fue asesinada cerca del teatro, y que la última victima del morboso criminal ha caído justamente al lado de su domicilio, señor Hartman.

—Yo no tengo nada que ver en todo eso, no soy un asesino —jadeó el empresario teatral, algo más calmado—. ¿Qué ha venido a buscar? ¿Qué pretende de mi, Talbot? ¿Chantajearme con esa carta?

—Podría hacerlo, pero no es mi estilo. Prefiero pensar que usted no mató a ninguna de las chicas, por muy pervertido sexual que sea.

—Le juro que así es. Ponga un precio y le compraré esa carta. No me conviene verme en problemas con la policía.

—¿Por qué motivo? Parece usted preocupado, casi asustado, por la posibilidad de que yo haga pública esa misiva de mi difunta cuñada.

—Tengo motivos para ello —murmuró, dejándose caer en una butaca, con mucha menos arrogancia que cuando llegara Talbot allí poco antes—. Existe un viejo asunto, con una mujer… Yo estaba ebrio en esa ocasión. Y ella me había engañado con otro. La pasión y la ira me cegaron. La golpeé sin piedad, brutalmente… Fue al hospital muy malherida. Me detuvieron por eso, pero ella retiró los cargos para no hundirme. Pero el policía que me arrestó entonces, dijo que recordaría esos hechos toda su vida y, a la menor oportunidad que se le presentara, me haría pagar por aquello. Ese policía es hoy superintendente de Scotland Yard. Ha ido a veces al teatro y he visto en sus ojos que no ha perdonado ni olvidado. Si una cosa así saliera a la luz, caería sobre mí como un buitre, estoy seguro. Me serla muy difícil probar mi inocencia. Yo siempre ando por ahí de noche, muchas mujeres me han tomado animosidad por mi carácter, no soy muy apreciado, lo confieso… Oh, Dios, Talbot, dígame cuánto quiere por esa carta…

Martin se encaminó a la salida sin responder. Llegó a ella. Se volvió y le miró con una mezcla de desprecio y de lástima.

—Nada —dijo fríamente—. No quiero un solo chelín por ella. Pero la guardo. La guardaré siempre. Y si descubro que usted tuvo algo que ver en la muerte de Maggie,

la entregaré a la policía, no lo dude ni un momento. Yo que usted haría examen de conciencia, si la tuviera… y no volvería a molestar soezmente a las mujeres, por baja que sea su condición. No las torturaría ni ofendería. Procuraría ser más limpio, menos obsceno y sucio de lo que usted es, Hartman…

Cerró la puerta tras de sí, casi con suavidad. Abandonó el teatro, vacío en estos momentos, aún con sus puertas cerradas al público.

Había terminado sus entrevistas por aquel día. Y seguía como al principio. No había logrado despejar ninguna incógnita. Y, sin embargo, estaba seguro de que algo se le había pasado por alto durante sus pesquisas, que un detalle acaso de insignificante apariencia, se había deslizado en aquellos encuentros suyos, sin prestarle la debida atención.

Con esa incómoda sensación dentro de sí, se alejó del Variety mientras comenzaba a declinar la tarde y la luz del día se iba tornando azulada. Un aire frío y húmedo venía del Támesis, trayendo jirones de neblina que presagiaban una noche de densa bruma, como tantas otras. Martin Talbot se dijo que esa noche deambularía por el Soho como un noctámbulo más, en busca de algún nuevo indicio.

Esa noche, y otras muchas noches. Algo le decía interiormente que el asesino volvería a golpear en cualquier momento y era preciso estar alerta. Tal vez por ello entró poco después en una armería y adquirió un revólver y municiones. Se sintió más tranquilo al acariciar, dentro del bolsillo de su macferlan, la fría superficie del arma.

Sin embargo, Martin Talbot tuvo que pasar varias noches por el Soho sin que sucediera nada anormal, fundido en la niebla y mezclado entre la gente recelosa y amedrentada de las noches de Londres, al acecho de un posible error del misterioso y sanguinario asesino.

La gente no receló de él por su aspecto, imaginando que era un caballero inglés buscando aventura fácil entre las mujerzuelas del Soho. Muchas noches recogió y acompañó a Molly hasta su domicilio. Nada sucedía en el barrio al parecer. Todo estaba tranquilo, en perfecta calma, sólo alterada por el paso de carruajes policiales y agentes por parejas, que vigilaban constantemente las calles menos frecuentadas, para impedir cualquier nuevo suceso.

Sin embargo, una noche, a la semana siguiente, de nuevo la muerte visitó aquellos callejones de modo imprevisible, porque en esta ocasión la técnica del criminal sufrió una alteración importante e inesperada…

* * *

La joven descendió del tren en la estación Victoria, sintiéndose realmente agotada. Miró en derredor, esperando ver a alguien.

No fue así. Por un momento, pareció profundamente decepcionada. Volvió a escudriñar los rostros de quienes aguardaban el tren de Dover, con impaciencia, entre

los jirones de humo de las locomotoras, pero el resultado fue igualmente negativo.

Con un suspiro de resignación, la muchacha tomó su única maleta y se encaminó por el andén, hacia el pórtico que daba salida a la calle. Era muy joven y muy atractiva. No tendría más de dieciocho años y vestía con sencillez casi infantil. Su bonito rostro mostraba la perplejidad y desconcierto de quien lleva tiempo fuera de un lugar o lo visita por primera vez en su vida. Cabellos rojos en bucles caían bajo su pamela color azul suave, como su vestido bajo la capa azul marino.

Llegó fuera de la estación. Era noche cerrada en Londres, había muchos viajeros y muy pocos carruajes de punto por alquilar. Se detuvo en la acera, con un suspiro más de cansancio y desencanto, dejando la maleta en el suelo. La niebla era enormemente densa esta noche, y hacía frío y humedad en la ciudad británica. La joven se arrebujó en su capa, estremeciéndose.

—¿Coche, señorita?

Sintió alivio al ver pararse ante ella un carruaje oscuro. Desde el pescante, un hombre enfundado en un grueso gabán, sombrero de copa alta y bufanda rodeando parte de su rostro para protegerlo del frío, sostenía las riendas de los caballos, y se inclinaba hacia ella, solícito.

La joven miró atrás, donde aún aguardaban bastantes viajeros, con niños y equipajes abultados. El cochero pareció entender la expresión de sus ojos.

—Oh, no se preocupe por ellos. Vendrán más coches en seguida. Una joven como usted no conviene que ande sola por las calles de Londres. No es una ciudad segura en estos días, se lo garantizo.

—Es muy amable, gracias —aceptó ella de buen grado, abriendo la portezuela—. Acabo de llegar y no conozco bien esto. Desde muy niña, no he estado en Londres.

Subió su maleta, cerró la portezuela y dio una dirección. El cochero asintió, poniendo eh marcha el carruaje, que rodó por el empedrado, alejándose de las luces de la estación Victoria, que quedó atrás en la profunda y tétrica niebla.

Muchas guirnaldas con la bandera británica y grandes retratos de la reina Victoria engalanaban la calle, mientras la joven miraba por la ventanilla, llena de curiosidad. El cochero la informó desde su pescante:

—Es el jubileo, señorita.

—¿El jubileo? Oh, entiendo. La reina cumple años en el trono, ¿no?

—Nada menos que sesenta años como reina de Inglaterra y emperatriz de la India. Jubileo de diamantes le llaman. Es todo un acontecimiento. Los festejos ya están en marcha: desfiles, bailes, carrozas, conmemoraciones, inauguraciones… Se supone en buena lógica que será la última vez que nuestra anciana reina celebre algo así, aunque con ella nunca se sabe. Y se quiere hacer a lo grande.

—Sí, comprendo —asintió la muchacha, metiéndose de nuevo en el carruaje y dejándose conducir por aquella ciudad que apenas si le era posible ver a través de tan espesa niebla. Tan sólo alguna que otra luz de alumbrado era visible por las ventanillas, desfilando borrosa en medio de aquella gris sinfonía humeante. El aire

olía mal y la hizo toser.

Rodaron durante buen rato. La joven se dijo que su destino debía de hallarse más lejos de lo que pensara inicialmente, aunque era probable que la niebla dificultara el trayecto, prolongándolo más de lo debido.

Iba a preguntar al cochero si aún faltaba mucho, cuando notó que el carruaje se detenía, y asomó de nuevo la cabeza, tratando de ver algo en el exterior. No le fue posible, pero a través de la impenetrable bruma le llegó el halo de una lucecita distante, una farola sin duda, y la sombra de un individuo que pasaba no lejos del vehículo, tanteando el suelo con un bastón. Su modo de andar denotaba que era un ciego.

El aire olía allí pésimamente, como si hubiese basuras cerca. También flotaba un indefinible hedor a algo agrio, acaso cerveza o sudor humano. Ciertamente, no era la clase de olores que había esperado encontrar en aquel barrio de Londres adonde se dirigía.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó al cochero, haciendo un gesto de asco ante los desagradables olores de aquel lugar.

—Ya, señorita —dijo una voz junto a la portezuela, cuando ésta se abría—. Déjeme que yo la ayude a bajar el equipaje. Noté que era muy pesado para usted…

Ella, gratamente sorprendida, vio aparecer al hombre de la bufanda al cuello, inclinándose dentro del vehículo para tomar la maleta. Pareció encontrar dificultad en ello, y subió al estribo, pasando luego dentro del carruaje.

Por un momento, todo eso le pareció normal y hasta de agradecer en aquel desconocido cochero. Pero de súbito, su instinto la avisó de que algo iba mal. Alzó los ojos hacia la figura encorvada del postillón, que le cubría toda la visual dentro del carruaje.

Lanzó un grito de profundo horror cuando descubrió en sus manos enguantadas el hacha afilada, no muy grande, pero de cuadrangular hoja de acero destellando a los resplandores lejanos de la farola perdida en la niebla.

Su grito se ahogó en sangre.

Un hachazo brutal, feroz, rebañó su cuello de oreja a oreja, dejando su bonita y juvenil cabeza pelirroja colgando a medias hacia atrás, mientras una vaharada espantosa de sangre ahogaba en un estertor apagado su grito inicial. Hizo falta un segundo hachazo para que la cabeza, separada totalmente del tronco, rodara sobre el asiento, junto al cuerpo sacudido por aterradores espasmos de agonía. Las manos enguantadas, el gabán e incluso la bufanda del cochero, se cubrieron de salpicaduras rojas, lo mismo que el techo, paredes y ventanillas y suelo del vehículo. En el asiento, como un espectáculo de pesadilla, el rostro femenino se convulsionaba y los ojos parpadeaban alocados, en aquella cabeza separada del tronco.

El asesino contempló con ojos dilatados y vidriosos el espantoso espectáculo, y retrocedió con un jadeo. El hacha cayó de sus manos, goteando escarlata espeso sobre la alfombra del carruaje.

Cerró la portezuela, porque aún tenía algo que hacer en el escenario de su crimen. Fuera, en la niebla pastosa que se apelmazaba en torno al vehículo de la muerte, escasos transeúntes pasaban de largo, sin sospechar que tenían tan cerca de ellos al monstruo decapitador de mujeres y a la última de sus víctimas.

CAPÍTULO V

Martin Talbot respiró hondo y sepultó las manos en los bolsillos de su macferlan negro. Mitad por frió, mitad por precaución.

Se alejó del edificio donde se alojaba Molly Heywood. Ya estaba tranquilo por ese lado. Ella se encontraba a salvo dentro de la casa, en su dormitorio, una noche más. Él se dispuso a regresar a su propia vivienda, situada también en el Soho. Pocas noches habían sufrido de una niebla tan densa como aquélla. No se veía ni un alma por las calles del distrito, a pesar de que hacía varios días que no se oía de nuevo los sangrientos sucesos.

Avanzó decidido por la acera, aunque escudriñando en derredor suyo la más leve señal sospechosa. Se tropezó con tres o cuatro valerosas mujeres que, pese a todo, seguían aguardando a pie firme la llegada providencial de un cliente. Si él hubiera sido el decapitador, cualquiera de ellas hubiese resultado una víctima demasiado fácil.

Talbot pensó que eso era lo malo de aquellas pobres mujeres. Eran fácil presa para un criminal como el que ahora asolaba aquella zona de Londres. Por mucho que fuese el terror que reinara en sus calles, ellas tenían que trabajar en su viejo oficio, corriendo un riesgo constante, si bien el asesino no parecía particularmente inclinado a ensañarse sólo con mujerzuelas, sino con cualquier mujer que deambulara sola en plena noche.

Llegó cerca del Variety. Se detuvo, arrugando el ceño. Una figura alta, envuelta en una capa o macferlan, aparecía nítidamente dibujada en el gris de la niebla, bajo la farola de la esquina del callejón que conducía a la entrada de artistas.

Parecía aguardar algo allí, no se sabía el qué. Su perfil era el de cualquier caballero londinense. Él mismo, pensó el joven americano, proyectaba una sombra parecida en los muros húmedos y mugrientos, como había podido observar repetidas veces.

Cautelosamente, siguió andando sin producir el menor ruido con sus pisadas. Muy despacio, se aproximó a aquella esquina. Observó algo peculiar. El hombre retrocedía, tras contemplar algo que debía de haber en el callejón lateral del teatro. Como si hubiera completado una determinada tarea y estuviera comprobando sus resultados.

Por fortuna, se había comprado un calzado con suela de goma. Había previsto ya entonces que podía precisar de unos andares cautos, sigilosos, en cualquier momento de su temerario empeño por dar con el exterminador de mujeres.

Llegó justo a espaldas del otro. Apretó la culata de su revólver. Comenzó a extraerlo lentamente.

En ese instante, el otro hombre intuyó algo. Se volvió sobre sus talones con rapidez. Por un momento, los ojos de Martin Talbot y los del desconocido, sumidos en la niebla, se cruzaron. Debajo, una bufanda ensangrentada ocultaba el resto de las

facciones a la mirada del americano.

—¡Levante sus brazos, pronto, o disparo! —rugió Martin con voz áspera.

Pero era algo tardía su reacción, a causa de la imprevista maniobra del desconocido, al volverse. Fugazmente, Talbot descubrió con horror que una afilada hacha silbaba en el aire, dirigiéndose hacia su brazo armado.

La intención del desconocido era clara: ¡cortarle el brazo de cuajo!

Saltó atrás, muy a tiempo, apretando el gatillo. El arma disparó. El estampido de la misma atronó el aire. El hombre de la bufanda sangrante lanzó un rugido de ira y le tiró ahora el arma con fuerza al rostro.

Talbot se apartó cuanto pudo, evitando el temible filo de acero, pero no pudo impedir que el mango martilleara su sien con violencia. Todo dio vueltas en torno suyo, se fue dando trompicones hacia atrás, aturdido, mientras la sombra fugaz del agresor se fundía en la bruma, corriendo vertiginosamente, aunque con un leve renqueo en una de sus piernas, que hizo pensar de forma borrosa a Talbot que había logrado alcanzar con su bala al adversario.

De todos modos, el individuo se perdió en la noche, y él se desplomó de bruces en el empedrado, no lejos del hacha bañada en sangre, perdiendo el conocimiento pese a sus titánicos esfuerzos por mantenerse consciente.

* * *

—Bueno, ¿y esta vez qué pasó, Talbot?

No era un despertar agradable encontrarse con la áspera voz del inspector Evans interpelándole a uno. Martin abrió los ojos, sintiendo un terrible dolor en su cabeza y unas fuertes palpitaciones en su sien izquierda. Lanzó un gemido y se incorporó en cuanto le fue posible.

Todo giró a su alrededor y sintió náuseas. Se dominó, advirtiendo que aún yacía en plena calle, y que le rodeaban muchos agentes de policía, curiosos, luces bailoteando en la niebla, y el inspector Evans, en compañía del sargento Roberts, estudiándole ceñudo, con una rodilla en tierra.

—Dios, mi cabeza… —jadeó Talbot, aturdido, llevándose ambas manos a sus sienes.

—La tiene bastante dura, no tema —rezongó el policía—. Debieron pegarle fuerte, porque tiene un hematoma y un corte muy respetable en la sien izquierda. ¿Con qué le dieron, si es que lo sabe?

Con cierta dificultad, Talbot recordó los hechos. Se irguió, sobresaltado.

—¡El hacha! —masculló—. Un hacha, inspector… Un hacha llena de sangre…

—¿Le pegaron con eso? Pues tuvo suerte. Si le alcanza el filo, le mata en el acto. Está ahí —señaló un envoltorio en trapos oscuros, sobre la acera—. ¿Quién era?

—No sé. Vestía macferlan negro, como yo. Sombrero alto, iba enguantado… Ah, y una bufanda le cubría el rostro. Una bufanda con sangre…

—Sí, hay mucha sangre por todas partes, Talbot —admitió sombrío el policía, señalando ahora al callejón—. Y otro cadáver.

—Oh, cielos, no…

—Así es. Otra mujer, amigo mío. Identificación no conseguida aún. Pero debía de ser muy joven. Una adolescente diría yo. Cuando llegue el doctor, espero que nos pueda decir algo más. El crimen ha sido más tosco que otras veces. Debió necesitar varios golpes de hacha. Tiene la garganta y nuca desgarradas.

—¿Y la cabeza…?

—Como siempre. Sin aparecer —suspiró Evans, meneando la cabeza. Miró a Talbot—. ¿Sabe una cosa? Esta vez sería usted el sospechoso ideal: manchas de sangre en sus ropas, el hacha homicida a su lado… el cadáver a menos de cincuenta yardas de usted…

—¿Por qué no lo soy, entonces?

—Porque apareció una jamaicana llamada Rita en Dover —resopló Evans—. Recuerda muy bien al marino americano con quien pasó la noche. Martin Talbot, del *Aquitania*. Debió quedar usted muy bien con ella. Aún se le ponen los ojos en blanco cuando le recuerda.

—Al diablo con eso, inspector. Venía de dejar a Molly Heywood en su casa —explicó Talbot, incorporándose y apoyándose en el muro—. Vi una figura ante ese callejón, y me acerqué con cautela. Le encañoné, amenazándole. Pero es muy rápido ese diablo. Me atacó y disparé.

—¿De modo que el disparo fue obra suya?

—Sí, inspector. No sé si le alcancé. Escapó, pero juraría que cojeaba ligeramente. Me arrojó el hacha antes de huir y me golpeó con el mango. No sé más…

—Le creo. Ya le dije que no es usted un sospechoso… —se volvió al oír un carruaje—. Aquí tenemos al forense ya…

El doctor Young no venía de muy buen humor. Bajó del carruaje gruñendo entre dientes y avanzando pesadamente hacia los policías, con su inseparable maletín.

—¿Otra vez, inspector? —gruñó.

—Otra vez, doctor —corroboró éste—. Igual que siempre…

—Maldita sea… ¿Dónde?

—Allí, en el callejón. Dígame si nota algo distinto a los anteriores crímenes. Puede ser importante, doctor.

Young asintió, metiéndose en la niebla con cara de pocos amigos. Evans sonrió, mirando su reloj de bolsillo con gesto comprensivo.

—Esta vez nuestro asesino se retrasó un poco. Son casi las dos. Su disparo sonó a la una y media o cosa así, Talbot. Hay que suponer que haría poco del crimen. Por cierto, juraría que se cometió en otro lugar, no en ese callejón.

—¿Qué? —se sorprendió Talbot—. ¿Por qué dice eso?

—La sangre. Hay mucha ahí, pero no demasiada. Sospecho que mataron a la chica en otro lugar y la trajeron aquí… Eso tampoco sucedió las otras veces.

—¿Por qué lo haría?

—No lo sé. Hay suficientes mujeres en el Soho como para elegir víctima, sin necesidad de ir a buscarla fuera —hizo notar gravemente el policía, paseando ceñudo por la calle acordonada por sus hombres.

El doctor Young no tardó en regresar. Venía con gesto ensombrecido. Meneó la cabeza de un lado a otro, dubitativo.

—Sí, hay diferencias, inspector —hizo notar—. Esa muchacha fue decapitada con cierta tosquedad. Creo que hubo dos o tres golpes de hacha para hacerlo.

—¿De hacha?

—Sí. Los cortes parecen indicar un arma semejante.

—¿Y en los anteriores crímenes?

—No. Si los cometió con un hacha, la utilizó más hábilmente.

—Siga, doctor.

—Poca cosa más. Llevará muerta entre una y dos horas, acaso un poco más. Es muy joven, una adolescente. ¿Qué podía hacer aquí a tales horas?

—Doctor, ¿ha notado algo respecto a la sangre de la víctima?

—Tal vez sí. No sangró demasiado. A menos…

—A menos… ¿qué, doctor?

—A menos que fuese muerta en otro lugar y trasladada luego a ese callejón.

—Opinamos igual, gracias. ¿Algún otro indicio por el momento?

—Ninguno. La autopsia quizás nos diga algo más, aunque lo dudo —resopló Young—. A este paso, tendré que pedir un aumento de sueldo al municipio de Londres, inspector.

—Hará bien. Yo estoy estudiando también esa cuestión. Perdone por la molestia, y buenas noches.

—Buenas noches —suspiró Young, volviendo al carruaje—. Ojalá sea la última…

Se alejó a buen trote de los caballos. Talbot y Evans se quedaron pensativos. El joven americano se acercó al callejón. Pidió a un agente contemplar el cadáver. A la luz de una lámpara, lo hizo. Se estremeció.

—Pobre chica… —susurró, incorporándose.

—Sí, es una lástima —corroboró el policía, que se había puesto a su lado—. ¿Qué le dice ese cadáver, Talbot?

—Que usted y el doctor tienen razón. Quizás diecisiete o dieciocho años como máximo… ¿Nada que la identifique?

—Nada. Ni bolso, ni etiquetas en sus ropas…

—¿Se ha fijado en esas ropas, inspector? —preguntó Talbot de pronto.

—No. ¿Qué ocurre con ellas? —se interesó el policía.

—Parece un uniforme —apuntó Talbot—. Un uniforme de internada o cosa así.

—Un colegio… —se sobresaltó el inspector.

—Así es. Curioso, ¿no? Desde un colegio… a un callejón en plena madrugada, en un distrito poco recomendable… Un trayecto impensado para una jovencita.

—¿Qué piensa, Talbot?

—No lo sé. Es sólo un detalle y… —Talbot miró los botines de la muchacha muerta. Negros y grises, en charol, abotonados. Tragó saliva. Pidió al inspector—: ¿Puedo… descalzar un pie de esa infortunada, inspector?

—¿Descalzarla? —se asombró Evans—. Claro. ¿Por qué no? ¿Existe algún motivo?

—Quizás. Quiero comprobar algo, inspector…

—Bien, adelante.

Martin se arrodilló. Con sumo cuidado, manejando aquel piececito inerte con el mayor respeto, procedió a desabrochar uno a uno los botones del zapato. Al fin, cuidadoso, casi tierno, descalzó el suave pie. Mantuvo el botín en su mano y lo acercó a la luz de una lámpara. Murmuró algo entre dientes. Luego lo tendió al inspector.

—Vea eso —rogó—. Es justamente lo que había sospechado…

El inspector, perplejo, examinó el interior del zapato. En el mismo, justo a la altura del talón de la víctima, aparecía una pequeña etiqueta adherida. La leyó:

Duprez. París.

—¡Parts! —exclamó Evans—. Un zapato francés…

—Lo imaginé en seguida. He viajado mucho, inspector. Ese calzado era distinto al que he visto en las chicas inglesas. Más fino, más delicado. Igual que los que había visto en Francia…

—Una francesa… —reflexionó Evans, mirando el cadáver descabezado.

—O, cuando menos, alguien que vino de Francia recientemente. Ese botín es nuevo, ¿lo ha notado?

—Le felicito, Talbot. Realmente, vale usted para policía —se admiró Evans.

—Gracias —sonrió amargamente el americano—. Dígame, ¿esta noche no hubo misiva premonitoria de Carruthers?

—No. No hemos recibido nada, cuando menos…

—Ya —y Talbot no dijo más, sumiéndose en profundas reflexiones.

* * *

Estaba cercano el amanecer. Pero la bruma seguía siendo impenetrable y el aire tenía una mezcla de olores sulfurosos y de hollín, realmente irrespirable.

Soho Square se mantenía silenciosa, recoleta, sin una sola alma viviente que cruzase su perfecto recuadro. La niebla aún parecía espesarse más sobre la hierba y arbustos de su centro y en la torre de la iglesia.

Martin Talbot se despegó del muro que le protegía en las sombras, no lejos de una farola cuya claridad caía débilmente encima de uno de los establecimientos de la recoleta plaza: el negocio de taxidermista situado no lejos del templo.

Talbot se acercó a los polvorientos escaparates. Examinó críticamente los

pajarracos y gatos disecados que salpicaban el lugar, como siniestras figuras petrificadas por algún hechizo maligno.

A juzgar por el polvo acumulado en los animales allí embalsamados, así como por la capa de suciedad en las vidrieras, el lugar parecía deshabitado desde tiempo atrás. Cuando se acercó a la puerta, pudo leer en un papel a ella adherido, algo que a distancia era imposible apreciar, porque estaba medio borrado por efectos de la intemperie.

No era ningún horario de apertura o cierre del negocio. Decía simplemente:

Cerrado por traspaso del negocio.

Los ojos de Talbot brillaron. Por el momento, muchas cosas iban confirmándose en su mente. Ojalá, pensó, que todo fuese igualmente atinado y encajasen pieza a pieza en el rompecabezas que llevaba en su cerebro.

Probó la puerta. Como imaginaba, estaba herméticamente cerrada y bien atrancados los postigos de recia madera. Optó por rodear el edificio. En una calleja encontró lo que buscaba: dos ventanucos polvorientos, uno de ellos sin postigos. Se envolvió la mano en su macferlan y pegó un seco puñetazo al vidrio, haciéndolo pedazos. Pasó luego la mano por el hueco, hallando la falleba. La giró. Chirrió la madera humedecida, y aulló el hierro oxidado de las bisagras.

Pero la puerta cedió. Pudo pasar su cuerpo por ella sin muchas dificultades, pese a ser una ventana bastante angosta. Pisó los vidrios que alfombraban el suelo, en una habitación sombría, húmeda, con olor a moho. Prendió un fósforo, moviéndose por la estancia, que resultó ser una especie de almacén para diversos animales disecados, desde una lechuza de mirada desagradablemente fija y vidriosa, hasta un zorro de hermosa cola y puntiagudo hocico, apoyado en un tronco de árbol.

El olor a moho se mezcló con un aroma indefinible, a sustancias balsámicas, al abrir la puerta del fondo y asomar a otra estancia, donde se veía una larga mesa con materiales para disecar, así como estanterías con frascos e instrumental de taxidermia.

El lugar resultaba opresivo, pero Talbot había venido dispuesto a llegar hasta el fin, fuese cual fuese la atmósfera en que tuviera que moverse. Sobre aquella mesa había un perro desventrado, que parecía estar esperando la labor de taxidermia del dueño de aquel lugar, totalmente seco y a la espera de su relleno y retoques finales. Pasó una mano sobre la piel del animal. Al retirarla, estaba cubierta de polvo.

Clavó sus ojos en un armario cerrado, situado en un rincón. Se acercó a él lentamente, encendiendo otro fósforo. Probó su pomo, sin poderlo abrir. Resuelto, se dispuso a hacerlo violentamente con algún objeto metálico.

Justo en ese momento, se oyó el chirrido de una llave, girando en una cerradura, en alguna parte de la casa. Talbot se puso rígido, apagando la cerilla con presteza. Escuchó en la oscuridad.

Sus cabellos se erizaron. Sonó una puerta. Unas pisadas se acercaron al lugar donde él estaba…

No había muchos lugares donde ocultarse. Sólo una cortina próxima al armario,

que cubría a medias una ventana atrancada. Se metió tras ella, pegándose al muro cuanto pudo.

Ya era tiempo. La puerta del taller de taxidermia se abrió. Una silueta humana se recortó, al resplandor difuso de un fósforo. Esa llama se aproximó a algo. Lució un quinqué de petróleo, que invadió de claridad amarillenta la siniestra cámara.

Talbot, conteniendo el aliento, oteó por la rendija de la cortina. Vió al hombre de espaldas a él. Alto, cubierto por un macferlan negro, sombrero alto de peluche, manos enguantadas. No podía ver su rostro. Pero había algo familiar en aquella figura. Estaba seguro de que no era la primera vez que veía a aquel hombre.

El individuo siguió dándole la espalda cuando caminó por la estancia, como si lo revisara todo atentamente. Destapó dos frascos y olfateó su contenido, murmurando algo entre dientes.

Después, fue hacia la cortina. Talbot se envaró. Su mano apretó el revólver con fuerza, dispuesto a todo. La luz del quinqué daba ahora en las espaldas del desconocido. Ese contraluz impedía que pudiera ver su rostro. Le vio avanzar hacia él…

No llegó a la cortina. Se detuvo ante el armario. Lo miró.

Sacó de un bolsillo de su levita una pequeña llave. La metió en la cerradura del armario. Hizo girar la llave en la misma. Martin apretó los labios. Algo le decía que estaba a punto de enfrentarse a la verdad, cruda y desnuda. Que algo revelador iba a surgir ante él.

El misterioso visitante del negocio abandonado, tiró del pomo. El armario se abrió…

La luz del quinqué penetró en él, revelando su contenido a ojos de Martin Talbot.

El impacto visual y emocional fue tan temible, que incluso un hombre como él habituado a fuertes emociones, perdió el control de sí mismo.

No pudo evitarlo. Un grito ronco de horror escapó de su garganta.

El hombre se revolvió, rápido, extrayendo del armario con celeridad un arma terrorífica. Una ancha espada de corta hoja curva pero de un doble filo terrible, donde destelló siniestramente la luz amarilla. Era un alfanje indio.

Con un rugido sordo de rabia y de odio, el desconocido avanzó hacia la cortina, enarbolando aquella espada formidable con suma facilidad. El aire silbó, al cortarlo el acero en un giro parabólico.

Pero los ojos de Talbot, aun en ese trance, enfrentado al fin al asesino del Soho, no podían separarse de aquel horrendo armario donde se alineaban, colgando de sus cabellos, como trofeos alucinantes de un cazador demencial, hasta *cuatro cabezas de mujer, disecadas…* una de las cuales era, precisamente, la de Maggie Talbot, su cuñada…

CAPÍTULO VI

El inspector Evans miró fijamente al hombre erguido ante su mesa, en el despacho de Scotland Yard.

—¿Está seguro de eso, amigo? —preguntó severamente.

—Del todo, señor —afirmó el hombre de lacios bigotes rojizos y guardapolvo ajado, dando vueltas a su gorra entre ambas manos—. Lo vi con mis propios ojos.

—¿Reconoció al cochero que conducía aquel carruaje?

—No, señor. No podría identificarle en modo alguno. Había mucha niebla, y además llevaba una ancha bufanda cubriendo su rostro casi totalmente… Pero aunque había una larga cola de viajeros esperando coche de punto, se detuvo delante de la muchacha y la aceptó como viajera, sin que tuviera que esperar turno. Ella parecía muy desorientada, como todas las provincianas…

—Entiendo, amigo. ¿Dice que ella era…?

—Pelirroja. Muy modosita. Parecía una colegiala. Llevaba pamela azul, lo recuerdo bien —sonrió, justificándose—. Ya sabe, señor, los que cargamos equipajes en la estación estamos habituados a ser buenos fisonomistas y fijarnos en la gente…

—Sí, claro, ya sé. ¿Entonces bajó de ese tren?

—Tuvo que hacerlo, señor. Llevaba su maleta y venía mezclada con los demás viajeros del tren de Dover, el último del día que enlaza con el barco del canal. El tren había traído algún retraso, como en él es costumbre. Yo diría que eran sobre las diez o diez y cuarto de la noche, pero eso se lo dirán mejor en la estación Victoria…

—¿Iba sola, dice usted?

—Completamente sola. Yo me ofrecí a llevar su maleta, pero ni me oyó. Ya le digo, la típica provinciana que se aturde en Londres.

—Sin embargo, tenemos motivos para pensar que ella venía de París… Y aquello no es precisamente un pueblo…

—Pues no lo parecía, la verdad, inspector. Se la veía tan…, tan desorientada, tan torpe, moviéndose entre aquella gente…

—¿Cree que una persona que llevase años en un sitio cerrado, un internado o un sitio así, pongamos por caso, mostraría esa misma torpeza al pisar Londres?

—Por supuesto, señor. Se la veía desplazada, ésa es la palabra justa.

—Gracias, amigo. Le llamaré si encuentro un retrato de ella o cualquier otra cosa que permitiera identificarla. ¿Cree que lo conseguiría usted en ese caso?

—Sin lugar a dudas, señor. Así como al cochero no me sería posible, a esa jovencita la reconocería en cualquier lugar.

Cuando el mozo de equipajes de la estación Victoria se hubo ausentado, el inspector Evans, preocupado, hizo una serie de anotaciones.

Luego llamó al sargento Roberts y le dictó una serie de telegramas urgentes con destino a la Sureté de París. Era todo lo que podía hacer, y se dispuso a atender otros asuntos, cuando su subordinado, el novato agente Bates, asomó para informarle:

—Inspector, noticias urgentes de Chelsea.

—¿Chelsea? —frunció el ceño Evans—. ¿Qué ocurre allí?

—Han encontrado un cadáver flotando en el Támesis. Ha sido identificado por varias personas como perteneciente a sir James Earl Everett. Las causas de su muerte, parecen ser el suicidio…

* * *

Martin Talbot vio venir el acero mortífero hacia él.

Disparó a través de su macferlan, sin sacar el arma del bolsillo. Una, dos veces.

El asesino se paró en seco, vacilante. Su espada estaba tan formidablemente afilada, que rasgó la cortina como si ésta fuese un papel de seda. La punta de la mortífera hoja rozó las ropas del americano con sonido sibilante.

Cayó el arma de la mano enguantada. Se tambaleó el herido, con un gruñido ronco, tambaleándose torpemente con un jadeo de dolor. Talbot salió de su escondrijo, contemplando el rostro convulso, crispado, que ahora iluminaba nítidamente la dorada luz del quinqué.

Se apoyó el asesino contra la mesa, pugnando por no caer. Miraba con ojos dilatados, vidriosos, a su enemigo. Talbot empuñaba con mano firme su humeante revólver, repartiendo sus miradas entre el hombre herido y el macabro contenido de aquel armario de pesadilla.

Resultaba terrible ver allí, sujetas por el largo mechón de cabellos, de diferente color, pero con preferencia de tonos rubios, claros, de aquellas cuatro cabezas horriblemente disecadas, casi irreconocibles en su marchita belleza, tras pasar por los efectos de las embalsamadoras sustancias. Sólo la cabeza de la doctora Lee, con su escaso, corto cabello, reposaba en una repisa, sin estar colgando de tan tétrica forma por su melena, oscilando las otras tres a impulsos de las vibraciones del armario, contra el que golpeara el cuerpo del criminal en el momento de ser herido. Luces y sombras, en aquel siniestro bailoteo, trazaban juegos espeluznantes en el fondo del armario…

—Usted… —jadeó el asesino—. ¿Cómo… lo supo…?

Talbot le miró con horror, evitando contemplar de nuevo aquellas atroces piltrafas humanas, los horripilantes trofeos coleccionados en aquel mueble.

—Usted mismo me dio la clave, *Carruthers* —dijo.

—¿Yo? —sollozó el «vidente», apoyado en la mesa, reclinado sobre ella, mientras su sangre escapaba de su mano y de su pecho, alcanzados por las balas que disparara Talbot—. No entiendo…

—Siempre despertaba de sus lapsos de amnesia en esta plaza… Cerca de la iglesia, si. Pero cerca también de un negocio de embalsamamiento de animales… Una idea bastante horrible se me ocurrió entonces al reflexionar sobre eso. Por desgracia, ha resultado cierta, Carruthers. Usted *nunca* intuyó o profetizó nada. Sólo

se anticipaba a sus propios actos, a sus deseos personales. Trazaba, planeaba un crimen. Y lo llevaba a cabo tal como lo había visto en su mente. Eso era todo.

—No… no sé —gimió el asesino, con una convulsión—. No recuerdo bien… Se me confunde todo… Mi cabeza…

—Es usted un pobre loco. Pero un temible loco también. Su cerebro está enfermo, Carruthers. No es un vidente, sino un asesino esquizofrénico, donde se mezclan dos personalidades distintas: Leslie Carruthers, el hombre inofensivo, y el feroz decapitador de mujeres del Soho… Su mal debe venir de lejos, pero sólo a última hora se hizo peligroso, con un influjo homicida que sólo los psiquiatras podrían aclarar debidamente… Usted mató a esa pobre ramera, a mi cuñada Maggie, a la enfermera Malcolm, a la doctora Lee… Guardó sus cabezas como un trofeo, las trajo aquí, para disecarlas, como si fuesen simples animales… Dígame, Carruthers, ¿de quién era este negocio, antes de cerrarse? ¿Suyo?

—No… —gimió Carruthers—. De un amigo… Yo trabajaba con él, le ayudaba entonces en la tarea de disecar animales muertos… Pero él enfermó, murió… Sus parientes no querían saber nada de este negocio. Querían traspasarlo. Yo…, yo pensé en seguir con su trabajo, cuando nadie me viese… Pero me faltaba algo que disecar, algo que valiese la pena trabajar en ello…

Talbot miró, estremecido, a las cabezas de mujer, con los ojos de vidrio, colgando siniestramente del armario…

—Y encontró su propia mercancía en esas calles… —murmuró, horrorizado—. Dios le perdone, Carruthers, esté loco o no, porque yo no puedo hacerlo…

Fuera, en la calle, sonaban silbatos policiales, voces y carreras. Evidentemente, los disparos habían sido escuchados. Talbot miró lúgubremente a su víctima, malherida contra la mesa, sobre la cual el charco de sangre era cada vez mayor.

—Aquí guardó su arma, la espada que decapitaba a las víctimas… —murmuró—. Pero ¿por qué usar el hacha esta noche, Carruthers?

—¿Hacha? ¿A qué… se refiere? —jadeó el herido.

—Ha habido otra víctima. Una muchacha, casi una niña… Pero esta vez fue un hacha la que la decapitó, Carruthers… Y no veo por aquí su cabeza.

—Yo no… no hice nada… —sollozó el asesino—. La doctora… fue la última… a la que maté… He pasado unos días… encerrado en casa, enfermo, debilitado… Debió ser la cárcel…

—¿Y la cabeza de la víctima anterior, la amante del doctor Young? ¿Dónde está?

—No…, no sé… —los ojos vidriados del herido le miraron patéticamente—. Juro que no sé nada… Todas mis… mis víctimas… están ahí… No maté… a nadie más…

Se desplomó, arrastrando la mesa consigo. El quinqué se hizo añicos en el suelo, apagándose la llama. Ésta iba a prender en la cortina. Talbot pisoteó con rapidez, evitando el fuego incipiente. Luego fue hacia la puerta, buscando antes la luz de gas. Giró la llave, encendió la tienda, repleta de polvorientos animales, y asomó a la puerta, avisando a los agentes que corrían de un lado para otro por Soho Square.

—¡Aquí! —llamó—. ¡Aquí, policía! Vengan, por favor…

Varios agentes uniformados se aproximaron. Otros policías armados les acompañaban. Miraron a Talbot receloso, sin entender.

—¿Quién es usted? —demandó uno de ellos—. ¿Qué ocurre? Olmos disparos…

—Yo los hice —Talbot alzó el arma—. Avisen al inspector Evans, de Scotland Yard. Es urgente. Muy urgente. Hay un hombre malherido ahí dentro. Hace falta una ambulancia, lo antes posible. Es…, es el decapitador del Soho. Ya lo tenemos…

* * *

Era un día brumoso, sucio y triste.

La niebla no se había levantado del todo, y la luz lívida del amanecer parecía desenmascarar con mayor crudeza la mugre y la miseria de aquel Londres que, por otro lado, celebraba con esplendor grandilocuente el jubileo de su anciana reina.

En la antesala del hospital, aguardaba un nutrido grupo de personas, pálidas e impacientes. Estaban allí el doctor Curwood y el doctor Young, Molly Heywood y Martin Talbot, el inspector Evans y el sargento Roberts, el empresario teatral Roger Hartman y la señora Everett, todavía bajo el peso de su reciente tragedia, al ser hallado el cadáver de su esposo, suicidado en el río días atrás.

La mayoría de ellos paseaban inquietos, nerviosos, como esperando algo que sabían había de producirse. Por las vidrieras del hospital de Saint James, entraba una claridad matinal, grisácea y lúgubre. El jardín del hospital mostraba un verdor sombrío que no daba ninguna alegría a aquel tétrico amanecer londinense.

—¿Qué esperamos aquí realmente, inspector? —quiso saber, con brusco tono, el empresario Hartman, dejando de pasear por el largo y destartalado corredor.

—La muerte de un hombre, imagino —musitó Evans, encogiéndose de hombros.

—¿La muerte de ese hombre, el asesino del Soho? —quiso puntualizar Hartman.

—Sí, exactamente.

—¿Y en qué puede afectarnos a nosotros la muerte de ese desdichado maníaco, inspector? —se interesó a su vez el doctor Curwood, intrigado.

—Mi querido doctor, ese hombre que agoniza ahí dentro, es Leslie Carruthers, un pobre diablo que quiso ser taxidermista embalsamando cabezas de mujer —señaló con voz profunda el hombre de Scotland Yard.

—Sí, lo sé —musitó el médico de Mayfair con gesto grave—. Un lamentable caso de esquizofrenia, de trágica duplicidad de personalidad. Carruthers era normalmente un tipo inofensivo y amable, víctima de dolencias mentales no muy claras. En sus momentos de transformación en su «otro yo», se convertía en un peligroso asesino capaz de planear fríamente sus crímenes y el escenario de los mismos, llevando su demencia al alarde arrogante de anunciarlo previamente a la policía. Todo eso es fascinante como caso clínico, lo admito, pero ¿qué hacemos nosotros aquí, en estos momentos?

—Opino como el doctor Curwood —suspiró la señora Everett—. En la morgue permanece aún el cadáver de mi pobre esposo, hallado en el Támesis hace unas horas. Mi hijo espera en casa su irreversible final como hombre… ¿Qué hago yo aquí, en tan tristes momentos?

—Señora Everett, sé el trance que está pasando. Pero la idea de reunirles a todos aquí en estos momentos, no fue mía, sino del señor Talbot.

—¿Talbot? —se sobresaltó Hartman—. ¿Y quién es ese americano para exigirnos algo así? Somos ciudadanos británicos, tenemos nuestros derechos…

—Por favor, por favor, señores, clama —pidió el inspector, cambiando una mirada ceñuda con Talbot—. A ese joven marinero americano debemos el descubrimiento de ese criminal y de su horrenda colección de cabezas humanas. Me pidió que, a cambio de un servicio que pudo costarle la vida, le permitiera reunir aquí a todos ustedes.

—¿Por qué, Talbot? —ahora era el doctor Young quien le miró, malhumorado, pretendiendo una respuesta concreta—. He descansado poco, he examinado un cadáver esta madrugada…, y mi esposa acaba de regresar de Glasgow, tras una larga dolencia cardiaca en un hospital… No se siente demasiado tranquila con las cosas que suceden, a su regreso a casa.

—Lo comprendo muy bien, doctor Young, y le ruego me disculpe, pero todos ustedes, y yo mismo, tenemos algún motivo para estar ahora aquí, esperando a que ese enfermo mental que fue Leslie Carruthers, exhale sin remedio su último aliento. Ahora mismo está confesando ante un médico, un policía y un sacerdote. Como católico que es, desea irse de este mundo en paz con su conciencia…

—¡Su conciencia! —se aterró Molly—. Es un monstruo…

—Claro que lo es —suspiró Talbot—. Pero es, también, un loco. Vivió dos personalidades distintas, que han terminado por confundirse y mezclarse entre sí, tras el *shock* sufrido en su encarcelamiento. Ahora tiene plena conciencia del mal que hizo, siente horror de sí mismo y desea irse en paz de este mundo. Tiene derecho a ello.

—¿Su modo de sentir que tiene conciencia, fue matar a esa pobre niña? —se escandalizó Clifford Young, el forense.

—No, doctor —negó suavemente Talbot—. El infortunado Garruthers NO MATO a esa jovencita de esta noche pasada…

—¿Qué? —se asombró ahora el doctor Curwood—. ¿Pretende decirnos que es inocente?

—Inocente de *ciertas* muertes —sonrió Talbot suavemente—. Tenía *cuatro* cabezas humanas en aquel armario. Cuatro trofeos. Cuatro muertes: una ramera, mi cuñada, una enfermera, una doctora… Nada más. Nadie más. No estaba la cabeza de Muriel Powell. Ni la de la jovencita de hoy.

—Tal vez no tuvo tiempo de embalsamarlas también… —sugirió Hartman, muy pálido.

—No, señor Hartman. No es eso —negó el americano—. Sencillamente, lo que él me confesó a mí, lo mismo que confiesa ahora a esas otras personas, que jura y perjura una y otra vez, estando ya al filo de la muerte…, es cierto. Él *no* mató ni a Muriel Powell ni a la última víctima de la lista.

—Puede sufrir confusión mental, haberlas olvidado… —sugirió el forense, ceñudo.

—Tampoco, doctor —sonrió duramente Talbot—. Simplemente, no las mató. ¿Por qué? Porque hubo DOS asesinos diferentes en el Soho.

—¿Dos? —se sobresaltó el doctor Curwood—. ¿Quién, por el amor de Dios, es el otro?

—Eso es lo que tratamos de comprobar ahora, doctor —suspiró el inspector Evans—. Lo que el señor Talbot me ha pedido que contribuya a esclarecer de una vez por todas…

—Esto no tiene el menor sentido —protestó Hartman—. Los asesinos no pueden salir a pares…

—Pues no hay otra solución —sonrió Martin—. Carruthers estaba encarcelado cuando mataron a la señorita Powell. Y esta noche no salió de casa hasta muy avanzada la madrugada. La señora Stone, su patrona, ha declarado que entre diez y dos de la madrugada, estaba en casa. Eso le deja fuera de toda sospecha respecto al último crimen. Como sabemos que mató a las otras cuatro…, es obvio que son *dos* los asesinos.

—¿Y espera descubrir su identidad reteniéndonos a nosotros aquí? —dudó la señora Everett.

—Sí, señora. Su hijo fue sospechoso en cierta ocasión, pero su enfermera acaba de revelarnos que esta noche estuvo en cama todo el tiempo, quejándose de agudos dolores.

—Así es… —le tembló la voz—. ¿Dudan acaso de su palabra y de la mía?

—En absoluto, señora. Otro sospechoso, su marido, ha muerto hace días, al poner fin a su vida, por considerarse responsable del trágico destino de su hijo Archie. Nos quedaban otros dos sospechosos, médicos ambos: el doctor Curwood y el doctor Young.

—¿Yo? —bramó el primer aludido, con estupor—. ¿Por qué yo?

—¿Y yo? —se alarmó Young—. ¿Se ha vuelto loco, Talbot? ¡Soy el forense de Scotland Yard!

—Lo sé, lo sé —sonrió Talbot, clamándoles con un gesto—. Ambos, sin embargo, tienen excelente coartada: la noche que mataron a la enfermera Malcolm, ustedes dos iban juntos por la misma calle, a escasa distancia, charlando de sus cosas, camino del centro de asistencia social, y no se separaron en momento alguno. También se da la circunstancia de que cuando murió una persona afín a usted, doctor Young, como era su amiga Muriel Powell, usted estuvo en casa todo el tiempo. Un policía le vio salir a despedir a Muriel, le vio en una ventana de su casa, repetidas

veces, y también vio cómo abría la puerta a su esposa, recién llegada de Glasgow aquella noche, y permanecía con ella en un salón de arriba, iluminado. Excelente coartada, doctor, que le descarta de toda sospecha respecto a la muerte de su amante.

—De modo que sólo quedo yo… —susurró Hartman, lívido.

—Eso es —suspiró Talbot—. Sólo queda usted, señor Hartman.

—¡Soy inocente! ¡No he matado a nadie! ¿Por qué no busca por otro sitio? Pudo haber muchas personas en Londres que se sintieran inclinadas a imitar al asesino del Soho…

—Es posible. Pero usted es el sospechoso ideal —apuntó Talbot, glacial.

—¡No estoy loco! —clamó el empresario—. Y carezco de motivos para matar a esas dos mujeres que ustedes dicen que no fueron atacadas por Carruthers…

—¿Motivos? Sí, eso es cierto —asintió Talbot con calma—. Motivos… Es obvio que Carruthers no tenía motivo alguno razonable para matar, sólo su cerebro enfermo. Pero si hubo otro criminal, como está probado, ¿por qué iba a ser otro loco y no alguien con motivos suficientes para utilizar esos crímenes en su propio beneficio? Parecía tan fácil poder atribuir dos asesinatos con decapitación a un loco homicida… ¿Qué importaría lo que éste dijese, si un día era descubierto? Nadie iba a creerle. Pero Carruthers está consciente ahora… y confiesa la verdad una y otra vez. No mató a las dos mujeres últimas. Ni a Muriel Powell ni a la muchacha llegada de Francia.

—¿Francia? —se sorprendió Young, dando un respingo—. ¿Quién dijo eso?

—Yo —suspiró Talbot—. El inspector Evans tiene las pruebas, doctor.

En ese momento, el agente Bates apareció por el fondo del corredor. Traía algo en su mano. Talbot y los demás siguieron sus pasos con mirada fija, en tensión; Lo que el joven policía depositó en manos de su superior fueron tres documentos distintos.

Dos telegramas y un pliego de papel doblado. Evans tomó todo eso. Lo leyó en silencio. En el pasillo del hospital se podía percibir incluso el vuelo de una mosca. La luz aumentaba por momentos en el jardín, pero era una luz fría y triste.

Tendió los tres documentos a Talbot, tras una pausa. El joven americano los tomó. Leyó uno a uno sus textos. Respiró hondo. Los ojos brillaron, duros y fríos.

—Bien… —suspiró—. Asunto resuelto, ¿no, inspector?

—Sí —convino éste con lentitud—. Resuelto del todo. Usted tuvo razón, Talbot. Mi enhorabuena. Insisto en lo que le dije antes: merecía ser policía.

—Lo pensaré —rió duramente Martin, devolviendo los documentos a Evans.

—Por el amor de Dios, ¿qué es lo que pasa? —estalló al fin Hartman, rotos sus nervios por la tensión.

—Señores, de ésas respuestas dependía todo —explicó Talbot con lentitud—. Estábamos dando palos de ciego, pero el telégrafo es un gran invento. Nos ha dado la respuesta esperada, en muy pocas horas. Un telegrama es de la Sureté. La policía de París… El otro, es de Glasgow. Y el mensaje ese, indica que en cierto lugar de esta ciudad, han sido halladas diversas cosas reveladoras: una maleta de piel color siena, conteniendo una cabeza de muchacha y otra de mujer… También una peluca negra,

unas etiquetas de ropa, un bolso de mujer con documentos a nombre de Joan Kirk, estudiante en el colegio de Nuestra Señora de París… ¿A alguien le dice algo todo esto?

Miró uno a uno a los presentes. Uno, en especial, estaba lívido. Y le temblaban las comisuras de los labios. Talbot sonrió tristemente. Le miró con fijeza. El otro tembló.

—El telegrama de París nos dice que la estudiante de dieciocho años Joan Kirk, abandonó su colegio de Nuestra Señora, rumbo a Inglaterra, donde iba a pasar una temporada con su tía Sheila, de soltera Sheila Kirk… y de casada Sheila Young.

—¡Dios mío, no! —aulló el forense, demudado—. ¡Esa muchacha…, no puede ser mi sobrina…!

—Usted bien sabe que *sí lo era*, doctor Young. Tenemos el informe de la oficina telegráfica de Londres, que certifica que usted recibió un telegrama de París, anunciando la visita de su sobrina, que era en realidad sobrina de su esposa, la señora Young, no suya.

—Eso es un disparate… ¿Cómo podía yo saber…? ¡Nunca recibí ese telegrama!

—En cierto modo tiene razón, doctor Young —terció suavemente el inspector Evans—. El resguardo de ese telegrama entregado, aparece firmado por Sheila Young, su esposa.

—Tal vez ella olvidó decirme… Todavía está algo delicada…

—Delicada ¿de qué, doctor Young? ¿Del corazón? —sonrió Talbot.

—Por supuesto. En Glasgow puede averiguar… Hay quien recogió su equipaje allí, al tomar ella el tren para…

—Sabemos ya eso, doctor —dijo Evans—. Este telegrama de Glasgow nos informa que la señora Young sólo estuvo una semana en el hospital central, hace casi dos años, y que desde entonces reside en Londres, con su esposo, dada de alta. La mujer que ayer vieron todos salir de Glasgow, era la misma que, peluca negra sobre su cabeza, vestido rojo encima, abandonó su casa de noche. Procuraron que el policía de servicio estuviera siempre cerca, para servirles de testigo en la coartada.

—¿Se han vuelto todos locos? —rugió Young, mirándoles con ojos desorbitados —. ¿Me acusan *a mí*, al médico forense? ¿Afirman que yo maté a mi amante?

—No, doctor —negó Talbot—. Afirmamos que usted *mató a su esposa*. Su amante sigue en casa ahora, ocupando el lugar de la esposa que ustedes dos retuvieron todo este tiempo, bajo efecto de las drogas, hasta conseguir falsificar su firma adecuadamente, y así disponer de la fortuna personal de ella, una vez muerta. Les fue fácil crear la coartada, viajando su amante, Muriel Powell, hasta Glasgow, para dejarse ver cerca del hospital, recoger su equipaje y todo lo demás, por si luego era necesario. Igual juego realizaron aquí. La señorita Powell cambió de medio de transporte por el camino, y un carruaje la trajo a Londres antes de llegar ese tren, para representar primero su propio papel y luego el de la falsa señora Young, que ha representado hasta ahora. Usted, entre tanto, conducía a su esposa al Soho, drogada,

la decapitaba allí, vestida previamente con las ropas de Muriel Powell, y hacía desaparecer la cabeza. Después de todo, ¿quién conocía a su esposa o a Muriel en Londres? Nadie. Había sido muy cauto en su juego. Todo estaba planeado desde hacía tiempo. Le vino muy bien a usted y a su cómplice la presencia de un asesino decapitador. Era la coartada ideal. Una persona sin cabeza, es difícil de identificar. Y cuando su sobrina vino de París, para visitar a su tía Sheila, tuvieron que actuar de prisa y eliminarla, o hubiese descubierto todo el plan tan minuciosamente preparado por usted y por Muriel Powell, que incluso aparecía vestida de hombre en la ventana, dejando ver su perfil, para servirle de coartada, y fingía hablar con usted a su llegada como la señora Young, cuando ya usted estaba en el Soho, asesinando a su esposa…

—No creerá una sola palabra de todo eso, ¿verdad, inspector? —jadeó el forense, mortalmente lívido.

—Tengo que creerlo, doctor —fue la fría respuesta del hombre del Yard—. En estos momentos, su cómplice y amante ha sido arrestada en su casa, tras ser hallada la maleta con las cabezas de su esposa y sobrina, así como todo cuanto permitirla identificar a su sobrina… Ah, otra cosa: Muriel Powell acaba de confesarlo todo, ahí lo dice…

Y señaló hacia el fondo del largo corredor.

Demudado, convulso, el doctor Clifford Young giró hacia allá la máscara blanca que era su rostro. Los ojos enrojecidos casi se salían de sus órbitas.

Al fin del interminable y frío pasillo hospitalario, una mujer joven, hermosa, de cabello color rubio ceniza, le miraba con amargo rictus, esposada entre dos agentes uniformados.

—Yo…, lo siento, Cliff —dijo ella roncamente—. Todo está perdido…

El doctor Young se encogió como si acabaran de golpearle el hígado. Se apoyó en la pared, roto, desmoronado. Ya ni siquiera dominó un rictus de dolor. Talbot fue hacia él. Enérgico, levantó su levita y desabrochó el chaleco con rapidez, alzando la camisa.

Un vendaje fuerte, empapado en sangre, rodeaba las caderas del médico forense. El gesto de dolor de éste aumentó de grado, pero ni siquiera se quejó.

—Le había herido esta noche, doctor —dijo Talbot, roncamente—. Estaba seguro de ello. Le vi caminar hacia el cadáver de la chica cuando fue hallado… Era un modo raro de hacerlo. Pesado, lento, como con desgana. Lo disimuló con un fingido malhumor por haber sido sacado de casa a esas horas. Pero yo intuí algo más. Usted nunca había caminado así… Lo siento, doctor Young. Su jugada era buena, su plan casi genial. Lástima que se olvidara arrancar la etiqueta de los botines de su infortunada sobrina… Eso, y el comentario de un portamaletas vulgar, unido al hecho de que alguien, creo que el doctor Curwood, recordaba que usted tenía una sobrina en Francia estudiando…, nos dio la clave de todo. Imagino que su esposa era muy rica, doctor, para que usted planeara todo esto, encaminado a deshacerse de ella en dos largos años…

—Sí, muy rica… —musitó Young amargamente, hundiendo la cabeza entre sus hombros—. ¿De qué me servirá cuando suba al patíbulo…?

—Debió pensar en eso antes de comenzar —fue el triste comentario de Martin Talbot, contra quien se apretó ahora Molly Heywood, horrorizada ante el último acto de la tragedia que le había sido dado presenciar—. Por Maggie busqué y hallé a Carruthers. Por esa pobre niña, Joan, su sobrina, le busqué y hallé a usted, doctor…

EPÍLOGO

—Supongo que tu permiso en tierra está a punto de terminar…

—Supones bien —asintió Talbot, mientras el carruaje rodaba por Hyde Park en la apacible tarde, levemente soleada.

—Y te tienes que marchas de nuevo, embarcarte hacia tu país…

—Es lo convenido, sí. El *Aquitania* vuelve a Dover la semana próxima. Yo debo estar a bordo antes de que zarpe…, o perdería mi empleo en su tripulación.

—Sí, claro… —Molly inclinó la cabeza, abatida. El cochero conducía con calma, sin prisas, al trote de los caballos, por entre los grandes rectángulos de césped del parque. Unos niños corrían y jugaban, saltando allá en la distancia, entre risas alegres. Parecía imposible que aquél fuese el mismo Londres que había vivido tan terribles y trágicos acontecimientos, sólo unos días atrás.

Por una cercana avenida, sonaban trompetas y tambores. La nota de color de rojas casacas y cascos emplumados, ponían una pincelada de esplendor entre los gallardetes y pancartas que celebraban el jubileo real. Londres era una fiesta. La sórdida hora del crimen se había olvidado, al menos de momento, hasta que otro momento de su crónica negra tiñera de sangre la alegría de los londinenses.

—¿Algo te entristece? —quiso saber Martin, tras una pausa.

—¿Y lo preguntas? —musitó ella con melancolía.

—Los marineros siempre volvemos alguna vez a puerto…

—Eso no me basta, Martin. Había pensado que ya nunca te marcharías de aquí.

—Soy americano, Molly. ¿Qué podría hacer yo en Inglaterra?

—No sé… Buscar un trabajo, supongo.

—¿Por qué no buscarlo tú en América?

—¿Yo? —se asombró ella—. Sólo sé bailar y cantar en un conjunto… Además, tú estarás pronto en alta mar. Ni siquiera allí te encontraría…

—¿Quién te ha dicho que voy a seguir navegando? Mi idea es volver definitivamente a los Estados Unidos. Es un gran país. Hay mil oportunidades, sin necesidad de que uno ande siempre embarcado. Pero hasta hoy, me ha faltado un motivo para quedarme en tierra definitivamente.

—Y ahora… ¿crees tener ese motivo?

—Sí —asintió Talbot—. Tú.

—¿Qué dices? —se sobresaltó la muchacha.

—Vente conmigo. El *Aquitania* lleva también pasaje. Es un barco mixto de carga y pasajeros. Yo adquiriría un camarote para ti. O para los dos. Conozco bien al capitán. Es un gruñón, pero un buen hombre. Él podría casarnos.

—Martin… ¿Me estás…, me estás ofreciendo… un lugar en tu vida? ¿Ser tu esposa?

—Pues creo que eso he dicho —sonrió él.

—Pero Martin, soy sólo una corista…

—Y yo un marinero. En Nueva York puedo intentar ser otra cosa. Contigo al lado, no puede salir mal, estoy seguro.

—Una chica de teatro de variedades, Martin…

—También Maggie lo era. Y fue una buena chica. Hizo feliz a mi hermano hasta su muerte. Y le fue fiel a su memoria mucho tiempo… Merecía una vida mejor que la que tuvo. Y mucho más larga. No deseo dejarte a merced de cualquiera de esos locos que tanto proliferan entre las brumas de tu querido Londres. ¿Por qué no aceptas, Molly?

—Martin, pero ¿lo dices en serio? —musitó ella, estremecida.

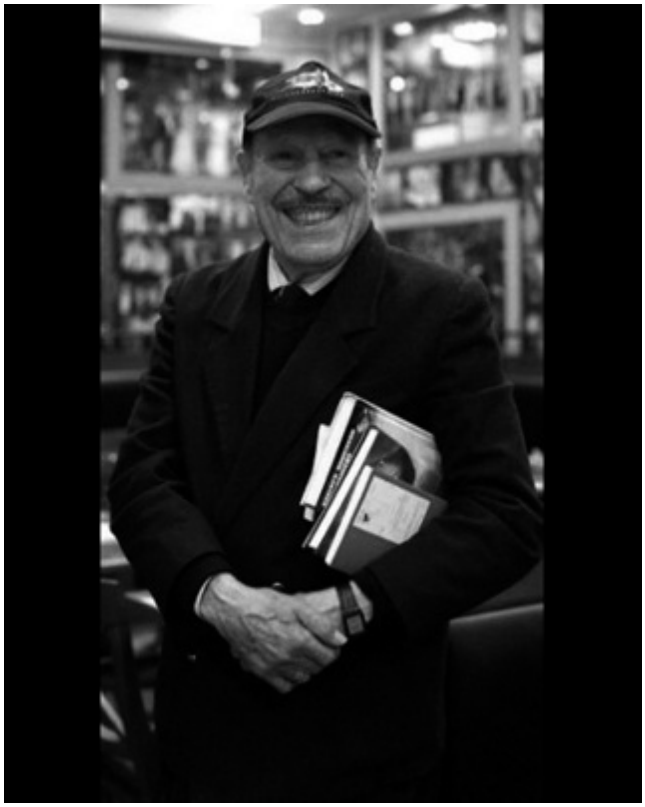
—Yo sólo tengo una palabra, Molly. Si me rechazas, seguiré siendo un marinero, quizás toda mi vida. Si vienes conmigo…, la vida está llena de promesas para ambos.

—¡Oh, Martin, querido, cómo puedes dudar de mi respuesta!

Se abrazó a él, espontáneamente. Sus bocas se encontraron. El cochero, indiferente a todo, siguió conduciendo los caballos al trote por Hyde Park.

El desfile militar por el jubileo real, continuaba allá enfrente, lleno de color y marcialidad. Pero ni el joven americano ni la bella inglesita se daban cuenta ya de nada que no fueran ellos mismos y su futuro lleno de promesas, en una tierra muy lejana…

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas —, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobre todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un

par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.